

Rowan

Emily Rodda



EL GUARDIÁN
DEL CRISTAL

de

El Cristal palidece. El Elector ha sido convocado... Este es el mensaje que Perlain, del clan de los Pandellis, acaba de entregar a los habitantes de Rin. Ocho palabras escritas en tinta negra sobre un fino pergamino que remiten a una antigua y oscura profecía. Ahora, el Elector de Rin, acompañado por su primogénito, debe dirigirse al lejano pueblo de Maris, de donde solo llegan historias de serpientes marinas, sangrientas batallas y tormentas infinitas...



Emily Rodda

El guardián del cristal

Rowan-3

ePub r1.0
fenikz 04.02.14

Título original: *Rowan and the Keeper of the Crystal*

Emily Rodda, 1996

Traducción: Eduardo García Murillo

Ilustraciones: Matt Wilson

Editor digital: fenikz

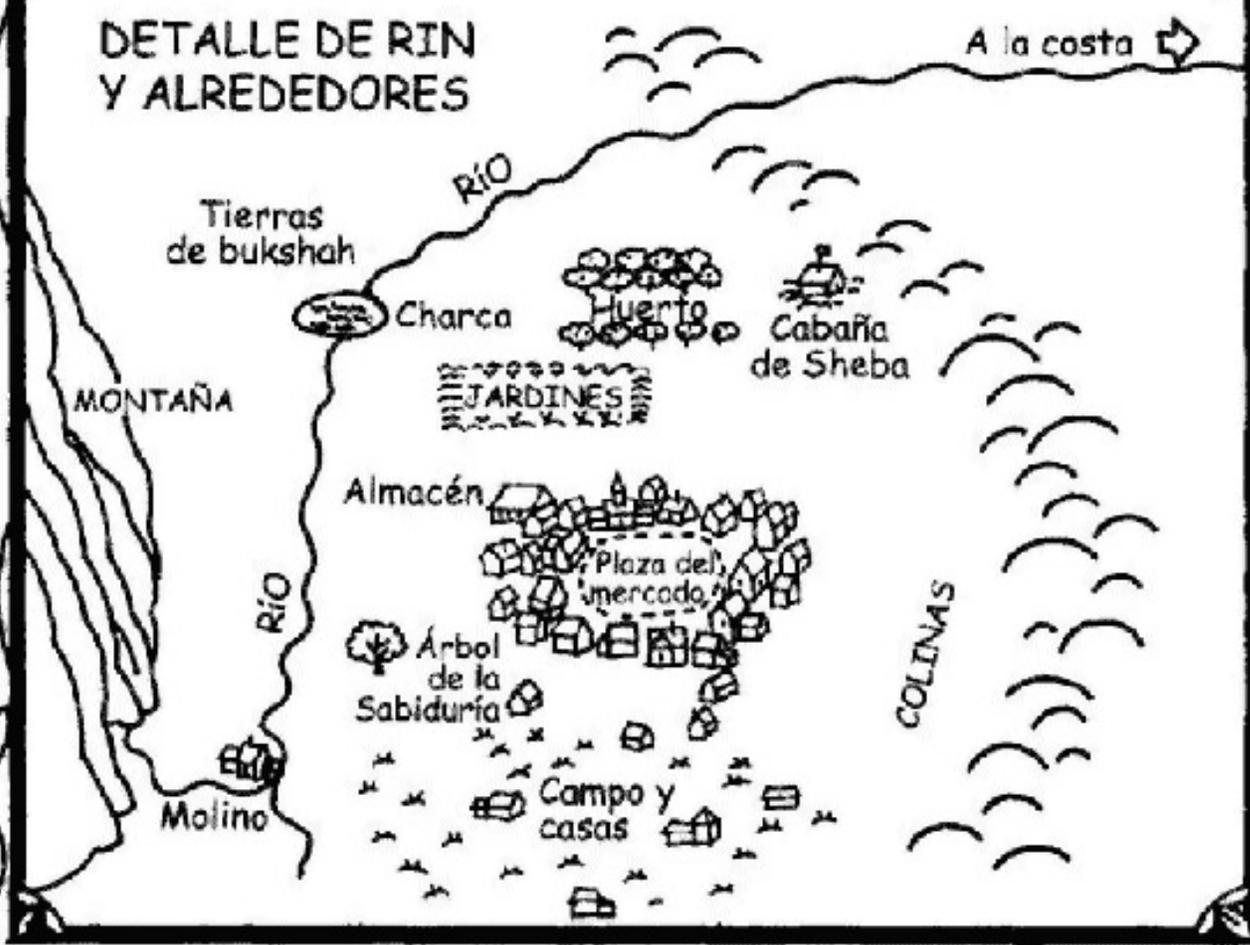
ePub base r1.0



El mundo de Rowan



DETALLE DE RIN Y ALREDEDORES



1 ∞ El mensaje



Ocho palabras escritas en tinta negra sobre un fino pergamino que olía a aceite y pescado.

El Cristal palidece.

El Elector ha sido convocado...

El sol calentaba tenuemente el valle de Rin el día en que llegó el mensaje. Una suave brisa agitaba las bayas en flor del huerto.

Rowan se detuvo junto a la charca de los bukshah. Mientras las enormes bestias que cuidaba saciaban su sed, dirigió la mirada hacia la cumbre de la Montaña, coronada de nieve, que dominaba el valle. Podía oír los sonidos de los pájaros, los insectos chirriando en la hierba, y a la gente trabajando en los invernaderos y las tierras de cultivo. Hasta sus oídos llegaba también el borboteo de la corriente de agua, que cruzaba la aldea y se alejaba luego en un cansino serpenteo entre las fascinantes colinas verdes, camino del mar.

Para Rowan, aquel era un día como cualquier otro, y, aun así, el mensajero estaba ya muy cerca. Apenas un diminuto destello azul en la lejanía, que se aproximaba a la aldea al trote, dando traspies, siguiendo el arroyo. Sus pequeñas manos palmeadas hurgaban en el interior de la capa en busca del pergamino.

Poco después, la campana de la plaza de la aldea repicaría para anunciar su llegada y convocar una asamblea.

Desde aquel día, para Rowan nada volvería a ser como antes.

Se unió a la muchedumbre congregada en la plaza, y se puso de puntillas para ver mejor al mensajero. Había llegado corriendo, igual que los demás, al oír la campana. Ahora observaba cómo Lann, la más anciana de la aldea, tomaba el pergamino de las manos del desfallecido hombre Maris y lo leía en voz alta.

Ocho palabras.

El Cristal palidece.

El Elector ha sido convocado...

Más adelante, Rowan lo recordaría todo como en un sueño. La potente voz de Lann, su mano arrugada sosteniendo el pergamino, la luz de mediodía que se filtraba a través de los árboles, los murmullos de la asombrada multitud.

Las ligeras brisas y fragantes aromas del valle de Rin le envolvían. Estaba rodeado de gente a la que conocía de toda la vida. Los pajarillos, cuyo gorjeo le resultaba tan familiar, cantaban en los árboles. No tenía miedo ni oía vocecita interior alguna que lo advirtiera de cualquier posible amenaza. Se sentía feliz, pues algo inesperado había interrumpido la rutina diaria. Un visitante desconocido procedente de la costa, de la tierra de los Maris, y un enigmático mensaje.

El Cristal palidece.

—¿Qué crees que significará? —susurró Rowan a Jiller, su madre, de pie junto a él.

Ella no respondió pero, al mirarla para hacerle de nuevo la misma pregunta, las palabras murieron en sus labios.

El rostro de Jiller había perdido su color y miraba fijamente el pergamino que sujetaba Lann. Detrás de ella, Jonn del Huerto, al que se conocía como *el Fuerte*, le rodeó los hombros con el brazo. Tenía un aspecto sombrío.

Rowan advirtió entonces que el mensaje era de una extraordinaria importancia pero, aun así, no tenía ni idea de que pronto sucedería algo que lo afectaría profundamente.

En un arrebato de nerviosa curiosidad, dirigió de nuevo la mirada hacia aquella figura encorvada y exhausta.

Era la primera vez que veía a un hombre Maris, y ninguno de los relatos que habían contado los aldeanos al regresar de largos viajes a la costa, ni tampoco ninguna de las ilustraciones que había visto en la casa de los libros lo habían preparado para la realidad. Sabía que no debía mirarle fijamente, pero era difícil apartar los ojos de él.

El hombre vestía ropas azules, firmemente ceñidas desde las muñecas a los tobillos, que relucían bajo la luz del sol. Calzaba botas livianas. Se había quitado la capucha y los guantes. Ahora, todos podían contemplar su calva reluciente y la piel blancoazulada de su cabeza, rostro y cuello; sus ojos apagados de aspecto vidrioso; su boca ancha, y sus pequeñas manos palmeadas.

Estaba acurrucado, jadeante, a los pies de Lann, que lo miraba apoyándose pesadamente en su vara.

—¿Cómo te llamas, hombre Maris? —preguntó con brusquedad.

—Perlain, del clan de los Pandellis.

—¿Cuánto hace que partiste de la costa, Perlain?

—Cuatro soles —resolló el hombre. Su voz era apagada y áspera. Palpó su garganta al hablar, como si le dolieran las palabras.

Un murmullo de sorpresa se elevó entre el gentío. Los pobladores de Rin tardaban por lo menos una semana en cubrir la distancia que separaba el valle del litoral. Aquel hombre debía de haber corrido una buena parte del camino, sin dormir apenas. No era de extrañar su fatiga extrema. Lo miraron con un renovado respeto.

—Has cumplido bien tu misión —dijo Lann—. Buen trabajo, Perlain de los Pandellis.

—Corréis un gran peligro —advirtió el hombre Maris con voz ronca—. El Elector...

—El Elector de Rin ha oído el llamamiento y lo obedecerá —aseguró Lann con calma—. Siempre ha existido peligro, pero nunca en trescientos años hemos dejado de responder a una convocatoria. El Elector y el Primogénito partirán contigo hacia la costa al anochecer.

El corazón de Rowan dio un vuelco. ¡Peligro! Alguien iba a correr un gran riesgo. Alguien de Rin. Pero ¿a qué riesgo se referían? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién era el Elector? ¿Elector de qué?

Perlain meneó la cabeza.

—No, no podemos esperar tanto —replicó—. Cada hora, incluso cada minuto, son preciosos. Su garganta se estremeció cuando tragó saliva con penoso esfuerzo.

—Ha sido un viaje demasiado largo bajo el sol y también bajo la luna. Debes descansar. Debes reponerte. De lo contrario morirás, Perlain —dijo Lann.

—No importa. —El hombre Maris humedeció sus labios—. Una muerte es irrelevante.

—Así lo crees tú; nosotros, no —respondió Lann con firmeza—. Además, nuestro pueblo debe prepararse para el viaje. El Elector no saldrá hasta el atardecer. —Elevó el tono de su voz—. ¿Ha quedado claro?

Hubo un momento de silencio. Rowan observó con curiosidad el rostro de Lann. Había fruncido el entrecejo y miraba fijamente a alguien entre los presentes. Alguien muy próximo a él.

Volvió la cabeza para ver quién era. A su alrededor, otros niños y la mayoría de los adultos estaban haciendo lo mismo. Pero algunos de ellos exhibían un semblante grave y decidido.

«Lo saben —pensó—. Ellos lo saben».

—¿Ha quedado claro? —repitió Lann—. ¿Está de acuerdo el Elector?

Rowan advirtió que alguien daba unos pasos decididos al frente, hasta detenerse en el centro de la plaza.

—Sí —repuso el Elector con voz tranquila—. Estoy de acuerdo. Partiremos al anochecer.

El hombre Maris le dirigió una ansiosa mirada y luego inclinó la cabeza, tocando el suelo con la frente.

—Elector de Rin que tienes en tus manos el destino de Maris, te saludo en el nombre del Guardián del Cristal. —Hizo una pausa y tomó aliento—. Soy tu siervo. Soy la arena que pisan tus pies. Tuya es mi vida.

Rowan parpadeó nervioso, mientras escapaba de sus labios una exclamación entrecortada. No podía creer lo que estaba sucediendo. No lo comprendía.

¡No puede ser cierto! Lo habría sabido. «Debe de haber un error», pensó sumido en una profunda confusión.

Pero no, no había ningún error.

Quien había aceptado la reverencia del hombre Maris, la persona a la que el mensaje llamaba el Elector, quien estaba a punto de aventurarse en un peligro desconocido era Jiller, su madre.

2 ∞ El cristal de Maris



—¿Qué está ocurriendo? ¡Dímelo, mamá!

Rowan se agarró del brazo de Jiller mientras regresaban a casa con paso apresurado, pero ella siguió caminando, ceñuda y en silencio.

—Espera, conejo escuchimizado —dijo Jonn *el Fuerte*. Rowan se volvió hacia la muchedumbre—. Tu madre no hablará hasta que estemos a solas. Debes tener paciencia.

Su voz denotaba tanta seguridad como siempre, pero Rowan adivinó por la expresión de su semblante que algo lo inquietaba.

Jonn y Jiller caminaban a paso ligero, mientras Annad, la hermanita de Rowan, correteaba delante de ellos. Annad apenas comprendía lo que había sucedido en la plaza. Ella y sus amigos habían estado demasiado ocupados cuchicheando y examinando al extraño hombre Maris como para prestar atención a cualquier otra cosa.

Rowan los seguía dando traspiés. En su mente bullía una vorágine de preguntas, pensamientos y temores. Todo cuanto había comprendido hasta aquel momento era que su madre tenía que ir a Maris; que él, su hijo primogénito, debería acompañarla, y que algún peligro terrible los aguardaba al término del viaje.

Pero ¿qué peligro? ¿Y por qué tenían que ir?

Maris... Rowan intentó recordar lo que sabía de aquellos lejanos parajes. Timón, el maestro, les había contado muchos cuentos de la tierra de la costa. Historias de serpientes marinas, batallas y tormentas, y también algo del extraño pueblo de Maris.

Pero de repente le vino a la memoria un día especial a la sombra del Árbol de la Sabiduría. Un cálido día de verano.

Timón les había estado enseñando ilustraciones de un libro. *Nativos de Maris*. Eran parecidos a Rowan, solo que algunos eran plateados, otros azules y otros verdes.

—Los Maris son un pueblo misterioso —había comentado Timón mientras iba señalando las ilustraciones una a una—. Aunque comercian con nosotros y otros pueblos de allende los mares, no abren su corazón a los extranjeros y poco se conoce acerca de ellos.

»Pero algo sí sabemos. Los Maris están divididos en tres tribus: el clan plateado de los Umbray, el clan verde de los Fisk y el clan azul de los Pandellis. En tiempos remotos, los clanes lucharon entre sí encarnizadamente. Cada noche, se decía, el mar se teñía de rojo y las serpientes daban buena cuenta del festín de carne de Maris.

»Pero durante miles de años los clanes han estado unidos bajo un líder todopoderoso: el Guardián del Cristal. El primer Guardián fue un hombre llamado Orin el Sabio. Fue él quien encontró un tesoro de extraordinario poder y misterio, en una cueva submarina...

Rowan estaba cansado aquel día. Una espantosa pesadilla no le había dejado dormir en paz, y le costó muchísimo conciliar el sueño.

De manera que estaba amodorrado bajo el Árbol de la Sabiduría, y solo una parte de su mente prestaba atención a las palabras de Timón.

—¡Rowan de los Bukshah! ¿Qué es lo que acabo de decir?

La voz de Timón lo hizo volver bruscamente a la realidad.

—Er..., er..., que hay tres clanes... —tartamudeó, al tiempo que tomaba conciencia del ardor de sus mejillas—. Su líder es... el Guardián del Cristal.

Los demás niños rieron por lo bajo y se dieron codazos en señal de complicidad. Sabían lo tímido que era Rowan. Por lo general, era un chiquillo tranquilo que destacaba en las clases. Así pues, les parecía divertido que lo sorprendieran *in fraganti*.

Timón los miró y frunció el entrecejo para mostrar su desaprobación, y luego siguió hablando.

—Muy bien. En otras épocas hubo un cuarto clan, el de los Mirril. Eran expertos en venenos. Elaboraron mil y una pócimas letales, y un antídoto para cada una de ellas. Pero los Mirril fueron destruidos cuando los Zebak invadieron la costa hace trescientos años.

De nuevo miró a Rowan, atravesándolo con sus ojos grises.

—¿Qué más ocurrió hace trescientos años, Rowan?

—Fue entonces cuando nuestros antepasados llegaron aquí y construyeron Rin —dijo Rowan en voz baja.

Timón asintió.

—Exacto. Los Zebak han intentado invadir la costa de esta tierra infinidad de veces. Pero hace trescientos años llegaron con un ejército de esclavos guerreros encadenados a los remos de sus barcos. Aquellos esclavos eran nuestros antepasados. —El rostro de Timón se tornó grave mientras continuaba—: La mañana en la que desembarcaron los Zebak, todos los clanes de Maris estaban reunidos en sus respectivas casas de encuentro. No había nadie de guardia. Los Zebak penetraron en la casa de los Mirril y la incendiaron. Se produjo un estruendo infernal. Colosales llamas se elevaron hacia el cielo. El edificio se derrumbó y quedó reducido a cenizas. Todos murieron. Ni un solo miembro del clan de los Mirril consiguió sobrevivir, ni hombre, ni mujer, ni niño.

Ahora todos prestaban atención a Timón. Los niños sentados debajo del Árbol de la Sabiduría guardaban silencio. Todos conocían el terror del fuego.

—Nuestros antepasados fueron testigos de lo acontecido —siguió diciendo Timón—. Vieron a los Zebak riendo mientras el fuego lo devastaba todo. El horror de aquellos momentos fue una de las razones que los llevó finalmente a enfrentarse a los Zebak. Rompieron las cadenas y se unieron a la gente de esta tierra para luchar y derrotar al enemigo. Fue el día más importante de nuestra historia.

Después, Timón hizo algo extraño. Cerró el libro y se inclinó hacia delante. Rowan tuvo la impresión de que el maestro hablaba para sí.

—No debemos olvidar jamás —dijo lentamente, con los ojos clavados en los de Rowan— que el pueblo de Maris ha sido vital para nuestra seguridad desde entonces. Los Maris guardan la

costa. Sin ellos, los Zebak habrían regresado de nuevo hace ya muchísimo tiempo. Los Zebak conspiran incesantemente contra esta tierra, y se vuelven más astutos a cada año que pasa. Nunca debemos perder la confianza de los Maris, nos cueste lo que nos cueste.

Poco después, la clase tocó a su fin. Pensando en ello más tarde, Rowan llegó a la conclusión de que había sido una bobada creer que Timón le estaba hablando especialmente a él. ¿Por qué debería ser aquella historia más especial para Rowan que para cualquier otro de los niños de Rin?

Pero ahora, con el mensaje de los Maris resonando todavía en sus oídos, su opinión era diferente.

«Timón se estaba dirigiendo especialmente a mí aquel día —pensó, y su corazón se puso a latir con fuerza—. Sabía que algún día llegaría un mensaje como el que hemos recibido hoy, y me estaba advirtiendo de que no debería oponerme. Tendría que afrontar mis responsabilidades».

Pero ¿qué responsabilidades? Estaban relacionadas con el Cristal, el fabuloso Cristal de Maris.

El Cristal palidece.

El Elector ha sido convocado...

«Pocos, además de los Maris, comprenden cuan poderoso y misterioso es el Cristal. Muy pocos», había dicho Timón en una ocasión.

Y, una vez más, sus ojos grises se habían detenido en Rowan.

Aminoró el paso. Sí. El Cristal era el quid de la cuestión. ¿Había dicho algo más de él el maestro?

Solo una cosa, y la había dicho con una expresión grave en el rostro. Era importante:

—Los Maris viven muchos años, muchos más que nosotros en Rin. Y los Guardianes son muchísimo más longevos que cualquiera de ellos, gracias al poder del Cristal. Pero, aun así, llega el momento en que cada Guardián sabe que la muerte está cerca. Es entonces cuando el Cristal empieza a perder su fuego y su fuerza. Y es entonces cuando hay que elegir a un nuevo Guardián que le suceda, y este debe estar en posesión del Cristal antes de que muera el antiguo Guardián, con el fin de que no pierda su poder.

El Cristal palidece.

El Elector ha sido convocado...

La garganta de Rowan se estremeció. De pronto, comprendió el significado del mensaje. Allá a lo lejos, en Maris, el Guardián del Cristal estaba muriendo y había que elegir otro nuevo.

Pero ¿qué tenía que ver el mensaje con su madre? ¿Por qué el mensajero la había llamado «Elector»? ¿Qué relación guardaba ella, una mujer de Rin, con el Guardián del Cristal?

Rowan levantó la vista. Jiller y Jonn se habían detenido y lo estaban esperando. Habían llegado al sendero que conducía al jardín y los campos que se extendían más allá. Annad ya había cruzado la verja corriendo, dejándola abierta.

Rowan se apresuró a alcanzarlos.

—Ahora entra en casa, Rowan —dijo Jiller en voz baja—. Prepara el equipaje para el viaje. Ropa de abrigo; hace frío en Maris. Luego, ve al campo de los bukshah y dile a Estrella que se apresure. Nos acompañará y cargará las provisiones. —Jiller esperó a que su hijo se marchara, pero Rowan vaciló—. Date prisa —añadió en tono apremiante—. Partimos al anochecer.

Rowan no se movió.

—Por favor mamá —dijo—. ¿Por qué tenemos que ir? ¿Por qué eres... el Elector?

—Jiller, debes contárselo —le urgió Jonn *el Fuerte*—. No puedes demorarlo más.

Jiller suspiró, cerró la verja y miró los cultivos, que oscilaban al viento como un mar verde.

—Soy el Elector porque nací predestinada para serlo, Rowan —dijo por fin—. Es una obligación que ha pasado de generación en generación en nuestra familia durante cientos de años.

—¿Nuestra familia? —Rowan apenas podía creer lo que estaba oyendo—. Pero ¿por qué? ¿Por qué no lo he sabido hasta ahora? Lann lo sabía. Jonn y Timón lo sabían. Muchos más deben de saberlo también. —Sintió una repentina explosión de ira—. ¿Por qué nadie me lo dijo? —preguntó.

—Pocos lo saben en Rin, por expreso deseo de los Maris —repuso Jonn apoyando la mano en el hombro de Rowan.

—Tal vez tendría que habértelo dicho antes, pero no quería preocuparte mientras no fuera necesario —dijo Jiller sin dejar de mirar hacia la lejanía—. Siempre te preocupas mucho por las cosas, Rowan.

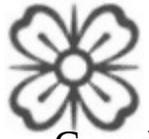
Rowan se estremeció. Sabía perfectamente que, de haber sido un muchacho más fuerte y decidido, su madre le habría revelado el secreto mucho antes.

Dio la impresión de que Jiller comprendía cómo se sentía, porque se volvió hacia él y le tomó de la mano.

—Deseaba protegerte el mayor tiempo posible —susurró—. Eso es todo.

—Bien, la hora ha llegado —dijo Jonn *el Fuerte*—. Ahora, Rowan debe oír toda la historia.

3 ∞ El elector



Y fue así como, por fin, paseando entre los árboles del jardín, Rowan se enteró del secreto que su madre había guardado celosamente durante tanto tiempo.

Cuando los Zebak invadieron la costa, aquel día al que Timón se había referido como el más importante de la historia de Rin, habían calculado cuidadosamente el momento de su llegada. Sus espías les habían dicho que el Cristal de Maris estaba palideciendo. La vida del Guardián se extinguía poco a poco. La Elección de un nuevo Guardián estaba a punto de empezar.

Los Zebak sabían que aquel era el momento perfecto para atacar, no solo porque los celosos clanes de Maris andaban atareados con los preparativos de su sucesor, sino también porque el propio Cristal mostraba inequívocos signos de debilidad y no recuperaría su poder hasta que concluyera la Elección.

Los Zebak eran conscientes de que la Elección estaba regulada por unas normas especiales, establecidas por Orin *el Sabio*. Orin sabía que, cuando muriera, cada clan reivindicaría el derecho a la sucesión, y no quería que la fuerza del Cristal fuera languideciendo mientras luchaban entre sí.

Las reglas de Orin eran muy simples. Los Candidatos a Guardián marcharían juntos a la Isla, en la ensenada de Maris, pero no para combatir, ya que los Maris no se enorgullecían de la fuerza física, sino para someterse a pruebas de sabiduría e ingenio. Los Candidatos serían juzgados por un único Elector, y cualquiera que fuera el Elegido al finalizar las pruebas sería el nuevo Guardián del Cristal.

Orin era astuto y conocía bien a su pueblo. Sabía que el Elector tenía que ser alguien en quien todos pudieran confiar. Por consiguiente, decretó que el Elector siempre sería un miembro de su propio clan, el de los Mirril. Pero, como contrapartida a este honor, ningún Mirril podría ser jamás nombrado Guardián del Cristal.

El Elector de Mirril decidiría entre tres Candidatos: uno de Fisk, uno de Umbray y otro de Pandellis. De este modo, el clan del Elector no tendría nada que ganar ni que perder. La Elección sería siempre justa.

La gente aceptó el decreto de Orin, y así fue durante siglos hasta que ocurrió algo que ni siquiera el propio Orin podía haber previsto.

Los Zebak atacaron mientras el anciano Guardián estaba agonizando, y su primera acción fue destruir a los Mirril.

Pero no por azar, no porque la Casa de los Mirril estuviera más cerca de la orilla, sino porque querían acabar con el clan del Elector y evitar así el nombramiento de un nuevo Guardián. El Cristal palidecería para siempre, y la victoria sería suya.

Su plan a punto estuvo de prosperar. Había Candidatos a Guardián pero, una vez eliminados todos los Mirril, no había Elector. Incluso en tan crítica situación, con cruentos combates en las playas de Maris, los Fisk, los Pandellis y los Umbray no osaron dejar la Elección en manos de uno de sus clanes, ni tampoco en las del propio Guardián, agonizante e incapaz de moverse de la Caverna del Cristal.

Pero los Zebak habían olvidado una cosa: el Cristal, a pesar de su debilidad, atesoraba una sabiduría ancestral, y el viejo Guardián, pese a encontrarse al borde de la muerte, seguía siendo tan astuto como el propio Orin.

Sabía dónde podía encontrar un Elector que su pueblo se mostrara dispuesto a aceptar. Pensó en los extranjeros, los esclavos guerreros que se habían levantado contra sus amos Zebak y que ahora luchaban codo a codo con su pueblo. Con la ayuda del Cristal, eligió a un hombre para que fuera el Elector. Era el antepasado de Jiller y de Rowan. Se llamaba Lieth.

—Así pues, mientras se libraba la gran batalla, Lieth fue a la Isla y nombró a un nuevo Guardián —dijo Jiller—. El Cristal empezó a brillar con una nueva y radiante vida. Mi padre me contó que su poder alcanza el cénit siempre que se elige un nuevo Guardián. Y así quedó demostrado aquel mismo día.

»Al punto, el sino del combate dio un vuelco. Los Zebak fueron derrotados y expulsados. La tierra se había salvado y nuestros antepasados se liberaron de la esclavitud y comenzaron una nueva vida.

—De eso hace cientos de años... —replicó Rowan.

Su madre asintió.

—Así es, pero el compromiso que aceptó Lieth en Maris ese día se ha transferido desde entonces de generación en generación en nuestra familia.

—Es un gran honor —añadió Jonn en voz baja.

—Un gran honor y, al mismo tiempo, una maldición —dijo Jiller, pálida y tensa.

—¿Por qué? —quiso saber Rowan—. ¿Por qué es una maldición?

Jiller soltó la mano de su hijo y aferró el pestillo de la puerta.

—Porque ser Elector en Maris supone correr un terrible peligro —musitó—. Peligro de muerte, en realidad. —De repente, dio media vuelta y tomó el rostro de Rowan entre sus manos—. Si de mí dependiera, haría todo lo posible para evitártelo, Rowan, cualquier cosa. Sin embargo, no puedo hacerlo. Debo llevarte conmigo para que ocupes mi lugar como Elector si yo muriera. Tenemos que enfrentarnos a cuanto suceda con valor. Todos nosotros. Solos.

Acarició las mejillas de Rowan, se volvió y entró en la casa a toda prisa.

Rowan la siguió. Se sentía confuso y estaba aterrado.

—¿Por qué, madre? ¿Por qué hemos de ponernos en peligro? —preguntó entre sollozos—. ¿A causa de los Zebak? ¿Porque saben que el momento más oportuno para atacar la costa es cuando el Cristal se debilita?

—¡No! —respondió con brusquedad Jiller, echando chispas por los ojos.

Rowan retrocedió. Le asustaba ver así a su madre. Solía ser tranquila y cariñosa.

—¡Jiller! —Jonn *el Fuerte* avanzó un paso—. Sentémonos. Comeremos y beberemos, y podrás

responder a las preguntas de tu hijo como es preciso, con serenidad.

—No hay tiempo —replicó Jiller, al tiempo que entrelazaba las manos, presa del nerviosismo. De pronto, se dio por vencida. Sus hombros se desplomaron, apartó una silla y se sentó a la mesa—. Tienes razón —dijo con suavidad—. Estoy cometiendo un error. He cargado yo sola con este peso desde hace tanto tiempo que me resulta difícil compartirlo ahora que el momento ha llegado. —Meneó la cabeza—. Mi padre me dijo lo mismo en su día.

—¿Eligió un Guardián el abuelo? —preguntó Rowan, y se sentó con timidez a su lado. Su abuelo había muerto cuando era muy pequeño. Recordaba su amplia y amable sonrisa, sus ojos azules y sus manos, duras y ásperas debido al trabajo en los campos, tallando figurillas de animales con un cuchillo pequeño y afilado.

Jiller negó con la cabeza.

—No, mi padre nunca fue convocado —dijo—. El Guardián actual fue elegido por su madre, mi abuela, pero padre sabía que, probablemente, el Cristal palidecería durante mi vida, y esa posibilidad lo atormentaba.

Jonn trajo pan, queso y leche.

—Come, Jiller —le aconsejó—. Y tú también, Rowan. Necesitaréis toda la energía posible en los días que se avecinan. El ayuno no ayuda.

Empezaron a comer. Jonn estaba en lo cierto, pensó Rowan. Comer ayudaba. Ni siquiera se había dado cuenta de lo hambriento que estaba.

—Así pues, ser el Elector es peligroso —dijo, con la mayor calma posible. ¿Por qué?

—Porque los Maris no han cambiado —gruñó Jonn—. Los celos entre los clanes son terribles. —Apoyó la mano sobre el brazo de Jiller—. Cuéntale el resto, Jiller.

La madre de Rowan asintió a regañadientes y reanudó el relato:

—Cuando un Guardián envejece, los clanes de Maris se preparan para la Elección. Cada clan tiene por lo menos un Candidato, adiestrado en su juventud para las pruebas que deberá superar. Los miembros de cada clan harán cualquier cosa, cualquiera, con tal de asegurarse de que el vencedor será su Candidato. Robarán, espiarán, engañarán y mentirán. Incluso matarán si sospechan que el Elector está favoreciendo a otro. —Desmigajó el pan en su plato con la vista clavada en él—. Muchos miembros de nuestra familia han muerto en Maris. Mi bisabuelo fue el último. Desconsolada y muerta de miedo, mi abuela, su primogénita, tuvo que ocupar su puesto como Elector mientras él yacía en su lecho de muerte en la Caverna del Cristal. Y lo hizo con bravura, según dicen, a pesar de contar solo quince años. —A Rowan se le revolvió el estómago, pero hizo un esfuerzo por guardar silencio. Jiller continuó—: Sabía el peligro que corría. Muchos miembros de nuestra familia habían perecido en los siglos anteriores, asesinados por celosos Candidatos o espías de los clanes. Muy, muy a menudo, la Elección ha supuesto la muerte del Elector. Veneno, hojas afiladas en la noche, cuerpos envueltos en redes y arrojados al mar hambriento...

Rowan miró a su madre, horrorizado.

—Pero... eso es una locura.

Jonn asintió.

—En efecto..., una locura —repitió—. Una locura que se ha prolongado durante miles de años.

—Es la forma de hacer las cosas en Maris —suspiró Jiller—. Es inútil oponerse. Ahora, al menos los clanes solo se enfrentan cuando el Cristal pierde su brillo. Una vez elegido un nuevo Guardián, los Maris se unen de nuevo, jurándose lealtad y obedeciendo ciegamente a sus líderes. Así ha sido siempre.

«Así ha sido siempre...».

Rowan inspiró profundamente.

—Si nos matan a los dos —dijo—, ¿significará eso que Annad...?

—No —sonrió Jiller, cansada—. Lo único que me consuela es que Annad es demasiado joven para ser convocada. Si tú y yo muriéramos, Rowan, la responsabilidad pasaría a otro. A Timón. Su familia es la siguiente en la línea de sucesión.

Timón. Ahora comprendía por qué sus ojos se habían mostrado tan sombríos al hablar del Cristal de Maris.

Jonh retiró su plato y se puso en pie.

—Bien —dijo—. Hemos hablado, hemos comido y ahora hay que trabajar. Si queremos partir al anochecer, queda aún mucho por hacer.

Jiller lo miró, asombrada.

—¿Si «queremos»...? —preguntó—. No pensarás venir con nosotros, ¿verdad, Jonh?

—Por supuesto que sí —respondió—. ¿O crees que os dejaría solos a ti y a Rowan?

Jiller meneó la cabeza.

—Jonh, esto es responsabilidad mía, y también de Rowan. No hace falta que tú también corras peligro. No es necesario.

—Es absolutamente necesario —replicó Jonh con dulzura—. Lo sabes muy bien. Y también sabes que si el padre de Rowan viviera, os habría acompañado hasta la costa. Para estar con Rowan mientras tú estás en la Elección. Debes concederte ese mismo derecho.

—Estamos prometidos, no casados. Y ahora quizá... —La voz de Jiller temblaba. Desvió la mirada.

Rowan contuvo el aliento.

Jonh se apoyó en el borde de la mesa con ojos inescrutables.

—No digas esas cosas —dijo alzando el tono de voz—. Todo saldrá bien. No te pasará nada, ni a ti ni a Rowan. Yo me encargaré de ello.

Sus palabras eran valerosas, pero Rowan sabía que Jonh, a pesar de su extraordinaria fuerza, no podría protegerlos de aquello a lo que estaban a punto de enfrentarse. Nadie podría hacerlo.

La voz de su madre resonó como un eco en su mente.

«Tenemos que enfrentarnos a cuanto suceda, con valor. Todos nosotros. Solos».



Partieron al anochecer. Pocos los vieron marchar. Solo Timón y la vieja Lann los acompañaron hasta los linderos de la aldea para despedirlos.

Annad se quedaría con Marlie, la tejedora, mientras Jiller y Rowan estuvieran fuera. Estaría bien cuidada y feliz, y también se sentiría importante, pues debería cuidar de los bukshah en ausencia de Rowan.

—Y si... —había susurrado Jiller a Marlie—. Si Rowan y yo no regresamos...

—Cuidaré de Annad como si fuera mi propia hija —dijo Marlie sin pensarlo dos veces—. No temas por eso. Pero vais a volver, Jiller. Estoy segura de que volveréis.

La anciana Lann repitió aquellas palabras mientras les decía adiós.

—Regresaréis —dijo, sin permitir que su arrugado y áspero rostro revelara el temor que tal vez sentía—. Por lo menos uno de vosotros regresará. La convocatoria ha llegado tarde. El hombre Maris me ha dicho que el Guardián se está debilitando muy rápidamente. No habrá tiempo de volver a Rin en busca de otro Elector, de lo cual Timón, sin duda alguna, debe de sentirse agradecido.

Timón inclinó la cabeza.

—Si pudiera, ocuparía con gusto el puesto de Jiller. Pero el pueblo de Maris no me aceptará como Elector mientras ella y su hijo vivan.

Lann miró a Perlain, que esperaba impaciente junto al arroyo.

—Maris ya no es lo que era —balbuceó—. Se aferran a las antiguas costumbres. La gente no aprende nada. Los Guardianes protegen el Cristal, pero no lo usan como antes. Temen las nuevas ideas. No cambiarán. No madurarán. Y los Zebak son más astutos cada año que pasa.

Lann frunció el ceño.

—Te lo ruego Jiller, y también a ti, Rowan de los Bukshah: cuando llegue el momento, elige sabiamente.

—Lo intentaré —murmuró Jiller. Rowan tragó saliva y asintió.

Lann se inclinó hacia delante.

—Y tened cuidado —añadió en un susurro casi imperceptible—. Esos escurridizos demonios Maris os estarán observando sin cesar. Ahora, partid. Nuestros pensamientos y nuestra confianza os acompañan.

‡ ‡ ‡

Durante años, al igual que cualquier otro niño de Rin, Rowan había deseado visitar la costa. Había

soñado con contemplar el vasto océano azul, que centelleaba hasta perderse de vista.

Había imaginado al misterioso pueblo Maris, de piel pálida, navegando en sus barcas al amanecer, deslizándose como peces hendiendo las olas bajo el calor del mediodía y remendando las redes al caer la tarde. Seguro en casa, en su verde valle, había temblado con un miedo no exento de satisfacción al pensar en los inmensos anillos rutilantes y las mandíbulas goteantes de las serpientes marinas, al acecho de sus presas bajo la luz de la luna.

Había visto tantas ilustraciones y oído tantas historias de aquel lugar... Ahora ansiaba estar allí.

Había pensado que tendría la oportunidad de viajar a la tierra de los Maris en alguno de los viajes comerciales de Rin. Todos los años, un grupo de aldeanos partía hacia aquel remoto territorio, presa de un gran nerviosismo. Llevaban consigo carretas cargadas de queso, fruta, hortalizas, lana tejida de bukshah y otras mercancías, tiradas por cuatro o cinco grandes bestias del rebaño de bukshah.

Rowan siempre corría a través de los campos para verlos marchar, y tres o cuatro semanas más tarde se unía a la multitud para darles de nuevo la bienvenida.

Si el comercio había ido bien, los productos de Rin habrían sido reemplazados por hatillos llenos de pescado seco, jarras de aceite, paquetes de sal y esponjas.

Los recién llegados mostraban las cosas que habían comprado para ellos y sus amigos: extraños y hermosos ornamentos tallados en madera de balsa y nácar, galletas duras con sabor a mar, llamativos cinturones de piel de pescado, collares de diminutos cristales. Rowan escuchaba sus relatos con emoción y envidia.

«Un día —se dijo—, seré lo bastante mayor y fuerte para ir a la costa. Un día...».

Pero aquel día había llegado antes de lo esperado, de una forma imprevista y por una razón que nunca había imaginado.

‡ ‡ ‡

Pasaban los días y las noches. Era un viaje largo, y también duro, porque viajaban de noche y a toda prisa. Avanzaron dando tumbos por el accidentado terreno, siguiendo primero el arroyo y luego el río que conducía hasta el mar. Todos se sentían muy fatigados y, aunque descansaban de día, era difícil conciliar un sueño profundo y largo con el sol brillando en el cielo.

Viajaban de noche debido a Perlain, el hombre Maris. Lejos del mar, su fina piel se secaba y agrietaba. El sol del interior, incluso en aquella suave estación, lo quemaba.

No les agradeció sus cuidados. Les dijo que, llegado el caso, prescindieran de él, y que el tiempo era demasiado precioso para malgastarlo. Pero transcurridas tres noches de camino, estaba demasiado cansado para seguir hablando, y se sumió en un profundo silencio.

De noche encabezaba la marcha, con las prendas azules brillando bajo la luz de la luna, y durante el día se sumergía en el río mientras los demás dormían en la orilla.

Una tarde, próximo ya el final del viaje, Rowan se despertó y vio a Perlain saliendo del agua y sentándose en la hierba.

Las sombras eran alargadas. Rowan sabía que pronto sería la hora de comer y de reanudar la marcha. Pero Jiller y Jonn seguían dormidos. Incluso Estrella estaba adormilada. Movido por un impulso, Rowan se levantó y se acercó al hombre Maris.

Perlain lo vio aproximarse. Sus ojos apagados no mostraron sorpresa ni bienvenida.

Rowan había pensado que tal vez podría hablar con él y hacerle preguntas sobre Maris, pero ahora no sabía por dónde empezar. Lo miró receloso, muy consciente de la extraña apariencia del hombre y de su olor a pescado.

—¿Has dormido bien, Primogénito del Elector? —preguntó Perlain cortésmente.

—Sí, gracias —mintió Rowan—. ¿Y tú?

Perlain se encogió de hombros y sus finos labios esbozaron una sonrisa.

—Por la mañana estaré en casa —se limitó a responder. Echó un vistazo al cielo—. Es hora de que el Elector despierte —dijo.

Sin duda, deseaba que Rowan lo dejara a solas.

Rowan se mordió el labio.

—Perlain —dijo de pronto—. El Cristal de Maris..., ¿podrías hablarme de él?

Perlain se quedó perplejo.

—Solo soy el Mensajero del Guardián. No conozco los secretos del Cristal.

—No quiero conocer sus secretos —imploró Rowan—. Solo lo que todos saben en Maris. Incluso los de Rin sabemos algunas cosas. El Cristal lo descubrió hace mucho tiempo un hombre llamado Orín *el Sabio*. Eso lo sé. Pero no dónde ni cómo. ¿Me lo dirías tú, aunque solo fuera eso?

Perlain reflexionó unos instantes. Luego, asintió lentamente.

—Te contaré lo que sé —dijo. Miró hacia la otra orilla del río—. Orín cometió la imprudencia de ir a pescar cuando el sol se estaba poniendo —empezó—. Había luna llena. La Gran Serpiente, la madre de todas las demás serpientes del mar, emergió de las aguas oscuras, volcó la barca de Orín y lo persiguió hasta la isla de la ensenada.

Rowan se estremeció. En la casa de los libros había una ilustración de la Gran Serpiente de Maris que siempre le había causado pavor. Una bestia colosal de piel escamosa, con cabeza de dragón y cuerpo de serpiente gigante, emergía, retorciéndose, del mar. La embarcación zozobraba y los hombres de Maris que viajaban a bordo, tapándose los oídos con las manos, parecían devorados entre sus terribles fauces.

Perlain sonrió apenas y prosiguió:

—Presas del pánico, Orin se apresuró a entrar en una cueva y fue siguiendo un oscuro túnel que lo condujo hasta las profundidades marinas.

»Allí, en una caverna rocosa, encontró el Cristal. Al tocarlo, empezó a brillar como si un centenar de fuegos irisados estuvieran atrapados en su interior. Permaneció en la caverna toda la noche, y, a la mañana siguiente, llevó el Cristal a la playa.

»Ya entonces la gente sabía que el Cristal era un objeto maravilloso, aunque nadie conocía su verdadero poder. Pronto descubrieron que solo brillaba para Orin, y que este había cambiado desde que lo había encontrado. Veía cosas que ellos no podían ver, notaba la presencia de los peces bajo el agua y de las serpientes al acecho, saboreaba el viento y anunciaba la llegada de las

tormentas. Incluso era capaz de ver en el corazón de la gente.

»Orin también había cambiado en otro sentido. Antes de descubrir el Cristal, sentía un odio implacable hacia los demás clanes. Pero ahora, aunque el suyo le urgía a valerse de su nuevo poder para destruir a sus rivales, se negó en rotundo a hacerlo. Compartía con todos el conocimiento y la sabiduría del Cristal.

—Se convirtió en el líder de los Maris —repuso Rowan—. El primer Guardián.

—Sí, gracias al poder del Cristal —dijo Perlain—. Y, a partir de entonces, todo sucedió como él había pronosticado. Cuando la gente se dedicó a construir, a planificar y a cosechar en lugar de luchar entre sí, nuestra tierra prosperó. Otros Guardianes siguieron a Orín, elegidos cada uno según las reglas que él había establecido. Y el Cristal...

—Sí —intervino Rowan con ansiedad—. ¿Qué fue del Cristal?

—A medida que fueron pasando los años, nos dimos cuenta de que era más, muchísimo más de lo que el propio Orin había imaginado. —Perlain vaciló, y luego siguió hablando, pero eligiendo sus palabras con sumo cuidado—. El Cristal no solo da, sino que también toma y guarda. Ahora, atesora todo el conocimiento de Maris. Cuando muere un anciano Guardián, todo lo que ha aprendido y toda su experiencia pasan al Cristal, y de él, al nuevo Guardián. Nada se pierde. Todo se recuerda.

—De este modo, cada Guardián es más sabio que sus predecesores —dijo Rowan—. Más sabio y más poderoso.

—Así es.

—No me extraña que el título de Guardián sea tan codiciado —concluyó Rowan—. Todos en Maris deben de desear ser elegidos Candidatos.

—¡Oh, no! —respondió Perlain—. No todos. A mí me trae sin cuidado. No tengo el menor deseo de serlo.

De pronto, como si creyera que había hablado demasiado, se puso en pie de un brinco y se alejó.

Rowan miró el río. El agua corría deprisa, arrastrando ramas y hojas, camino del océano.

«Mañana —pensó Rowan—, habremos llegado al lugar adonde se dirige el agua. Al lugar donde el río se une con el mar.

»Mañana estaremos en Maris».

5 ~ Peligro



Pese a los pies doloridos, al frío penetrante y al entumecimiento, Rowan sentía que el viento azotaba su rostro, saboreaba la sal en los labios y miraba el horizonte, absorto y con los ojos llorosos. El inmenso mar, el incesante oleaje. Acarició la áspera crin de Estrella y notó su calidez.

El animal emitió un sordo gruñido y se inclinó hacia él. Al igual que Rowan, estaba lejos de su hogar y sentía nostalgia del aire dulce del valle de Rin y la hierba tierna del campo de los bukshah. Le disgustaba el viento gélido que arremolinaba la llovizna de salitre en sus pequeños ojos negros, así como el intenso olor a pescado que percibía su delicado hocico. No le gustaba la sensación de la arena y los guijarros en sus pezuñas, ni el establo en penumbra en el que la habían atado con una soga ni tampoco la gente extraña y callada que la miraba al pasar.

—Te sentirás mejor cuando hayas descansado, Estrella —murmuró Rowan, al tiempo que le acariciaba el hocico—. Los dos nos sentiremos mucho mejor.

El viento arreció. Estrella pateó el suelo y volvió la cabeza para protegerse del ruido del viento y de las molestas ráfagas de arena.

—Ahora tengo que irme —dijo Rowan—. Jonn me está esperando. Pero volveré pronto para verte.

Estrella emitió un gruñido de disgusto.

—Aquí tienes agua y comida. Come y bebe, y luego duerme —la urgió Rowan—. Si duermes, el tiempo pasará más deprisa.

Acarició de nuevo el cuello del animal y se marchó. Esperaba poder regresar y cumplir su promesa. En realidad, detestaba dejar sola y encerrada a Estrella. Pero en aquel poblado no había otro lugar donde acomodarla.

«Por lo menos estará a buen recaudo», pensó Rowan mientras cerraba la puerta tras de sí y se dirigía al encuentro de Jonn por el sendero de piedrecillas. El establo era sólido, construido con los ladrillos de roca que fabricaban los Maris y que usaban para levantar sus propias viviendas. Las aterradoras criaturas que emergían de las aguas para cazar en la oscuridad de la noche no podían abatir aquellos poderosos muros.

Perlain así se lo había contado, sonriendo apenas, con la cabeza ladeada. Los Maris no compartían aquel cariño por los animales, y a Perlain le divertía que Rowan cuidara tanto de Estrella, aunque su extremada discreción le impedía decírselo.

Rowan miró de nuevo la ensenada, donde se hallaba la Isla, oscura y cubierta de espesos bosques, azotada por las olas y el viento. No se distinguía ningún movimiento en su rocosa línea costera, aunque su madre ya debía de estar allí, oculta entre los árboles. Se había marchado tan

pronto como habían llegado a Maris. De aquello hacía ya un par de horas por lo menos.

A Rowan y a Jonn les había dicho que iría primero a la Caverna del Cristal y después a la Isla, donde permanecería hasta que la Elección hubiera finalizado.

Rowan observó el reluciente mar y la silueta tenebrosa de la Isla, pero no consiguió distinguirlos. La oscuridad era ya casi absoluta. No podía ver la playa de Maris ni el camino pedregoso que había recorrido antes; las redondeadas casas que se apiñaban a sus espaldas, ni las miradas curiosas de los habitantes de Maris que pasaban junto a él.

Pensó en Rin. Estaba de nuevo allí, de pie junto a la charca de los bukshah. Deambulaban de aquí para allá y gruñían a su alrededor. Su madre trabajaba en los campos y Jonn *el Fuerte* se ocupaba del huerto. Todo era quietud. Se sentían seguros...

Rowan sintió una mano en el hombro y dio un respingo. Se volvió y vio a Perlain, que lo miraba con aire inquisitivo.

—¿Qué haces aquí solo, Primogénito del Elector? —le preguntó—. ¿Por qué no regresas con Jonn *el Fuerte* a la casa, donde te dejé? Es más seguro.

—Estaba... cuidando de Estrella, mi bukshah —balbuceó Rowan.

Perlain esbozó una sonrisa cansada.

—Vosotros, la gente de Rin, sois muy extraños —suspiró—. ¿Quieres amanecer mañana en una acequia con el corazón atravesado por un puñal, amigo mío? ¿Tan importante es esta bestia como para correr ese riesgo?

—No hay razón alguna para que alguien quiera matarme, Perlain —replicó Rowan con firmeza—. No he hecho daño a nadie, ni tampoco sé nada de la Elección. No he visto a los Candidatos ni saben cuál sería mi voto de tener que pronunciarme.

Una nube pareció ensombrecer durante unos instantes los pálidos ojos de Perlain. Sus labios se curvaron de nuevo en una leve sonrisa.

—Eres más sabio de lo que pareces, Rowan de Rin —murmuró—. Pero no tanto como crees. Los Candidatos conocen vuestra forma de vida, y la de tu familia más que la de los demás. Sus maestros saben cómo piensas. Han recopilado datos acerca de ti desde el día en que naciste.

Las mejillas de Rowan se sonrojaron a pesar del viento frío. No le gustaba pensar que unos desconocidos de ojos fríos y claros lo habían espiado desde lejos. Miró a Perlain. Su rostro evidenciaba sus sentimientos.

El hombre Maris extendió sus pequeñas manos palmeadas.

—Así es como ha sido siempre —dijo—. Será mejor que te acostumbres y lo comprendas. Ahora, ven conmigo. Te acompañaré a la casa. Estarás a salvo. Te aconsejo que no salgas solo.

Tomó a Rowan del brazo y juntos enfilaron la calle adoquinada.

—Tengo que visitar a Estrella por lo menos dos veces al día —dijo con obstinación Rowan—. Debo llenar su cuenco de agua y darle de comer. Se siente sola y tal vez esté asustada.

—¿Y tú? ¿No estás asustado? —Perlain lo miraba fijamente. Sus ojos apagados parecían penetrar en el alma de Rowan. Luego asintió—. Ah, sí, lo estoy viendo. Tienes miedo, pero intentas disimularlo. Así sois en Rin, ¿no es cierto?

Rowan permaneció en silencio. Caminaba sintiendo el frío aliento de Perlain en su mejilla.

Vio a otros Maris; en especial, los que llevaban los colores plata y verde de los clanes de los Umbray y los Fisk. Murmuraban y lo miraban al pasar. Quizá se preguntaban qué estaría diciéndole Perlain, si se estaba aprovechando de su cargo de Mensajero del Guardián, si ensalzaba las cualidades del Candidato del clan de los Pandellis por sí, llegado el caso, el Primogénito se convertía en Elector.

Perlain siguió hablando en voz baja.

—Eres diferente de todos cuantos he conocido, distinto de los ruidosos hombretones que vienen cada año a comerciar con nosotros. Diferente de tu alta y valiente madre, el Elector. Tus ojos son los de quien ha visto a la Gran Serpiente y ha vivido para contarlo. Profundos y llenos de conocimiento. Algo muy extraño en un muchacho tan joven. Solo he conocido a otro igual. —Rowan dio un traspie y miró al suelo, sin saber qué decir—. Guardas silencio —dijo Perlain—. Eso está bien. En silencio estás seguro. —Se detuvo y señaló—. Allí está tu casa. Continúa tú solo. Pronto os traerán algo de comer. Nuestro mejor pescado y huevos del Gusano de Kirrian, recogidos frescos de las arenas esta misma mañana. Pero te aconsejo que guardes tus propias provisiones.

—¿Por qué? —preguntó, intrigado, Rowan.

Perlain se encogió de hombros.

—Tal vez haya algo en la comida Maris que te desagrade... —dijo con calma—. Díselo también a tu amigo Jonn, si así lo deseas; por lo menos, si aprecias su vida tanto como la tuya.

Inclinó la cabeza y se marchó, deslizándose como una sombra azulada por un callejón estrecho entre dos casas hasta desaparecer.

Rowan se dirigió hasta la pequeña vivienda donde lo esperaba Jonn.

Perlain le había advertido de un posible envenenamiento. Veneno en el pescado, en la bebida.

Jiller se había llevado a la Isla sus provisiones. Los tres, ella, Rowan y Jonn, así lo habían decidido. Pero no habían pensado que Jonn y Rowan tuvieran que tomar las mismas precauciones. No tan pronto. No a menos que sucediera lo peor y Jiller fuera asesinada.

«Los miembros de cada clan harán cualquier cosa, cualquiera, con tal de asegurarse de que el vencedor sea su Candidato. Robarán, espiarán, engañarán y mentirán. Incluso matarán si sospechan que el Elector está favoreciendo a otro».

«Ten cuidado, madre —pensó Rowan, apretando las manos—. No permitas que nadie sepa tu opinión, ni siquiera qué Candidato crees que es el mejor. Vigila tus palabras, tu rostro e incluso tus pensamientos...».

¿Quién sabe?, podría ser que, después de los mil años del Cristal, el Guardián no fuera el único capaz de leer la mente. Rowan recordó cómo los ojos pálidos de Perlain habían buscado los suyos. Parecía saber lo que estaba pensando. ¿Sería cierto? En tal caso, Jiller no estaría a salvo hasta que regresara de la Caverna del Cristal, hasta que hubiera apoyado la mano en el hombro de uno de los Candidatos y hubiera pronunciado las palabras que le había susurrado durante el viaje, las que todo Elector había dicho desde los tiempos de Orin.

«El Elector ha elegido. Que los demás Candidatos abandonen este lugar».

Rowan sintió que el miedo se apoderaba de él y respiró hondo para serenarse. Se secó las

manos sudorosas en la camisa. Debía conservar la calma. Así lo quería su madre. Pero era difícil, muy difícil.

Se preguntó por enésima vez si Jiller había hecho lo correcto guardando el secreto de su familia durante aquellos años. ¿No hubiera sido preferible que se lo hubiera contado para estar preparado? ¿O acaso la historia le habría pesado como una losa en su infancia, al igual que ahora? ¿Le habría preocupado en demasía y hubiera temido día tras día la llegada del mensajero de los Maris? ¿Se habrían adueñado de sus sueños los pálidos, fríos y observadores ojos y las manos palmeadas de aquella gente, una isla de roca negra rodeada de espuma y un cristal que ardía como el fuego?

Rowan oyó un ruido y levantó la vista. La gente se apresuraba a dejar paso a un grupo que se aproximaba a paso ligero por la calle. Eran tres: dos hombres y una mujer. Sus capas ondeaban al viento.

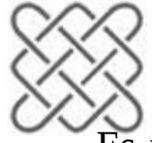
Uno de los hombres exhibía el plateado de Umbray; el otro, el azul de Pandellis, y la mujer, el verde de Fisk. Su expresión era grave. Se dirigían directamente a su encuentro. Algo había ocurrido, algo terrible.

—Elector de Rin, el que tiene el destino de Maris en sus manos, te saludo en nombre del Guardián del Cristal —empezó diciendo.

Su voz sonaba como un zumbido. Mil murmullos de la multitud congregada en la calle ensordecieron los oídos de Rowan, subieron y bajaron de tono como la espuma de las olas en la arena. Elector..., Elector... Su madre... Veneno..., veneno..., veneno.

Y mientras una marea carmesí de horror invadía la mente de Rowan, un pensamiento afloró a la superficie. Jiller había hecho bien en ocultarle el secreto durante todo aquel tiempo. Por nada del mundo le habría dicho que debía prepararse para semejante agonía. Por nada del mundo.

6 ∞ Veneno



—¿Quién ha sido?

Rowan oyó su propia voz, como si llegara desde muy lejos.

—Es imposible saberlo —dijo el hombre de mayor estatura, el hombre Umbray—. Tu madre se puso enferma en la Isla. Estaba a solas con los Candidatos. La Elección acababa de dar comienzo.

Su rostro era inexpresivo. Sus ojos, fríos.

«Sin duda, uno de los Candidatos —pensó Rowan—. Alguien que probablemente creía que iba a perder».

La cabeza le daba vueltas y más vueltas.

«Es imposible saberlo».

Pero debía de haber una forma.

La mujer de verde miró hacia el sol.

—Hemos de darnos prisa —dijo—. El Cristal se debilita. La Elección tiene que continuar. El tiempo pasa como la marea.

Se volvió para emprender el camino.

Llevado por un impulso, Rowan la cogió del brazo y la mujer se detuvo. Sus dedos resbalaron sobre la superficie suave de la prenda. Debajo de la tela sintió la carne fría y húmeda.

—¡Jonn! ¿Lo sabe Jonn? —estalló, mirando hacia la puerta cerrada de la casa.

—Aún no —respondió ella.

—¡Debe saberlo!

—Así será. Y lo habría sabido de haber estado tú con él como estaba previsto —añadió—. Nos ha sorprendido verte solo en la calle.

La voz de la mujer era glacial, expresaba su total desaprobación.

—No estaba...

Rowan calló y reprimió sus palabras. A punto había estado de decir que no estaba solo, que Perlain lo había acompañado. Pero como si un agujijón de miedo se hubiera clavado en su piel, y a pesar del dolor y la confusión que sentía, se dio cuenta de que ahora sería peligroso admitirlo.

Perlain pertenecía al clan de Pandellis. Si la gente de Fisk y Umbray llegaban a pensar que el Elector había entablado amistad con un hombre Pandellis, aun tratándose del Mensajero del Guardián, podrían sentirse celosos y concluir que Rowan elegiría al Candidato de aquel clan como Guardián. Podrían...

—Ven —dijo una voz serena a su lado. Era el hombre Umbray. Su rostro estaba tan próximo al suyo que Rowan pudo ver su propio reflejo en los ojos incoloros—. Ven —repitió—. No debemos

demorarnos más. Ahora eres el Elector. El destino de Maris está en tus manos.

—Quiero ver a mi madre —balbuceó Rowan.

El hombre asintió.

—Por supuesto. La han trasladado a la Caverna del Cristal por orden expresa del Guardián. Debes despedirte de ella antes de ocupar su puesto en la Isla, Elector de Rin. Cuando regreses, habrá muerto.

El corazón de Rowan se aceleró de repente.

—¿Significa eso que aún vive? —preguntó con voz ahogada—. Creía que...

—Respira —murmuró el hombre Umbray, y volvió el rostro hacia el mar—. Pero su corazón late cada vez más despacio a medida que el veneno se extiende. Pronto expirará.

—No sufre —añadió el hombre Pandellis, adivinando el dolor en los ojos de Rowan—. Duerme. Está soñando, y con cada sueño se aleja un poco más de la playa de la vida.

El hombre Umbray sonrió.

—No finjas ante el Elector que tu corazón es sensible como el suyo y el de su gente, Pandellis. Todos en Maris saben que los Pandellis nacen con esquirlas de hielo en las venas. Son fríos y no sienten nada. Mientras que los Umbray...

La mujer Fisk se encaró con él.

—Los Umbray no son mejores que los Pandellis. Simplemente engañan mejor, son escurridizos como las anguilas que se retuercen en el limo del río —espetó—. Sin embargo, mi clan...

—¡Cierra tu boca de serpiente, Fisk! —estalló el hombre Umbray al tiempo que levantaba un reluciente brazo plateado.

Los tres dieron un paso adelante y se acercaron, desafiantes, rodeando a Rowan. Hablaban en un tono cada vez más elevado y resentido. A su alrededor, la multitud murmuraba, formando grupos separados: Pandellis, Umbray, Fisk. Sus manos palmeadas hurgaban en los ropajes en busca de cuchillos. Eran largos y estrechos. Las hojas brillaron al sol.

Rowan se sentía aturdido. Observó los extraños y pálidos rostros a su alrededor, deformados por la rabia; los finos labios que gritaban; los ojos vidriosos a causa de la ira.

La rabia se apoderó de él. Odiaba a aquella gente. Los odiaba a todos.

Su estúpida y asesina rivalidad había propiciado la muerte de su madre.

Apretó los dientes.

—¡Basta! —gritó, tapándose los oídos con las manos—. ¡Basta!

Los Maris guardaron silencio y retrocedieron. Le observaron con cautela.

El viento silbaba con fuerza y el oleaje batía en la playa.

Rowan sintió un nudo en la garganta, como si estuviera a punto de sufrir un desvanecimiento. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Tragó saliva y parpadeó para contenerlas.

Por fin, recuperó la voz.

—Llevadme a la Caverna del Cristal —dijo—. ¡Llevadme con mi madre! ¡Ahora!

Mientras Rowan caminaba, miraba la encorvada espalda del hombre Umbray, que abría la marcha. A su izquierda, la mujer Fisk, y a su derecha, el hombre Pandellis. No eran mucho más altos que él, pero tras aquella primera explosión de rabia, se sentía atrapado, acorralado, impotente.

El grupo avanzaba por las calles, abriéndose paso entre la muchedumbre verde, azul y plateada como un enorme pez en el agua.

—El Elector..., el Elector...

Rowan oía las voces al pasar. Hablaban de él. Lo sabían. Sabían lo que le había sucedido a su madre. Tal vez algunos de ellos incluso sabían quién la había envenenado y por qué.

«Pronto expirará».

Aquellas palabras eran definitivas. Y, aun así... Rowan apretó el paso hasta casi tropezar con el hombre Umbray. ¿Cómo podían saberlo con tanta seguridad los Maris? No conocían a su madre. No eran conscientes de su fortaleza. Quizá incluso aún estuvieran a tiempo de hacer algo para salvarla.

—¿Falta mucho? —preguntó con voz apremiante.

De pronto, se sintió aterrorizado ante la idea de que su madre muriera antes de que él consiguiera llegar a su lado.

—Ya hemos llegado —respondió el hombre Pandellis. Su hombro rozó el suyo al girar bruscamente a la derecha, hacia el mar.

Las olas rugían y se estrellaban contra la orilla.

Rowan sintió que los restos de espuma mojaban su rostro. Levantó la vista y miró a su alrededor.

Estaban delante de un edificio redondo de color arena, con enormes puertas cubiertas de rutilante nácar. En el tejado había una especie de pebetero, en el que ardería una llama para anunciar al pueblo de Maris que la Elección había finalizado, y que el Elector estaba a punto de nombrar a un nuevo Guardián. Ahora estaba apagado.

Delante del edificio, había un patio de losas verde pálido. Al otro lado, el mar azotaba las rocas. Y más allá, circundada por un anillo de espuma, la oscuridad de la Isla.

El hombre de Umbray se detuvo.

—Debes entrar solo, Elector de Rin —dijo en tono respetuoso.

La mujer de Fisk hizo un rápido movimiento, como si fuera a hablar, pero luego dio la impresión de haber cambiado de idea. Bajó la vista y guardó silencio.

Rowan presentía, más que veía, a los tres Maris observándolo mientras se encaminaba hacia el edificio. Ya no le importaba lo que hicieran o pudieran pensar.

Cuando empujó la puerta y penetró en la extraña estancia circular, ya no tuvo miedo. Como si los sentimientos le hubieran abandonado. Como si se viera a sí mismo en un ensueño.

La puerta se cerró a sus espaldas. Se había quedado solo.

La sala era espaciosa. Las paredes y el techo eran curvos, de piedra pulida, dura, suave y brillante. Unas velas encendidas distribuidas en el suelo proporcionaban la única luz que alumbraba la sala.

Una escalera en una esquina conducía a la planta inferior.

Rowan se acercó a la escalera. Se distinguía una tenue luminosidad. Apoyó la mano en la barandilla y bajó el primer peldaño.

«Bienvenido, Elector de Rin».

La voz resonó como un eco en su cerebro. Irguió la cabeza mirando a su alrededor, lleno de asombro.

«Estoy abajo. Ven conmigo».

Era una voz suave, que sugería e invitaba. Rowan obedeció.

Sabía que estaba a punto de conocer al Guardián del Cristal.

7 ∞ El guardián



La escalera serpenteaba al bajar, y seguía bajando y bajando. Rowan perdió la cuenta de los peldaños. Se encontraba ya bajo tierra, bajo el mar. Entretanto, un suave fulgor verdeazulado iluminaba el camino.

Las paredes eran de piedra, al igual que los duros y fríos escalones. Oía el goteo del agua y percibía el olor de la sal y las algas.

A cada nuevo escalón, más intensa era la sensación de atracción. Parecía como si sus piernas se movieran por voluntad propia. Como si una red invisible tirara de él hacia las profundidades.

Y, de pronto, el miedo se impuso a cualquier otro sentimiento, a cualquier otro pensamiento. Tembló y se agarró con fuerza a la barandilla hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Deseó hundirse en la piedra fría, salir de nuevo a la superficie. Aun así, siguió bajando y bajando.

«No temas. Lo que sientes es el poder del Cristal. No te hará daño. Tu madre está aquí conmigo».

La voz llenó su mente, disipó el miedo y dejó en su lugar un vacío de pena y vergüenza.

«Madre —pensó Rowan—. Madre está aquí. ¿Cómo puedo haberlo olvidado? ¿Cómo he podido vacilar siquiera un minuto?».

Ahora, el miedo estaba dejando paso a la locura. Se asió con fuerza a la barandilla para no tropezar y siguió descendiendo. La luz brillaba más y el sonido del agua era más fuerte.

Estaba llegando al final de la escalera. Al frente, había un muro de piedra con un arco tallado, cubierto por una cortina de gotas de agua que centelleaban como diminutos cristales bajo la luz que inundaba la caverna.

«Aquí estoy».

Rowan ya no necesitaba la voz que lo había guiado hasta allí. Podía sentir el poder del Cristal, que brillaba con tanta fuerza como la luz.

Bajó el último peldaño y atravesó en dos zancadas el velo de agua. De inmediato, notó cómo minúsculas gotitas heladas y saladas le salpicaban la cara, se le metían en los ojos y se aferraban a su pelo. Después, sintió la arena bajo los pies. Alzó la mirada. A través de una tenue neblina distinguió unas relucientes paredes de piedra por las que corría el agua, y luz.

—Bienvenido de nuevo, Elector de Rin.

Esta vez, la voz era más clara y poderosa. Resonó de muro en muro hasta el último rincón de la caverna. Era imposible saber de dónde procedía. Rowan se restregó los ojos y miró a su alrededor.

Una luz verdeazulada bañaba la estancia, y el aire parecía agua clara iluminada por el sol. La fuente de luz estaba en el centro de la sala, pero Rowan no se atrevía a mirar. En un lado, sobre un

diván cubierto con una tela de seda, estaba Jiller.

Corrió hacia ella y se arrodilló junto al diván. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados. Notó su mano muy fría, pero al aproximar su rostro al de ella percibió su suave aliento. Era como si estuviera dormida.

«Duerme. Está soñando. Y con cada sueño se aleja un poco más de la playa de la vida».

—Madre —susurró—. Madre, soy yo, Rowan.

Algunas gotitas de agua de su rostro y su pelo cayeron sobre la mejilla de Jiller. Rowan se las secó.

Los pálidos labios se curvaron poco a poco en una débil sonrisa.

Le dio un vuelco el corazón. ¡Podía oírle! Le estrechó la mano con fuerza.

—¡Madre, despierta! —imploró—. Debes luchar contra los sueños. Lucha contra el veneno. Eres fuerte. ¡No debes morir! ¡Debes vivir! ¡Por Annad! ¡Por Jonn! ¡Por mí!

Jiller pareció entreabrir muy levemente sus temblorosos párpados.

—No perturbes su paz, Rowan —musitó una voz—. No puede despertar. Dile adiós y deja que descanse. Ahora eres el Elector.

Rowan se volvió, pero las palabras de furia que había estado a punto de pronunciar murieron en sus labios al descubrir los ojos de quien le había hablado.

El Guardián del Cristal estaba sentada, inmóvil, en el centro de la estancia, bañada en luz.

La mujer no tenía el aspecto de los ancianos de Rin. No tenía arrugas como Lann. Pero de pronto comprendió que nunca antes había visto un ser vivo tan anciano. Parecía casi transparente. Estaba tan marchita, tan delgada y encogida, su delicada piel era tan fina y pálida, que resultaba difícil distinguirla con claridad contra el fondo de su silla.

¡Y sus ojos! Enormes en el rostro diminuto. Daban la impresión de hablar de la sabiduría y el conocimiento de eras remotas, y, por encima de todo, de una terrible necesidad de descansar. «Todo esto he visto —parecían decir sus ojos—. Todo esto he conocido. Pero ahora estoy cansada, muy cansada».

Sus manos pequeñas, con las membranas interdactilares casi transparentes, se abrían sobre la fuente de la luz, el gran cristal que reposaba en su regazo. Se inclinó poco a poco hacia él. La luz bañó su rostro, y la mujer cerró los ojos, como si disfrutara de su calor.

—Los Candidatos te esperan, Rowan de Rin —dijo—. La Elección debe iniciarse sin demora. Mi hora se acerca.

Rowan sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Uno de los Candidatos ha envenenado a mi madre —dijo.

—Tal vez —respondió el Guardián.

—¿Quién ha sido?

—No puedo decírtelo. La luz del Cristal es escasa. Ya no puedo ver más allá de la Isla ni leer los pensamientos de los Candidatos, que aprendieron a velar su mente desde su más tierna infancia. El veneno es un antiguo brebaje Mirril llamado *Sueño de la Muerte*. No se había visto en Maris desde hace siglos. Mata lentamente..., pero mata. Es todo cuanto puedo decirte.

Los Mirril. Expertos en venenos. De pronto, Rowan voló a Rin.

Estaba de nuevo debajo del Árbol de la Sabiduría, escuchando las historias de Timón acerca de los clanes Maris.

Los Mirril. Expertos en venenos. Y para cada veneno...

La voz susurrante siguió hablando e interrumpió sus pensamientos:

—¡Escúchame, Rowan! El tiempo se acaba. Debes continuar la Elección.

—Y ¿cómo puedo continuarla? —inquirió Rowan—. ¿Cómo puedo hacerlo, sabiendo que uno de los Candidatos es un asesino? ¿Mientras mi madre está aquí postrada y su vida se extingue poco a poco?

—Puedes porque debes, igual que lo han hecho tus antepasados antes de ti —respondió el Guardián—. Y los Electores Mirril antes que ellos. Así ha sido siempre.

Se encorvó sobre el Cristal, a la espera.

—El mero hecho de que algo haya sido siempre de un cierto modo no significa que tenga que seguir siendo igual.

‡ ‡ ‡

Las palabras brotaron de los labios de Rowan sin siquiera haberlas meditado.

El Guardián suspiró y abrió muy lentamente los ojos.

Rowan miró a su madre echada en el diván. Sabía lo que le habría dicho. Lo habría animado a ser fuerte, a aceptar el dolor y a cumplir con su deber. Igual que hiciera con ella su abuela. Así lo habría hecho ella: como lo habían hecho los miembros de su familia durante siglos.

—Sí —dijo el Guardián, cuando Rowan se volvió hacia ella—. Has de ser fuerte.

Le había leído la mente.

Rowan la miró a la cara.

—Seré fuerte, Guardián de Maris —dijo—. Lo seré a mi manera.

En los ojos del Guardián creyó ver una chispa, como un ascua que de pronto se reaviva en un fuego que se extingue. Quizá era enojo, quizá sorpresa. O tal vez algo más. Imposible adivinarlo. Ningún movimiento perturbó la tersura de su rostro.

—Debe de haber un antídoto para el *Sueño de la Muerte* —dijo Rowan.

El Guardián meneó la cabeza.

—Nada se puede hacer —respondió, e inclinó de nuevo la cabeza sobre el Cristal.

Rowan apretó los puños. Le estaba mintiendo. Lo sabía. Evocó una vez más las palabras de Timón.

«Los Mirril [...] expertos en venenos [...] mil y una pócimas letales, y un antídoto para cada una de ellas».

Para cada problema, una solución. Para cada veneno, un antídoto.

Pero no parecía haber modo alguno de arrancar al Guardián lo que sin duda debía de saber. Solo pensaba en la Elección, en la necesidad de darse prisa, y no estaba dispuesta a desperdiciar un tiempo precioso buscando una cura para Jiller. Aunque vieja, sabia y rica en conocimientos, seguía siendo una Maris.

«Una muerte es irrelevante», había dicho Perlain en la plaza de Rin.

Así eran las cosas en Maris.

Pero la anciana Lann había replicado:

«Así lo crees tú; nosotros, no».

—Nosotros no —dijo Rowan para sí.

El Cristal brilló. En algún lugar, más allá de la Caverna, oyó un chirrido, como el de una puerta al abrirse.

—He convocado a los Candidatos —anunció el Guardián, al tiempo que se iba reclinando en la silla.

El Cristal volvió a brillar, pero el Guardián no se inmutó. Aun así, Rowan tuvo el presentimiento de que su mente estaba concentrada en algo ajeno a la sala.

—Tu amigo Jonn del Huerto se acerca —dijo—. Pero debo impedirle la entrada a la Caverna. Lo invaden el sufrimiento y la ira. Quiere vengar la muerte de tu madre.

—Mi madre no ha muerto —vociferó Rowan.

Su voz resonó en las paredes: «No ha muerto..., no ha muerto...».

Jiller se removió en el diván recubierto de seda.

Se oyó un sonido en la parte posterior de la estancia.

—Entrad —dijo el Guardián.

Tres figuras aparecieron en el umbral de la puerta. Una vestida de plata, otra de azul y otra de verde.

Rowan las miró. Había esperado que los Candidatos fueran por lo menos tan mayores como su madre o Jonn, pero eran mucho más jóvenes. Se quedó observándolos un momento, perplejo.

Después, recordó que el Cristal atesoraba el conocimiento y las memorias de mil años de historia de Maris. La edad y las experiencias vitales no eran cualidades importantes para los Candidatos; solo las pruebas de poder mental establecidas por Orin *el Sabio*, para las cuales se habían estado preparando toda la vida. La inteligencia era importante. También lo era la determinación.

«Y la voluntad de vencer —pensó Rowan, mientras una rabia incontenible se adueñaba de él—. Y, por lo que parece, también un corazón asesino».

Siguió mirando a los recién llegados. Cuánto los odiaba...

«Uno de vosotros tenía un motivo para traicionar a mi madre —pensó—. Y seas quien seas, crees que has triunfado. Pero de algún modo te venceré, y nadie, ni siquiera el Guardián del Cristal, va a detenerme».

8 ∞ Los candidatos



—Asha de Umbray —dijo el Guardián.

La figura vestida de plata dio un paso al frente y se inclinó en señal de respeto. Era alta para ser una Maris. Miró a Rowan sin pestañear.

—Yo te saludo, Elector de Rin —dijo con voz monótona—. El destino de Maris está en tus manos.

«¿Acaso eres tú? —pensó Rowan, clavando su mirada en los inexpresivos ojos grises—. ¿Podrías mirarme así si fueras tú quien ha envenenado a mi madre, Asha? Tal vez sí; los Umbray son expertos en engaños, según me han dicho. Escurridizos como las anguilas que serpentean en el limo del río. ¿Creías que te resultaría demasiado difícil enfrentarte a la fuerza de mi madre? ¿Sería acaso mucho más fácil impresionar a un Elector más joven y tímido? ¿A un niño como yo?».

—Seaborn de Fisk —anunció el Guardián.

La figura verde hizo una reverencia y repitió las palabras de Asha. Era incluso más alto que esta y parecía más fuerte. Estaba erguido en toda su estatura, con los brazos pegados a los costados, pero su voz era suave, y mientras hablaba paseaba la vista entre la figura inmóvil del diván y la silla del Guardián.

«¿O tal vez seas tú el culpable, Seaborn de Fisk? —se preguntó Rowan—. ¿Es esta la razón por la que no puedes mirarme? ¿Fuiste tú quien vertió el veneno en la comida o la bebida del Elector creyendo que, como mujer, podría favorecer a Asha antes que a ti? ¿O simplemente apartas tus ojos de mí porque eres un decepcionado, valiente y fuerte Fisk? ¿Creías que mi madre te elegiría? ¿Te entristece tener que enfrentarte ahora a mí en su lugar?».

—Doss de Pandellis —dijo el Guardián.

La figura azul avanzó y también se inclinó, repitiendo las mismas palabras.

Doss era más joven que los otros dos Candidatos, más delgado y menudo, y sus ojos parecían más oscuros, profundos y enigmáticos.

Un recuerdo asomó a la mente de Rowan. Perlain, mirándolo con curiosidad. Las palabras de Perlain: «Tus ojos son los de quien ha visto a la Gran Serpiente y ha vivido para contarlo. Profundos y llenos de conocimiento. Algo muy extraño en un muchacho tan joven. Solo he conocido a otro igual».

«¿No serás el “otro” al que se refería Perlain, Doss? —pensó Rowan—. Al igual que él, perteneces al clan de los Pandellis. ¿Acaso Perlain vio en mí algo que le recordaba a ti? ¿Lo vieron también los demás? ¿Otros de tu clan? ¿Te lo dijeron? ¿Creyeron que me sentiría más unido a ti que mi madre? ¿Que sería más probable que te eligiera? ¿Es esta la razón por la

que...?».

—El Elector está listo, Candidatos —dijo el Guardián—. Solo tiene que unirse con el Cristal, en lugar de su madre. Después, podréis regresar a la Isla y dará comienzo la nueva Elección.

Los tres inclinaron la cabeza.

«¿Unirme con el Cristal? —se dijo Rowan—. ¿Qué significa?». Una levísima esperanza aleteó en su interior.

—Os lo digo a todos —advirtió el Guardián—: Si algo le ocurriera a este niño, al igual que le ocurrió a su madre, no habrá tiempo para una tercera Elección.

Hizo girar la silla para mirarlos de frente.

—El Cristal palidece —carraspeó, mientras los miraba de uno en uno—. Pronto moriré. Si ningún nuevo Guardián se halla a mi lado en el momento de la muerte, para recoger el conocimiento del Cristal y renovar su poder, el Cristal también morirá. Entonces, los clanes Maris volverán a dividirse, y con el fulgor del Cristal definitivamente extinguido, nada los protegerá cuando los Zebak regresen a nuestras costas, como sin duda harán. Para nosotros y para esta tierra, todo estará perdido.

«Perdido, perdido, perdido», susurraron los ecos.

Los Candidatos levantaron la cabeza y guardaron silencio.

—Dame tu mano, Elector de Rin —dijo el Guardián.

Rowan vaciló. Su corazón latía desbocado. Se obligó a tranquilizarse.

—Explícame por qué tengo que hacer esto —dijo.

Una vez más, algo centelleó en los ojos del Guardián. «¿Ira? —pensó Rowan—. ¿Diversión?».

—El Cristal debe conocerte a través de mí —respondió—. Solo así te reconocerá como único Elector. Apresúrate. Jonn del Huerto está muy cerca. Deberíamos terminar antes de que exija entrar.

Rowan dio un paso al frente, concentrado, ocultando sus sentimientos, esperando el momento.

«Seré fuerte a mi manera».

Extendió la mano. Los dedos palmeados del Guardián lo tocaron; suaves, fríos, húmedos. Rowan sintió un cosquilleo en el brazo.

«Ahora», pensó. Cerró los ojos y apretó los dedos con fuerza. Entonces cayó, se hundió en las profundidades, en las aguas oscuras de la mente del Guardián, en sus recuerdos.

Imágenes.

«Belleza y luz. Olas arremolinadas, verdeazuladas, que rompen en la arena blanca con un copete de espuma blanca. Un niño ríe; libre, nada y juega con sus amigos. Hace mucho, mucho tiempo...».

«Estudio, maestros, consejeros, velas que arden a lo lejos en la noche. El Cristal, brillante como el sol, lo atrae. Un mundo reducido a una caverna bajo tierra...».

Rowan, presa del pánico, se resistió. Cayó en mentes más antiguas, recuerdos más remotos.

«Mares antiguos. Criaturas que se retuercen y cazan, al acecho bajo las aguas deslumbrantes..., la Gran Serpiente irguiéndose sobre mí, con los colmillos goteantes de veneno...».

Veneno. Rowan captó el significado de la palabra y se aferró a ella como un salvavidas. Borró la vorágine de imágenes y dibujó la suya.

«Jiller, mi madre. Envenenada. Tan inmóvil. Soñando mientras su vida se escapa».

Concentró sus pensamientos en aquella imagen y en las palabras «*Sueño de la Muerte*». «Dime —urgió—. Dime, Guardián».

«El Cristal palidece... Estoy muy cansada... No queda tiempo...».

«¡Dime!».

Y luego, de repente, algo emergió de la nada. La respuesta estaba ante sus ojos. Unas manos palmeadas sostenían una jarra. Estaba llena de un líquido plateado. Mientras Rowan lo miraba, cambió de color, ahora azul como el cielo. El azul viró a verde, y luego volvió a cambiar, perdió todo su color. Era un cristal transparente. Una voz habló.

***Para elaborar la pócima que despierta
del Sueño de la Muerte,
llena una mano abierta
de profundidad plateada.***

***En la charca hambrienta,
las lunas yerguen sus cabezas.
Arranca una y añade las lágrimas que vierte.***

***Remueve lentamente con una pluma nueva del guerrero.
Tres veces, ni una más, y déjalo reposar.
Añade el veneno de tu mayor temor,
una gota, y luego sabrás la verdad.***

Con una exclamación de triunfo, Rowan se sintió libre. Osciló y se aferró a la silla del Guardián. Le daba vueltas la cabeza. Le ardía la mano.

Poco a poco abrió los ojos. Vio oscuridad, mil saetas en el aire y remolinos de colores. Luego, por fin, su vista se aclaró.

El Guardián se había desplomado en la silla. Tenía los ojos cerrados. El Cristal latía débilmente bajo sus manos. Detrás de la silla, Asha, Seaborn y Doss lo miraban como si fuera un demonio de las profundidades.

—¿Qué has hecho? —inquirió Seaborn.

—Lo que debía hacer —replicó Rowan.

Pronunció las palabras con fuerza, pero se sentía muy débil. Sus piernas temblaban como las de un ternero bukshah recién nacido. La mano con la que había apretado los dedos del Guardián le seguía quemando.

Los párpados del Guardián, trémulos, se entreabrieron.

—Guardián... —empezó a decir Asha, pero la anciana ni siquiera la miró. Toda su atención estaba concentrada en Rowan.

—¿Qué deseas? —preguntó sin rodeos.

Rowan no tuvo ocasión de responder, pues en aquel preciso instante se oyó el sonido de unos pasos firmes en los escalones de piedra.

Jonn *el Fuerte* cruzó la cortina de agua y entró en la Caverna.

Al punto, miró a su alrededor. Después, avanzó hacia Jiller, se postró a su lado y se inclinó sobre ella. La tomó en sus brazos, la estrechó contra el pecho y pronunció su nombre en voz alta. La mujer no se movió.

Apesadumbrado, se volvió hacia Rowan para mirarlo.

—Habló de peligro, pero no la creí —dijo—. No pensé que pudiera pasarle a ella. Nada podía pasarle a Jiller. Rowan...

—Todo saldrá bien, Jonn —replicó Rowan con serenidad—. Hay un antídoto para el veneno que han administrado a mi madre. El Guardián me lo acaba de mostrar.

Hubo una exclamación de asombro detrás de la silla del Guardián. Rowan levantó la mirada. ¿Asha? ¿Seaborn? ¿Doss? No podía asegurarlo.

—No dejaré que mi madre muera —siguió diciendo. Se lo decía a sí mismo y a todos los presentes. También a Jonn.

—La Elección debe continuar —urgió el Guardián.

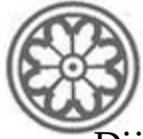
Rowan se volvió hacia ella.

—No —replicó. Oyó que el eco de su voz resonaba en las paredes de la Caverna—. Lo siento, pero la Elección tendrá que esperar.

Sintió los ojos de Jonn clavados en los suyos. Sabía que Asha, Seaborn y Doss también lo estaban observando. Pero él solo miraba al Guardián.

—Sé que queda poco tiempo —anunció—. Pero antes de empezar, mi madre tiene que tomar el antídoto del *Sueño de la Muerte*. Dámelo, Guardián, o dime dónde puedo encontrarlo. Debo ayudar a mi madre. Nada es más importante que esto.

9 ∞ LOS VERSOS



—Dijiste que serías fuerte, Rowan de Rin —le acusó el Guardián—. Has permitido que te uniera al Cristal y te confirmara como Elector. Me has decepcionado.

—Dije que sería fuerte a mi manera —respondió Rowan, al tiempo que intentaba con desesperación aparentar tranquilidad y firmeza, pese al temblor de sus piernas—. Debes decirme qué he de hacer para salvar a mi madre.

—¡Es imposible! —gritó el Guardián, clavando las uñas en el Cristal como si deseara salvarlo de cuanto estaba sucediendo, pero su brillo seguía siendo muy débil.

—¡Habladle! —ordenó a los Candidatos, pero estos permanecieron en silencio.

El Guardián respiró hondo.

—Te lo he dicho ya. *El Sueño de la Muerte* no se ha utilizado en Maris desde los tiempos de los Mirril.

Rowan miró a Jonn. Había acostado de nuevo a Jiller y estaba de pie junto al diván, con los puños cerrados. Rowan sabía qué estaba pensando. Si el veneno era tan raro, no sería difícil averiguar su procedencia, qué clan había descubierto el secreto de los Mirril y lo había utilizado.

Pero Rowan no quería venganza. Ahora no.

—Existe un antídoto —repitió—. Lo he visto, Guardián. Un líquido plateado que se torna azul, luego verde y más tarde transparente. Lo he visto en las manos de los Maris.

La mirada fija del Guardián no se alteró.

—Las manos que viste eran las de Orin —dijo.

—Orin —murmuró Asha. Seaborn se llevó la mano a la boca. Doss no se inmutó.

—Orin estaba elaborando el antídoto del *Sueño de la Muerte* en la Isla el día en que encontró el Cristal —siguió diciendo el Guardián—. Esto es lo que has visto en mi mente, Elector de Rin: los recuerdos de Orin. La última gota de la mezcla que contenía aquella jarra se utilizó hace quinientos años. No queda más.

«No queda más, no queda más», susurraron los ecos.

—En tal caso, habrá que fabricarlo de nuevo —replicó Rowan, elevando el mentón—. Si eran las manos de Orin las que he visto, las palabras que he oído también tienen que haber sido las de él.

—¿Qué palabras, Rowan? —le urgió Jonn.

Los tres Candidatos se inclinaron hacia delante al mismo tiempo. Incluso la fría Asha. Incluso el retraído Doss.

—La receta del antídoto —contestó Rowan.

Dijo las palabras en voz alta. No le resultó difícil recordarlas. Era como si las hubieran

grabado a fuego en su mente.

***Para elaborar la pócima que despierta
del Sueño de la Muerte,
llena una mano abierta
de profundidad plateada.***

***En la charca hambrienta,
las lunas yerguen sus cabezas.***

Arranca una y añade las lágrimas que vierte.

Remueve lentamente con una pluma nueva del guerrero.

Tres veces, ni una más, y déjalo reposar.

***Añade el veneno de tu mayor temor,
una gota, y luego sabrás la verdad.***

Asha resopló.

—Y ¿qué ingredientes son esos? —musitó Seaborn.

Un brillo de interés apareció en los ojos de Doss.

—Orin mantuvo su receta en secreto —dijo.

—Sí —intervino el Guardián—. Y sus secretos son míos. —Se volvió hacia Rowan—. Por voluntad de Orin, no puedo enseñarte a leer los versos —dijo con frialdad—. Pero créeme, aun si pudiera decirte de qué ingredientes se trata, no conseguirías obtenerlos. El antídoto no se puede preparar.

—Sí se puede —replicó Rowan—. Es preciso.

El Cristal brilló. Rowan sintió que algo tiraba de su mente. Se revolvió con desesperación.

—No puedes obligarme a obedecer tu voluntad, Guardián —dijo con voz entrecortada—. No puedes cambiar mi decisión. Te encuentras demasiado débil.

—¡No hay tiempo que perder! —masculló el Guardián entre dientes—. Y lo que estás planeando es una locura, hijo de Rin. Si elaborar el antídoto fuera tan sencillo como crees, ya lo tendría, y tu madre estaría curada. No soy un monstruo. La curaría si pudiera. Pero el antídoto del *Sueño de la Muerte* está compuesto de ingredientes raros, casi imposibles de obtener. Tú solo nunca los encontrarías, nunca...

—No estaría solo —intervino Jonn *el Fuerte*—. Yo lo acompañaría.

Avanzó hasta el centro de la Caverna y se detuvo junto a Rowan. Era mucho más alto que el Guardián. Comparada con él, parecía tan pequeña y frágil como un niño. No obstante, negó con la cabeza sin mostrar el menor temor.

—Por decreto de Orin, la Isla está prohibida a todo el mundo, excepto al Guardián —dijo—. Y durante la Elección, solo pueden entrar en ella el Elector y los Candidatos. No puedes ir allí, Jonn del Huerto, bajo pena de muerte.

Jonn apretó los labios y se volvió para contemplar a Jiller, que seguía inmóvil y apenas

respiraba.

—Hay cosas a las que temo más que a mi propia muerte —sentenció.

—También yo —replicó el Guardián—. Y una de ellas es romper un juramento. No puedes ir a la Isla, Jonn. Te lo advierto. Aún tengo poder suficiente para impedirlo.

—Así pues, Rowan irá solo, porque tú así lo quieres. —La mirada de Jonn era dura como la roca—. Irá solo y lo esperaremos aquí. Dices que no puede triunfar solo. De manera que si no lo consigue, si no regresa, no elegiré un nuevo Guardián, Jiller morirá, tú también, y el fuego del Cristal se extinguirá para siempre. ¿Eso no significaría también romper un juramento?

El Guardián esbozó una sonrisa.

—Hablas bien, hombre de Rin, pero, te lo repito, no puedes ir a la Isla.

Se hizo el silencio, roto solo por el suave repiqueteo del agua sobre la piedra.

Rowan sabía lo que tenía que hacer. Necesitaba ayuda y sabía dónde podía encontrarla. No había elección. Miró a las tres figuras inmóviles erguidas detrás de la silla del Guardián y, disimulando la desconfianza y el miedo que asomaban a sus ojos, les habló por primera vez:

—Asha de los Umbray, Seaborn de los Fisk, Doss de los Pandellis: la Isla no está prohibida para vosotros. ¿Me ayudaréis?

Había confiado en que no dudarían en aceptar. Después de todo, era el Elector. Desearían impresionarlo y complacerlo. Cada uno intentaría convencerlo de que no había sido él quien había envenenado a su madre.

Pero vacilaron. Tenían los ojos clavados en el Guardián. No lo ayudarían contra su voluntad.

El Guardián seguía sentada sin moverse, inclinada sobre el Cristal. Por fin, asintió.

—De acuerdo —dijo con voz monótona e inexpresiva—. Lo que tenga que ser, será. Pero te lo advierto: al amanecer, mi vida llegará a su fin y el Cristal morirá conmigo si la Elección no ha terminado.

—Regresaré a tiempo —respondió Rowan en un susurro apenas perceptible—. Te lo prometo.

—No dudo de tus palabras —repuso el Guardián—. Regresarás si tu poder te lo permite. Pero el camino que has decidido emprender es peligroso, Elector. Peligroso para ti, para los Maris y para toda esta tierra. Es posible que ahora los barcos Zebak estén navegando hacia nuestras costas. Ya se habrán enterado de que el Cristal está perdiendo su fuerza. Tienen espías.

—Es un peligro que se repite siempre que se convoca una Elección —dijo Rowan. Tenía los labios resecos.

El Guardián miró sus manos, las membranas transparentes bajo la luz del Cristal.

—En efecto, pero solo en una ocasión el Cristal corrió semejante peligro. Hace ya trescientos años, cuando perecieron los Mirril. Y luego tu antepasado, Lieth, aceptó en nombre de tu pueblo la carga de la Elección, perpetuando la vida del Cristal por el bien de todos. —Arqueó las cejas—. Te pareces mucho a Lieth, Rowan de Rin —añadió—. Mucho. Es paradójico pensar que, al igual que él salvó el poder del Cristal, tú puedas destruirlo.

Rowan sintió un escalofrío y miró a Jonn, que también lo estaba observando con expresión grave. Por un momento, su determinación pareció desfallecer. Después, se volvió hacia su madre y supo que hacía lo correcto.

Seaborn se mostraba muy inquieto.

—Vámonos —urgió—. El sol ya ha emprendido su periplo hacia el oeste. Debemos aprovechar las últimas luces antes del ocaso.

Rowan se volvió hacia Jonn.

—¿Cuidarás de Estrella durante mi ausencia? —preguntó.

Jonn asintió. Luego, hurgó en el bolsillo y extrajo una bolsa de piel. Vertió el contenido en la palma de su mano. Era un pequeño tarro de cristal con un tapón de plata en forma de pez volador surcando las olas.

—Era para Jiller —repuso—. Acababa de comprarlo en el mercado cuando Perlain llegó con la mala nueva de su enfermedad. Me pareció... bonito, adecuado para ella. Tómallo ahora tú, Rowan, y llénalo con lo que puede salvarle la vida. No se me ocurre un uso mejor.

Su voz era firme y serena, pero su dedo tembló al acariciar suavemente el diminuto pececillo, antes de introducir de nuevo el tarro en la bolsa y entregárselo a Rowan.

Rowan lo guardó con cuidado en el bolsillo.

Quería decir algo que reconfortara a Jonn, pero sabía que cualquier cosa sonaría falsa. No podía prometer el éxito de su misión, y era consciente de que, cualesquiera que fueran los peligros y dificultades a los que tuviera que enfrentarse, en nada aliviarían el sufrimiento de Jonn *el Fuerte* durante la espera.

—Haré cuanto pueda, Jonn —murmuró.

Jonn apoyó una pesada mano sobre su hombro.

—Sé que lo harás —replicó—. Mis pensamientos y esperanzas te acompañarán.

Rowan se dio la vuelta y caminó hacia donde lo estaban esperando los tres Candidatos.

—¿No vas a despedirte de tu madre, Elector de Rin? —gritó el Guardián, mientras le observaba con los ojos entornados al pasar junto a la silla.

A Rowan lo invadió un sentimiento de ira. Y la ira le inculcó valor para pronunciar las palabras que no había sido capaz de decir a Jonn.

—No, no necesito decirle adiós —dijo, con voz lo bastante alta para que todos le oyeran—. Aún estará aquí, y viva, cuando regrese con el antídoto.

—Veremos —replicó el Guardián—. Veremos...



Caminaron por el túnel que conducía hasta la Isla en fila y en silencio. Rowan abría la marcha. Asha, Doss y Seaborn se habían quedado atrás en señal de respeto, esperando que fuera el primero en penetrar en el oscuro y húmedo pasadizo.

Ahora lo seguían, acompasando sus pasos a los suyos. Su calzado blando no hacía ruido sobre las resbaladizas piedras húmedas. Varias veces se había dado la vuelta Rowan para cerciorarse de que lo seguían. Siempre los veía a tres pasos de distancia, con ojos escrutadores.

Llevaban antorchas encendidas para ir alumbrando el camino. Las sombras titilaban en el techo y las paredes de roca, mientras el agua centelleaba al filtrarse por las grietas y resbalar hasta el suelo.

«Caminamos bajo el mar», pensó Rowan. La idea de una inmensa masa de agua en movimiento sobre su cabeza y a su alrededor le producía gran inquietud.

Desechó aquellos pensamientos y se concentró en la tarea que tenía ante sí. En la Caverna del Cristal había estado tan ocupado intentando vencer la voluntad del Guardián, que apenas había tenido tiempo para pensar. Y, desde entonces, la tenebrosa senda submarina lo había distraído casi por completo.

Ni siquiera había intentado adivinar qué podía significar la lista de ingredientes de Orin. Desde luego, tampoco había considerado ni por un momento la advertencia del Guardián, en el sentido de que no cabía esperanza alguna de obtenerlos, aun sabiendo cuáles eran.

Pero ahora pensaba en ambas cosas y se preguntaba si los tres Maris estarían pensando lo mismo, o si solo se preocupaban por el Cristal, el Guardián, su propia vida y la demora que se habían visto obligados a sufrir.

Distinguió una luz débil al frente. El túnel llegaba a su fin y podía oír el sonido de las olas. El distante y apagado embate del agua en las agrestes rocas y acantilados de la Isla.

—Al final del túnel hay una escalera, Elector de Rin.

Era la voz de Asha, fría y monótona.

Rowan se volvió para mirarla.

—Quizá sería preferible que me llamas por mi nombre —dijo, intentando sonreír.

Ella no sonrió.

—Como desees —se limitó a responder.

Rowan se volvió hacia la luz del final del túnel. Por lo menos, Asha no estaba intentando complacerlo, pensó. No pretendía ser diferente de como era en realidad.

«Tal vez sus maestros le hayan enseñado a comportarse así —le advirtió una vocecita interior—. Recuerda lo que dijo Perlain: los Candidatos estudian a la gente de Rin, sus costumbres y su

forma de pensar, de manera que sabrán perfectamente cómo agradar al Elector. Es probable que los maestros de Asha le hayan dicho que a nosotros, los hombres de Rin, nos disgustan los disimulos, y juega a parecer sincera conmigo mientras conspira en secreto. ¿Quién sabe lo que estará pasando por su mente?».

Decidió rechazar aquella desagradable idea. Ojalá pudiera confiar en los tres. Ya era bastante difícil la tarea que le aguardaba, para encima tener que preguntarse constantemente quién decía la verdad y quién mentía, quién era el envenenador y quién era inocente.

Como había dicho Asha, al final del túnel les esperaba un empinado tramo de escaleras. En lo alto se adivinaba la luz del día.

Rowan empezó a subir. El sonido del oleaje era más intenso a cada escalón. La luz también aumentaba, filtrándose entre los barrotes de lo que parecía una verja.

A pesar de la fatiga y el dolor en las piernas, aceleró el paso. Cualesquiera que fueran los peligros que la Isla pudiera depararle, estaba ansioso por respirar aire puro y contemplar el cielo en lo alto.

Subió con alivio los últimos peldaños, empujó la oxidada verja de hierro y cruzó el umbral. Las piernas le temblaban después de tan ardua ascensión. Se detuvo jadeante, intentando recuperar el aliento.

Había estado tanto tiempo bajo tierra que la luz del sol lo deslumbró. Le lloraban los ojos y apenas podía ver. Parpadeó nervioso y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Poco a poco, fue recuperando su visión normal. Se hallaba en la orilla rocosa de la Isla. Frente a él, se alzaba un espeso bosque, con innumerables lianas que colgaban de las ramas de los árboles.

Se volvió y vio que Asha, Seaborn y Doss salían tras él. La verja se cerró a sus espaldas. Las escaleras parecían perderse en las lóbregas profundidades. Al otro lado, las olas se transformaban en espuma al romper en las rocas. Y mucho más allá, a lo lejos, se divisaban la arena dorada y las casas circulares de Maris.

Entornó los ojos para protegerlos de la espuma e intentó localizar el establo de Estrella. Sabía que se preguntaría dónde estaba cuando Jonn acudiera a llenarle el cuenco de agua. Lo echaría de menos. Se sentiría desdichada.

En la playa, los niños jugueteaban con las olas sin importarles el frío viento. Aquí y allá, hombres y mujeres remendaban las redes de pesca. Una figura encapuchada, una mujer vestida con el verde del clan de los Fisk, paseaba con parsimonia por la arena.

Por alguna razón, le pareció familiar. Algo en su forma de andar. La capa le cubría los brazos y caminaba muy erguida. ¡Ah, por supuesto! Era la adusta mujer Fisk que había sido uno de sus guías hasta la Caverna del Cristal.

Rowan advirtió que había alguien a su lado y volvió poco a poco la cabeza.

Era Seaborn. No se había dado cuenta de que lo estaba observando. Su expresión era grave y sus ojos miraban fijamente la playa.

¿Qué estaría mirando? ¿A los niños? ¿Las viviendas? ¿A la gente que remendaba las redes? ¿O tal vez a la mujer Fisk?

La mujer se detuvo, se volvió y miró hacia el mar. Permanecía inmóvil, con la capa verde

ondeando al viento y la capucha ocultando su rostro.

«Nos mira a nosotros», pensó Rowan. Se volvió de nuevo hacia Seaborn. También permanecía inmóvil, como concentrado con todas sus fuerzas. La espuma salada azotaba su rostro, pero no volvía la cabeza ni entornaba los ojos como Rowan.

«No se mueven ni hacen señales —pensó Rowan—. Pero es evidente que la mujer le está enviando algún mensaje de los Fisk. Si no pueden leer la mente, el mensaje debe de estar oculto en la postura que adopta, o quizá en la simple presencia de la mujer en la playa. Las tramas y ardidés de esta gente son interminables».

La ira le atenazaba la garganta, como si estuviera a punto de asfixiarse.

Debió de hacer algún ruido, porque Seaborn lo miró al instante con cara de sorpresa y culpa.

—¿Sabe ya tu clan que la Elección se ha retrasado? —preguntó Rowan sin rodeos—. ¿Es ese el contenido de su mensaje?

—¿De qué mensaje hablas? No hay ningún mensaje —respondió Seaborn, y desvió la vista.

Pero Rowan sabía que estaba mintiendo.

«Aquí no hay más que mentiras —pensó con amargura—. Las mentiras se arremolinan en la mente de esta gente como las serpientes bajo el mar».

Aún bullía la ira en su interior y no se arrepentía de haber informado a Seaborn de que era muy consciente de lo que estaba sucediendo.

«No tengo que medir mis palabras ni fingir con esta gente —pensó—. La muerte no llegará por sus manos. El Guardián les ha dicho que no queda tiempo para ir a buscar a otro Elector. Ninguno de los Candidatos se arriesgaría a perder el Cristal asesinándome ahora».

Y aun así... Otro pensamiento cruzó un instante su mente, como un escualo en las oscuras profundidades del mar. Aun así, siempre habían ido justos de tiempo. El Guardián había convocado la Elección cuando ya casi era demasiado tarde. Los Candidatos debían de saberlo desde el principio. Pero Jiller había sido envenenada igualmente.

Demorar la Elección era peligroso para Maris, pero en cualquier caso habían sido ellos quienes lo habían propiciado.

Aquel pensamiento fue adquiriendo más y más fuerza, hasta desembocar en una pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué alguien preocupado por la prosperidad de Maris había podido hacer algo así? ¿De qué le servía a un clan ganar la Elección si el Cristal ya no existía?

Rowan miró de nuevo a los Candidatos.

Seaborn se había agachado para anudarse el zapato, o por lo menos eso aparentaba. Su rostro quedaba oculto. Asha y Doss estaban algo separados, una alta figura plateada con la capa azotada por el viento y otra figura azul más menuda.

Rowan recordó las palabras de Perlain: «Los Candidatos conocen vuestra forma de vida [...] Sus maestros saben cómo piensas. Han recopilado datos acerca de ti desde el día en que naciste».

«Si estos extranjeros me conocen, si me conocen de verdad, sabían que no dejaría morir a mi madre sin buscar ayuda —pensó Rowan—, que retrasaría aún más si cabe la Elección, tal como he hecho».

Su corazón latía desbocado. Aquella idea horrible y aterradora se estaba apoderando de su

mente.

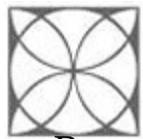
Se había comportado precisamente como alguien había esperado que lo hiciera. Había caído en la trampa preparada por alguien.

Alguien quería que no se celebrara la Elección.

Alguien deseaba que el poder del Cristal se disipara.

Y estaba utilizando a Rowan para sus propósitos.

11 ∞ El principio



—Ya hemos descansado lo suficiente. No deberíamos demorarnos más.

Era la voz de Asha, severa y fría.

Rowan tragó saliva. No sabía cómo reaccionar ni qué decir. Estaba nervioso. Apretaba las manos con fuerza para impedir que temblaran.

—¿Qué te ocurre? —preguntó con brusquedad Seaborn—. ¿Estás enfermo?

Rowan sintió, más que vio, que los Candidatos intercambiaban rápidas miradas recelosas.

—No, no estoy enfermo —se obligó a responder.

Respiró hondo e intentó serenarse. Pensaba en Estrella, en Jonn, en Annad en casa, en Rin. En su madre, tumbada en el diván, sumida en un sueño mortal en la Caverna.

En realidad, nada había cambiado, se dijo. «Con independencia de quién se esconda detrás de esta perversidad, y de cuáles sean sus motivos, tengo que hacer lo que he venido a hacer. Debo seguir las instrucciones de Orin y preparar el antídoto del *Sueño de la Muerte*. Y tengo que hacerlo deprisa».

En su bolsillo, dentro de la bolsa de piel, llevaba el tarro que le había dado Jonn. Lo sacó para examinarlo. Era precioso, pero por desgracia estaba vacío, a la espera de llenarse con lo que debería salvar la vida de su madre.

Sostuvo el tarro en la mano y repitió los versos de Orin en voz baja:

***Para elaborar la pócima que despierta
del Sueño de la Muerte,
llena una mano abierta
de profundidad plateada.***

***En la charca hambrienta,
las lunas yerguen sus cabezas.
Arranca una y añade las lágrimas que vierte.
Remueve lentamente con una pluma nueva del guerrero.
Tres veces, ni una más, y déjalo reposar.
Añade el veneno de tu mayor temor,
una gota, y luego sabrás la verdad.***

—Estas palabras no tienen el menor sentido para mí —dijo Seaborn.

—Son las palabras de Orin —replicó Asha con aspereza—. Son palabras secretas destinadas a

ser incomprensibles para los demás. Durante mil años han permanecido ocultas. Es un error ir contra la voluntad de Orin. Siempre lo ha sido.

Doss vaciló un instante.

—La primera línea es sencilla —concluyó—. Pero la segunda..., «profundidad plateada»...

—La segunda también es muy simple —intervino Seaborn con impaciencia—. Para empezar a preparar el brebaje debemos tomar un puñado de agua de las profundidades del mar.

Asha lo miró con desdén.

—Incluso un niño sería capaz de comprender las dos primeras líneas —dijo—. El problema no reside ahí.

Rowan desenroscó el tapón del tarro. Sus dedos temblaban. «No debo prestar oídos a sus habladurías —se dijo—. Piensa solo en lo que estás haciendo. Recoge el agua. El primer ingrediente. ¡Empieza ya!».

Se alejó de los Candidatos y atravesó a buen paso la neblina que formaba la espuma, en dirección al borde rocoso de la Isla.

—Espera, Elector de Rin —oyó que le llamaba Asha.

Rowan se detuvo. Estaba furioso. «No quieres que lo consiga, Asha —pensó—. Has intentado disuadirme, pero no podrás».

Llegó a las rocas y empezó a saltar de una a otra, bajando hacia el mar.

Fue entonces, mientras se tranquilizaba de nuevo, cuando advirtió el peligro. Las olas azotaban la Isla levantando nubes de espuma. Sus pesados zapatos resbalaron en las rocas, húmedas y lisas como el cristal. Era como caminar sobre hielo. Al aproximarse más al agua, la fría espuma le mojó la cabeza y el rostro. Le escocían los ojos. Apenas podía ver.

Su estómago se revolvió cuando una ola se estrelló contra las rocas y su pie derecho resbaló. Lanzó un grito y trató de recuperar el equilibrio. Ante sus ojos, el mundo se ladeó...

Tres pares de manos lo cogieron de los brazos, tiraron de él y lo pusieron de nuevo en pie. Se volvió, jadeante. Seaborn, Asha y Doss lo miraban con gravedad.

Se sentía mareado. Había estado a punto de caer. Su cabeza hubiera golpeado contra las rocas y las olas lo hubieran arrastrado hacia el mar espumeante.

Los Candidatos lo habían salvado. ¿Estaría equivocado y no habría un enemigo entre ellos? ¿O sería quizá que aún no había llegado su hora? ¿Acaso alguien lo necesitaba vivo para que desperdiciara momentos preciosos, hasta que por fin el Guardián se alejara de las orillas de la vida y el Cristal se apagara para siempre?

Rowan parpadeó y se secó los ojos.

—Gracias —dijo sin ánimo.

Seaborn sonrió.

—Tus zapatos no están hechos para caminar sobre las rocas, Rowan.

—Te dije que esperaras —terció Asha con severidad—. Deja que seamos nosotros los que nademos en estas peligrosas aguas, si es que realmente hay que hacerlo.

—Os pedí que me ayudarais —murmuró Rowan—. Pero no esperaba que arriesgarais vuestras vidas.

Los labios de Asha formaron una línea recta y dura.

—La muerte de uno de nosotros no importa —añadió—. Pero si tú mueres, Maris también morirá.

Seaborn asintió.

—Dame el tarro y lo llenaré de agua —dijo—. No deberíamos desperdiciar más tiempo.

Doss abrió la boca como si quisiera decir algo, pero luego pareció cambiar de opinión. Sus ojos, extrañamente soñadores para ser un Maris, se desviaron hacia el océano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rowan.

—No creo... no creo que estas aguas se ajusten a las palabras de los versos —anunció Doss—. Deberíamos buscar en otro lugar.

Los demás lo miraron fijamente.

—El mar es la profundidad —dijo Asha.

—Y todo brilla con una tonalidad plateada bajo el sol —convino Seaborn.

Doss meneó la cabeza.

—Las palabras «profundidad plateada» sugieren calma, silencio, y están henchidas de misterio —afirmó—. Pero aquí el mar es bravío. Lucha contra la tierra. Se desmenuza en espuma. No creo que Orin lo hubiera llamado así.

—¿Quién eres tú para conocer las intenciones de Orin? —espetó Asha.

Doss miró al suelo y no contestó.

Rowan se mordió el labio. Enroscó de nuevo la tapa de plata en el tarro. Pensándolo bien, Doss estaba en lo cierto.

Se avergonzó de sí mismo. Se había dejado llevar por la ira y el miedo, olvidando la astucia de los Maris, y sobre todo del gran Orin. El tiempo pasaba deprisa, y había caído en la trampa de creer que el primer ingrediente de Orin podía encontrarse con facilidad. A decir verdad, se había comportado de un modo tan irresponsable que había estado a punto de perder la vida, corriendo a recoger algo que tal vez hubiera resultado inútil.

«Debo conducirme con más cuidado —pensó—. No he de dejarme arrastrar por el pánico. Si quiero ser más listo que estos Maris, he de ser tan frío como ellos».

Respiró hondo.

—Entonces, ¿qué crees que puede ser la profundidad plateada, Doss? —preguntó con calma.

—No lo sé —murmuró Doss—. Pero tiene que estar aquí, en la Isla o en los alrededores suyo, ya que es aquí precisamente donde Orin preparó su poción.

—Buscaremos, pues. Buscaremos hasta encontrarlo.

Rowan se guardó de nuevo la bolsa en el bolsillo y miró a su alrededor. Una playa rocosa, olas encrespadas, suave hierba, un bosque selvático y enmarañado, casi impenetrable... «¿Por dónde deberíamos empezar?».

Repitió la pregunta en voz alta:

—¿Por dónde deberíamos empezar?

La voz de Seaborn se dejó oír por encima del rugido del oleaje.

—La Isla es como aguas desconocidas para nosotros —dijo—. Nadie excepto el Guardián

puede visitarla, salvo cuando se ha convocado una Elección. Pero a menudo he navegado a su alrededor, y en el otro lado, el que no se divisa desde Maris, hay parajes tranquilos y bahías arenosas y abrigadas. Tal vez allí...

Rowan consideró aquella posibilidad y luego asintió.

—Probaremos —dijo con determinación—. Rodearemos la Isla siguiendo la costa. No tardaremos. En cualquier caso, es preferible eso a penetrar en la espesura.

—Si vamos al otro lado de la Isla, quedaremos ocultos. Nadie podrá vernos —advirtió Asha—. Y el Cristal está demasiado débil para que la mente del Guardián pueda seguirnos. Si algo nos ocurre en el lado oculto, nada ni nadie podrá venir en nuestra ayuda.

—Tendremos que ayudarnos mutuamente —dijo Rowan.

Al tiempo que aquellas palabras salían de sus labios, los tres Candidatos intercambiaron de nuevo miradas recelosas, fruncieron el entrecejo y acariciaron los cuchillos sujetos al cinturón.

Rowan perdió toda esperanza. Había pocas posibilidades de que los Candidatos de los Fisk, de los Pandellis y de los Umbray estuvieran dispuestos a prestarse ayuda llegado el caso. Para ellos, en estos momentos, no había peor enemigo que uno de su misma especie.

Empezó a caminar por la playa, manteniéndose cerca de los árboles y lo más alejado posible de las amenazantes rocas.

Las palabras de Asha volvieron a su memoria. Si ocurriera algo al otro lado de la Isla, nadie los vería desde Maris. Estaría desprotegido. Nada podría impedir que uno de los tres Candidatos lo asesinara. Del mismo modo, cualquiera podría dar muerte a los demás, para luego regresar y decir al Guardián que se habían despeñado de manera accidental.

¿Formaría parte también aquel viaje de un plan urdido por alguien?



Rowan se sentía solo y asustado. «Ojalá pudiera hablar con alguien de confianza», pensó.

De vez en cuando, miraba hacia atrás. Los Candidatos lo seguían en fila. Asha, con la capa plateada en la que se reflejaban los árboles y el mar, iba delante, muy cerca de él.

De repente, Rowan se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar. A pesar de su extraño aspecto y de su túnica, Asha le recordaba a su madre. Parecía estrictamente honesta, severa, sincera y decidida a hacer lo correcto a toda costa.

Miró de nuevo al frente y siguió caminando. Estaban dando la vuelta a la isla, y muy pronto perderían de vista la playa de Maris.

Sus pensamientos continuaron devanándose. En efecto, Asha le recordaba a Jiller, y deseaba poder confiar en ella. Había sido ella quien le había advertido acerca del lado secreto de la Isla.

«Pero sabía que no vacilaría por eso —pensó—. Tal vez sabía que aún reforzaría más mi decisión».

«Sus maestros saben cómo piensas».

«No debo olvidarlo —se dijo Rowan—. Nunca debo olvidarlo».

Seaborn marchaba detrás de Asha, alto y robusto, vestido de verde. Era enérgico, decidido y fuerte. Alguien en quien se podía confiar en caso de necesidad. Le recordaba un poco a Jonn, a Jonn *el Fuerte*, que con tanta frecuencia lo había ayudado y estaba siempre a su lado en los momentos críticos.

Seaborn había sugerido ir al lado secreto de la Isla, en apariencia solo porque estaba ansioso por ayudar, listo para entrar en acción, al igual que Jonn.

Pero ¿sería él? ¿Quizá estaba ejecutando la siguiente fase del plan?

Rowan meneó la cabeza. Tampoco podía estar seguro de Seaborn.

Y luego Doss, el último de la fila. Era mucho más bajito que los demás, hasta el punto de que todo cuanto Rowan veía de él era una forma azul que aparecía y desaparecía detrás del verde de Seaborn.

Doss era tranquilo y soñador, y más inseguro que sus otros dos compañeros. ¿Le recordaba a alguien? Sí, por supuesto. Era como el propio Rowan. Debería de ser, pues, el más digno de confianza.

Doss había abrigado dudas acerca de la profundidad plateada, y fueron sus palabras, en apariencia vacilantes, las que habían propiciado aquel viaje, aun sin haberlo sugerido.

¿Sería acaso el más inteligente y peligroso de todos?

La mente de Rowan era un torbellino. Nada era seguro. Navegaba en una alocada vorágine de

preguntas y confusión. Metió la mano en el bolsillo y acarició el tarro de tapa plateada. Le reconfortó.

«No puedo confiar en ninguno de ellos —se dijo—. Solo en mí».

De pronto, advirtió que estaba caminando sobre arena en lugar de roca. Levantó la vista y descubrió que, mientras cavilaba, había rodeado la Isla sin darse cuenta.

Como había dicho Seaborn, al otro lado de la Isla había una bahía resguardada. Los árboles ya no eran tan espesos y se distinguían algunos senderos cubiertos de helechos que se adentraban en el bosque. Se veían claros, alfombrados de hierba, entre las lianas y los troncos.

Olas más suaves morían en la playa. Al otro lado de la bahía, un alto acantilado se elevaba sobre el mar como una barrera infranqueable. Dos pájaros de gran tamaño sobrevolaban las aguas y emitían potentes chillidos. Eran el único signo de vida.

El mar y el cielo se alejaban hasta perderse de vista.

«Ahora —pensó Rowan—, estoy realmente solo». Hizo un esfuerzo por apartar el miedo de su mente.

«Profundidad plateada...».

Rowan contempló la línea de olas que rompían en la orilla. Eran más pequeñas que al otro lado de la Isla, pero aun así no daban la impresión de adecuarse a las palabras.

Sintió un cosquilleo en la nuca y giró en redondo. Asha, Seaborn y Doss lo habían alcanzado y lo esperaban. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? Imposible saberlo. Se movían con tanto sigilo...

«Debo decirles lo que haremos a continuación», pensó Rowan. Una vez más, se sintió invadido por la desesperación.

«No soy un líder, pensó. No sé lo que hay que hacer. Soy un extraño en esta tierra. Tengo miedo. He insistido en venir hasta aquí y ahora no sé adónde ir ni qué hacer».

Miró nuevamente a los tres Candidatos y poco a poco se dio cuenta de que parecían diferentes.

Un par de horas antes no lo habría notado, pero desde entonces se había ido acostumbrando a ver caras de Maris. Habían dejado de parecerle iguales. Había empezado a reconocer expresiones y cambios de humor.

Comprendió que Asha, Seaborn y Doss también estaban asustados. Tenían los ojos muy abiertos y la tensión se manifestaba en la rigidez de sus cuerpos, listos para afrontar cualquier peligro; las manos, siempre cerca de los cuchillos.

«En este lado de la Isla se sienten tan forasteros como yo —se dijo—. No han estudiado este lugar. Desde aquí no pueden ver su hogar. Nunca antes han pisado esta arena ni saben lo que les espera».

Por alguna razón, aquella idea le infundió ánimos.

—Creo que deberíamos echar a andar por la arena —dijo en voz alta—. Miraremos a derecha e izquierda hasta encontrar algo que guarde relación con los versos.

—La profundidad es el mar —anunció Asha a su espalda—. No la encontraremos entre los árboles, Elector de Rin.

—Pero la palabra «profundidad» tiene más de un significado —intervino Doss en voz baja—. Los versos no dicen «la profundidad plateada» sino simplemente «profundidad plateada».

—¿Qué diferencia hay? —replicó la mujer—. Es evidente lo que quería decir Orin.

Seaborn soltó una sonora risotada.

—¿Y quién eres tú, Asha de los Umbray, para conocer las intenciones de Orin? —se burló.

—¡Vigila tu lengua de lagarto, Fisk! —escupió Asha.

—Vigila tú la tuya —replicó Seaborn.

Rowan no dijo nada. Quería gritarles, pedirles que colaboraran con él, que le ayudaran a encontrar lo que habían venido a buscar. Pero habría sido inútil.

Se puso en camino sabiendo que lo seguirían. La arena se hundía bajo sus pies. Mientras andaba, paseaba la vista entre el mar y el bosque.

Transcurrían los minutos y se sentía cada vez más decepcionado.

Nada. No veía nada.

No muy lejos, la arena terminaba al pie de un alto acantilado rocoso que se extendía a lo largo de la playa y se internaba el mar. No podían continuar. Solo quedaba un lugar donde buscar: el bosque.

Y aunque la Isla era pequeña, sin claves que los guiaran, la búsqueda podía durar días.

«Si por lo menos supiera lo que estoy buscando...», pensó Rowan, desesperado. Pasaron por un hueco entre los árboles y se internaron en el bosque. El suelo estaba cubierto de hierba alta. Continuaron adelante.

Uno de los pájaros que había oído antes chilló en la espesura. Miró en dirección al sonido y entonces, cuando empezaba a volver la cabeza de nuevo hacia el mar, distinguió algo con el rabillo del ojo. Un destello fugaz.

Dio un paso atrás. Miró entre los árboles. Sí, allí estaba otra vez. En algún lugar de las profundidades verdes había un brillo plateado, algo parecido a unas aguas secretas y tranquilas acariciadas un momento por el sol.

—Creo... que allí hay algo —dijo, y señaló con el dedo. Intentó hablar con calma, pero su corazón martilleaba de emoción.

Algo le decía que por fin había descubierto el paradero de la profundidad plateada de Orin.

13 ∞ Profundidad plateada



Caminaron entre la hierba y los espinosos arbustos, adentrándose con cautela en el bosque, con paso vacilante y en silencio. Los árboles se elevaban a cada lado. Ramas frondosas y entretejidas formaban sobre sus cabezas un techo que ocultaba la luz del sol. Un sendero ancho serpenteaba hasta el corazón del bosque.

Rowan vio que Doss se estremecía cuando miró a su alrededor.

—¿Quién ha hecho esto? —se preguntó Seaborn en voz alta.

Era evidente que el sendero no estaba allí por casualidad. Era llano y ancho, lo suficiente para que los cuatro pudieran caminar uno junto al otro. Estaba flanqueado por terraplenes de tierra cubiertos de arbustos, musgo y helechos.

—Debe de haber sido el Guardián —le dijo Asha—. Solo a ella le está permitido pisar la Isla. Pero está claro que el sendero no se ha utilizado desde hace mucho tiempo.

Señaló la gruesa capa de hojarasca y vegetación que lo cubría.

Rowan asintió.

—Por lo menos un año —dijo—. Si es que estas plantas crecen como en Rin.

—En cualquier caso —replicó Seaborn con expresión sombría—, debemos estar alerta ante posibles peligros.

Siguieron avanzando. Sus pies se hundían en la alfombra marrón de hojas secas. Enormes mariposas de color gris pasaban aleteando a su lado y les rozaban la cara con sus suaves alas.

Rowan forzó la vista para escrutar la penumbra, intentando distinguir otro destello plateado.

A través de los árboles, vislumbró un destello de un verde más brillante y oyó de nuevo el fiero graznido de uno de los pájaros que había visto planeando cerca del acantilado.

«No suena demasiado amistoso», pensó. Una idea se agitó en su mente, pero la desechó al instante, agitado. Porque de repente, justo delante, cuando el canto del pájaro aún no se había apagado por completo, vio de nuevo aquel destello plateado.

—Allí —dijo, casi sin aliento. Echó a correr.

Oyó que Asha, Seaborn y Doss intentaban alcanzarlo. Por una vez, tenían más problemas que él. Su calzado ligero se hundía en el blando sendero y frenaba su carrera.

Un aroma a tierra húmeda, que se mezclaba con otras fragancias del bosque, brotaba de la hojarasca al pisarla. Hojas verdes, helechos aplastados, moho... y algo más.

Rowan arrugó la nariz, mientras intentaba identificar aquel «algo más». Era un perfume intenso y dulzón. Flores quizá, pero diferentes de las que se olían en Rin. Su intensidad se acrecentaba a cada paso.

El sendero se curvó un poco y desembocó después en lo que parecía ser un claro natural

rodeado de árboles. Había una roca lisa en el centro, redondeada, casi doblada por así decirlo, como un enorme animal durmiente.

El cielo formaba en lo alto un círculo pálido que iluminaba el claro. A un lado, el acantilado se alzaba como una masa gris sobre las copas de los árboles.

No soplaba el viento. No se oía nada, salvo el lejano sonido del mar. Era un lugar sereno y recogido. En la roca centelleaban pequeños charcos de agua.

—Tiene que haber una charca allí arriba —susurró Rowan—. Un manantial alimentado por una corriente subterránea.

No había motivos para susurrar, pero Rowan tenía el vello erizado. Intuía el peligro. Tal vez aquella sensación se debiera a la luz, después de la penumbra del bosque. Tal vez al extraño olor que, de repente, invadía el entorno. O quizá al silencio de aquel paraje.

Asha, Seaborn y Doss también se habían quedado sin habla. Rowan solo sabía que estaban detrás de él porque oía su respiración.

Trepó a la roca, encaminándose hacia la cima. Los demás lo siguieron.

Allí estaba. Como había esperado, había una profunda charca de agua cristalina en un hueco de la roca. Era casi perfectamente redonda, y tan pequeña que dos personas podían cogerse de las manos de lado a lado. Muy por debajo de la superficie, un brillo plateado. El fondo de la charca estaba cubierto de una especie de lodo o arena.

Pero aquello no fue lo que hizo dar un respingo a Rowan. Lo invadió la esperanza. Había algo más bajo aquella superficie de agua transparente y ondulada. Algo redondo y blanco que relucía a través del agua como una luna llena flotando en el cielo.

Era una flor. Miraba al cielo y sus pétalos formaban un anillo perfecto. Rowan percibió la fragancia que se elevaba del agua. Aquella fragancia intensa y dulzona que había percibido antes.

«En la charca hambrienta, las lunas yerguen sus cabezas...».

—Las flores no pueden crecer bajo el agua —exclamó Asha, rompiendo el silencio.

Parecía casi enojada. Las leyes de la naturaleza que creía inmutables habían dado un vuelco. Para ella, las flores crecían en el aire y al sol. Así había sido siempre, y así tenía que ser siempre.

Pero el rostro de Seaborn mostraba curiosidad y emoción.

—Esta sí —dijo—. Y es el segundo ingrediente. ¡Acabamos de encontrar dos en un mismo sitio! Rápido, Rowan, el agua, y luego la flor.

Rowan extrajo el tarro de cristal del bolsillo y desenroscó el tapón.

«Llena una mano abierta de profundidad plateada...».

Abrió la mano, se inclinó sobre el agua y miró sus dedos, vacilante...

—Espera —intervino Doss, tocándole el brazo—. Recuerda...

Rowan apenas le oía. Miraba fijamente el agua, fascinado. De pronto, la flor de luna estaba desapareciendo de su vista, y la charca ya no era transparente: se estaba tiñendo de plata por momentos.

Se volvió hacia Seaborn para decírselo, y en aquel preciso instante vio que su rostro se demudaba, mientras sentía que algo lo empujaba y lo tiraba al suelo.

—¡Cuidado! —vociferó Seaborn.

Un alarido terrible y desgarrador surcó el aire. Unas grandes alas batieron sobre sus cabezas. Se oyó un chapoteo y el agua inundó la roca. Y entonces, un gigantesco pájaro verde se alejó volando, de regreso a la cumbre del acantilado, con un pez coleando entre sus garras. Rowan nunca había visto un pájaro semejante. Era tan grande como él.

Seaborn lanzó una carcajada nerviosa.

—¡Creí que nos estaba atacando, pero solo pretendía llenar la tripa! ¡Y también la de sus polluelos! ¡No me extraña que el viejo Orin la llamara «charca hambrienta»!

Doss empezó a hablar, pero el grito de Asha ahogó su voz. Se había puesto en pie y señalaba, temerosa, la charca.

—¡Esa luz! —inquirió—. ¿Qué es?

Rowan retrocedió hacia el borde de la charca. El perfume de la flor era muy intenso, y el agua parecía plata fundida. Plata como el color de la capa de Asha; plata como la luz del sol reflejándose en el agua; plata como las sutiles escamas de un pez. Apenas podía mirarla; era deslumbrante, casi cegadora.

De inmediato, se dio cuenta de lo que había sucedido. El pez, al sumergirse en la charca para zafarse del ataque del pájaro, había removido la arena brillante del fondo.

«Llena una mano abierta de profundidad plateada...».

—¡Seaborn! —chilló—. ¡Rápido! ¡Antes de que la plata se hunda de nuevo! ¡Toma un puñado de agua!

Seaborn vaciló, presa de la confusión.

—Mi mano no valdrá —gritó Rowan—. Lo descubrí justo antes del impacto del pájaro. Una vez abierta, mi mano es inservible. El verso se refiere a una mano Maris, con los dedos palmeados, como los de Orin.

Seaborn asintió y se colocó junto a Rowan.

—¡No! —gritó Doss.

Pero Seaborn ya había ahuecado su mano extendida y la había sumergido en el agua.

Empezó a sacarla mientras Rowan preparaba el tarro para recoger el agua. De inmediato, Seaborn lanzó un grito agónico.

Agitó la mano en el aire. El líquido plateado que contenía la palma de su mano se derramó en parte, pero el dorso y la muñeca estaban cubiertos de docenas de peces. Incluso fuera del agua seguían mordisqueándole la carne para luego zambullirse de nuevo en la charca, teñida de su sangre.

Asha chilló, horrorizada.

—La charca hambrienta... —murmuró Doss.

—Rowan, el tarro —gritó Seaborn, temblando de dolor—. ¡Deprisa! ¡Por el dios de Orin! ¡Me están comiendo vivo!

Sin mediar palabra, Rowan acercó el tarro. Con su mano libre, Seaborn sujetó la muñeca herida y vertió el precioso líquido plateado en el tarro.

Los peces seguían desprendiéndose de la carne, y la sangre se derramaba en la charca, donde los peces se estaban dando un banquete.

Seaborn gimió y se tambaleó hacia atrás. Arrancó de su mano el último animal y lo arrojó contra la roca. Se tambaleó. Su cara estaba tan pálida como la panza de un pez.

Rowan corrió a su lado y lo ayudó a sentarse, para luego acostarlo sobre la tierra. Dio la vuelta con delicadeza a la pequeña mano palmeada. Solo entonces se reveló el verdadero horror de las heridas.

Los peces habían intentado arrancar la carne de los huesos de Seaborn. Las heridas eran espantosas.

—¡En mi bolsa! —dijo con voz entrecortada Seaborn—. ¡Crema sanadora! ¡Vendas!

Asha y Doss se acercaron, mientras Rowan extraía de una bolsa cosida en la capa de Seaborn un tarro de un ungüento marrón y pegajoso y un rollo de vendas de seda.

—Te ayudaré —dijo Asha, al tiempo que se disponía a utilizar la venda.

—¡No! —vociferó Seaborn, desfallecido. Aferró la chaqueta de Rowan—. ¡No dejes que me toquen, Rowan! ¡Que no se acerquen a mis pertrechos!

Asha dio un paso atrás.

—No intentaré hacerte daño, hombre de Fisk —dijo con el ceño fruncido—. Está prohibido. Y, en cualquier caso, no es necesario. Ya te has hecho bastante daño tú solo para que tenga que añadir más sufrimientos a tu desventura.

Rowan empezó a untar la mano de Seaborn con el ungüento. Lo hacía con el máximo cuidado posible, pero, aun así, Seaborn cerró los ojos y el dolor deformó sus facciones.

—Si Seaborn está herido, es por mi culpa —musitó Rowan—. La superficie de la charca estaba rizada, pero no soplabla viento. No presté atención. Incluso cuando vi que el pájaro se apoderaba del pez no pensé en el peligro. No hice caso de la advertencia del verso de Orin.

Levantó la mirada hacia Doss.

—Tú sí —añadió—. Intentaste advertirme. Ojalá te hubiera escuchado.

—Ojalá me hubiera expresado con mayor firmeza —dijo Doss—. Pero no estaba seguro. Solo era una idea.

Miró el rostro pálido de Seaborn con aire pensativo. Ahora que lo peor había pasado, Doss se mostraba tan tranquilo como siempre. No parecía demasiado afectado por la desgracia de Seaborn. Incluso siendo un Maris, resultaba extrañamente insensible.

En eso iba pensando Rowan mientras se inclinaba para vendar la trémula mano de Seaborn. ¿Se sentiría satisfecho Doss por la suerte de Seaborn? ¿Había refrenado la lengua a propósito para que su advertencia llegara con retraso? ¿O acaso había visto tanto dolor y muerte a lo largo de su vida como para ser ya incapaz de conmoverse?

«Hay tantas cosas que desconozco de estas gentes —pensó Rowan—. Cuando llegue la hora de la Elección, ¿cómo decidiré cuál de estos Candidatos gobernará mejor Maris?».

Intentó apartar de su mente aquella cuestión. Lo importante ahora era curar a su madre. Aquello era lo primero. Había encontrado un ingrediente para el antídoto. Ahora había que añadir el segundo.

En la charca hambrienta,

las lunas yerguen sus cabezas.

Arranca una y añade las lágrimas que vierte.

Minutos antes, aquella tarea había parecido fácil. Mete el brazo en el agua clara, recoge la flor que crece en el fondo.

Pero ahora..., ¿quién se arriesgaría a hacer algo así?

Nadie.

14 ∞ La charca hambrienta



Rowan terminó de vendar la mano de Seaborn y lo ayudó a sentarse mientras le entablillaba el brazo con una rama. Vio que contemplaba con repulsión el pez, que permanecía inmóvil sobre la roca.

Ahora se distinguía claramente su cuerpo traslúcido, semejante al de una lombriz, y su cabeza muy abultada, lo suficiente para alojar una doble fila de dientes afilados como alfileres.

—¡Nunca había visto algo así! —suspiró Asha—. Y hay miles. —Se encaramó a la roca y miró la charca—. Vuelve a ser transparente —dijo.

Rowan se acercó a su lado. En efecto, el agua brillaba limpia y clara. La arena plateada se había posado de nuevo en el fondo. Ni rastro de la sangre de Seaborn. Era evidente que los peces habían dado buena cuenta de ella.

La flor de luna flotaba tentadora en las ondulantes profundidades. Daba la impresión de que podrían apoderarse de ella sin mayores problemas. Minutos antes, Rowan había estado a punto de hacerlo.

—Tendremos que romper el tallo con dos varas para sacarla del agua —sugirió Asha.

Rowan meneó la cabeza.

—No creo que sea posible —dijo—. El verso dice que debemos añadir las lágrimas que vierte la flor. Creo que las lágrimas son la savia que gotea del tallo roto. Si nos limitamos a cortarlo desde arriba, se diluirá en el agua. Hay que arrancar la flor con la mano y apretar el tallo para que no se pierda el zumo.

Una mariposa revoloteó sobre la charca, atraída por la dulce fragancia de la flor. El agua se rizó de nuevo. Voló más bajo. Sus alas tocaron el agua... En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido bajo la superficie. El agua se arremolinó como si estuviera hirviendo. Y luego, nada.

Rowan se estremeció. Se le hizo un nudo en el estómago. «Así son las cosas en el mundo —se dijo—. El pez se come a la mariposa y el pájaro se come al pez». Aun así, la muerte de aquel desdichado insecto lo había disgustado.

—Si unas cuantas mariposas es todo cuanto tienen para comer estos animales, me asombra que haya tantos —comentó Asha impasible.

Rowan tragó saliva y asintió.

—Hemos de encontrar una forma de burlarlos —dijo—. No sé cómo, pero hay que arrancar la flor de luna.

—Solo hay un modo de conseguirlo —concluyó Asha—. Incluso con peces tan increíbles como estos. Los pescaremos, con una red, a todos.

—Solo hay un problema: que no tenemos red —dijo Doss.

Asha le miró, al tiempo que se envolvía con su capa plateada.

—Cierto es que no tenemos una red lo bastante fina —contestó—. Pero si juntamos los forros de las capas, de manera que las líneas de la malla se entrecrucen, estoy segura de que esa red será suficiente.

Doss miró hacia el cielo.

—Será mejor que te alejes de la charca —la apremió—. El pájaro vuelve.

Recordando lo que había sucedido la última vez, Rowan y Asha se apartaron al instante de la roca. Rowan se volvió. El pájaro descendía en picado a una asombrosa velocidad. Era enorme. Su pico, cruel y curvo. Las garras extendidas, de reflejos cobrizos, listas para capturar a su presa.

Mientras Rowan estaba mirando, el pájaro sobrevoló la charca unos instantes. El agua empezó a tornarse plateada, mientras los peces se ponían a buen recaudo. Y entonces, de repente, el animal viró bruscamente en el aire, y con un horrendo chillido, se precipitó sobre Rowan y Asha.

—¡Al suelo! —gritó Rowan, desesperado, al tiempo que empujaba a Asha.

Justo a tiempo. El poderoso pico, las alas batientes y las garras afiladas como la hoja de una espada fallaron por apenas unos milímetros.

Rowan miró al cielo mientras el pájaro se alejaba.

—Pero... ¿qué está haciendo? —gritó Seaborn.

—No lo sé —resolló Rowan—. Parece como si hubiera decidido que somos sus enemigos.

Asha se puso de nuevo en pie, pálida y nerviosa.

—Tengo ganas de abandonar este lugar —dijo. Tiró de la redecilla del forro de su capa—. A tal efecto —añadió—, pido a los Candidatos de Pandellis y Fisk que me den sus redes, para que pueda vaciar la charca.

Sin decir palabra, Seaborn se quitó la capa con la mano sana y arrancó una red aún más fina si cabe que la de Asha. Se la entregó.

Doss dudó unos instantes, pero luego los imitó.

Asha extendió las tres redecillas sobre la roca, una encima de la otra, y ató los bordes por distintos puntos. Rowan comprobó que, una vez unidas, las redes formaban una finísima malla. Quedaban pocos espacios por donde pudieran escapar los peces, aunque fueran tan pequeños como los del estanque.

Asha cogió las tres redes con la mano y echó una ojeada a la cumbre del acantilado, que se alzaba por encima de los árboles. El gran pájaro graznaba y batía las alas de forma amenazadora, en señal de advertencia a otro de su misma especie que había osado invadir su territorio.

—Por el momento, nuestro amiguito está ocupado —dijo—. Esta es la oportunidad que estábamos esperando.

Arrastró la red hasta la charca de la flor de luna y se arrodilló junto al borde. Rowan y Doss corrieron en su ayuda, se agacharon y sujetaron la malla cada uno por un extremo.

—Debemos sumergirla, atrapar los peces, sacarlos del agua y arrojarlos donde no puedan hacernos daño, y luego sumergirla de nuevo lo más deprisa posible —explicó Asha—. Llevará tiempo vaciar la charca.

Miró a Seaborn, que, a sus espaldas, los miraba sin poder hacer nada, cuidando de su mano

herida.

—Avísanos enseguida si regresa el pájaro —ordenó Asha—. Aun en estas condiciones, nos serás muy útil.

Se volvió de nuevo hacia Rowan y Doss. «Le satisface ser la líder del grupo», pensó Rowan.

—¿Preparados? —preguntó Asha—. ¡Ahora!

Sumergieron la red en la charca. El agua se agitó de inmediato. Rowan sintió un ligero tirón en las manos. Tensó los músculos, listo para estirar...

—¡Sacadla! —gritó Asha.

Levantaron la red al unísono. Rowan estaba convencido de que pesaría poco, pero... no pesaba nada.

Se sentó sobre los talones contemplando estúpidamente la tela desgarrada que sostenía entre las manos. Después, miró a los demás. También parpadeaban asombrados, incapaces de creer lo que había sucedido. El centro de la malla había desaparecido, y en la charca los peces devoraban con avidez la tela.

—Nunca... —Asha temblaba de ira y de miedo al mismo tiempo—. Nunca había visto nada semejante. ¿Qué demonios son?

El agua estaba en calma y podían distinguir de nuevo la flor de luna en el fondo. Ni rastro de la red o de parte de la misma. Se había consumido por completo.

—¡No puedo creerlo! —vociferó Asha—. ¡Se han comido nuestra red, pero no tocan la flor!

—Creo saber por qué —dijo Doss—. Necesitan la flor. Su perfume atrae a las mariposas. —Sonrió—. Y, por supuesto —añadió—, la flor también los necesita a ellos. Engullen todo cuanto cae en el estanque, el agua se mantiene clara y limpia, y la flor puede disfrutar siempre de la luz del sol.

—¡Cuidado! —gritó Seaborn.

Se apartaron de un salto de la charca y se agacharon de nuevo. El pájaro volvía a la carga. El agua empezó a tornarse plateada. La enorme ave se zambulló con estrépito y luego remontó el vuelo, chillando, tras haber atrapado a su presa.

—El pájaro puede capturarlos —dijo Doss poco a poco.

—¡La naturaleza lo ha dotado de los medios para poder hacerlo! —respondió Asha malhumorada—. No podemos esperar a que vacíe la charca por nosotros.

—¿Tenemos algún recipiente con el que extraer el agua? —preguntó Seaborn.

Nadie llevaba encima algo semejante y, después de lo ocurrido con la red, cualquier amasijo de hojas, tela o corteza de árbol resultaría inútil.

—¡Ya lo tengo! ¡Llenaremos la charca de arena y rocas! —exclamó Asha, al tiempo que se incorporaba de un brinco—. El agua rebosará y se derramará, y los peces-demonio morirán.

—No tenemos tanto tiempo. Podríamos tardar horas y horas en llenarla —murmuró Seaborn—. Y yo... —Hizo un gesto de dolor mientras palpaba su mano—. De poca ayuda os será.

—¡No importa! —Los ojos claros de Asha lanzaron chispas de ira—. ¡Hay que destruir a estos seres! ¡Es preciso!

Rowan meneó la cabeza.

—Olvidas algo —dijo con calma—. Nuestro objetivo no es matar a los peces, sino arrancar la flor de luna. Si llenamos la charca, la flor quedará enterrada, se dañará, tal vez se rompa, y entonces no nos servirá de nada.

Asha levantó las manos, invadida por la ira.

—¡Debemos destruir todos los peces antes de coger la flor! —rugió—. De lo contrario, no habrá solución.

—Sí que la hay —exclamó Rowan—. Seguro que la hay.

—Es posible —dijo Doss—. Orin lo consiguió. Hay una forma. Solo tenemos que encontrarla.

Guardaron silencio y se agazaparon en la roca, observando cómo el enorme pájaro descendía de nuevo sobre la charca, flotaba en el aire unos instantes, mientras el agua adquiría un tono plateado bajo su sombra, y luego se zambullía.

—Los peces no temen al pájaro —anunció Doss de repente—. Se limitan a refugiarse en la arena justo antes de que se precipite sobre ellos, y allí permanecen hasta que creen que ha pasado el peligro.

—¿Estás diciendo que podríamos arrancar la flor aprovechando uno de esos momentos? —preguntó Rowan.

Seaborn no parecía muy seguro.

—Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos —dijo—. Y aún quedan peces en el agua, porque el ave siempre atrapa alguno. Podríamos intentarlo y confiar en que queden demasiado pocos para hacernos daño.

Asha se mofó.

—Soñáis los tres si os creéis capaces de permanecer de pie junto a la charca en pleno ataque del pájaro. Sería una locura. Os haría pedazos.

Miró hacia el acantilado, donde el coloso luchaba una vez más con un intruso. Caían al mar plumas verdes que se desprendían de sus alas al batirlas con fuerza, mientras atacaba a su rival con las garras por delante.

Rowan asintió. El pájaro era tan peligroso como los propios peces. En cualquier caso, la objeción de Seaborn también parecía acertada. El momento en que podían actuar sin excesivo peligro, mientras el pájaro sobrevolaba el estanque, era demasiado breve. Ni siquiera los peces tenían tiempo de escabullirse y enterrarse en la arena plateada. Pero todos lo intentaban, conscientes del peligro. Igual que las cornejas que se dispersaban en los trigales de Rin cuando alguien se acercaba. O cuando su madre ponía un...

Rowan contuvo el aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó Doss

—Sé lo que debemos hacer —respondió Rowan—. Necesito un cuchillo, la capa de Seaborn y unas cuantas ramas largas y rectas.



El pájaro verde se había zambullido varias veces en la charca antes de que Rowan hubiera terminado su trabajo.

—¡En el nombre de Orin! ¡Date prisa por favor! —le urgió Seaborn, oteando sin cesar el cielo.

Rowan se mordió el labio, concentrado en lo que estaba haciendo. También él sabía que el tiempo era precioso. Pero, aun así, tenía que hacerlo bien, so pena de cosechar un fracaso. Un par de nudos y listo. Se puso de nuevo en pie.

Asha, Doss y Seaborn miraron en silencio lo que había construido Rowan. Era la forma de un pájaro, recortada con un trozo de tela de la capa verde de Seaborn y tensada con un armazón de ramitas, como si fuera una cometa.

Seaborn frunció el entrecejo.

—Es una idea curiosa —dijo—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Mi madre hace figuras de madera y las viste para ahuyentar a las cornejas en los campos de cultivo —explicó Rowan, y levantó la forma con los brazos.

—Pero no confundirá a los peces-demonio —dijo Asha.

—Espero que sí —replicó Rowan—. En Rin, el truco no da resultado con las cornejas viejas y taimadas, pero asusta a las que aún no han aprendido a distinguir el peligro real del imaginario. Y, según creo, estos peces son como aquellas cornejas jóvenes. Porque, si no me equivoco, nadie ha intentado este truco desde los tiempos de Orin.

Se acercó a la charca y oteó el cielo. Ni rastro del pájaro.

—Ha llegado la hora —anunció, y los llamó por señas—. Rápido, hay que hacerlo antes de que el pájaro regrese o de que se ponga el sol. Es importante que la sombra de la figura de pájaro se proyecte sobre la superficie del agua.

Doss y Asha se apartaron un poco, sosteniendo la estructura en alto por los extremos de las alas.

Rowan se echó junto a la charca con los ojos fijos en la flor de luna, mientras Seaborn, aunque dolorido, se agachaba a su lado con el tarro de cristal en la mano.

***En la charca hambrienta,
las lunas yerguen sus cabezas.***

Arranca una...

—¡Ahora! —murmuró Rowan.

Asha y Doss dieron un paso al frente, uno a cada lado del estanque. La sombra de la figura de

pájaro se proyectó sobre el agua.

De inmediato, el estanque empezó a enturbiarse y a brillar. Los peces se apresuraban a enterrarse en la arena.

—Esperad..., esperad —susurró Doss—. Que se escondan todos.

A Rowan le temblaba la mano. Contó lentamente hasta cinco. No podía esperar más. Apretó los dientes y sumergió el brazo en las frías profundidades plateadas. Más abajo, más..., esperando a cada segundo sentir el lacerante dolor que indicaría que un pez había salido de su escondrijo, al advertir que los habían engañado.

Tenía el tallo de la flor entre los dedos, suave y duro. Lo dobló, pero no se rompió.

—¡Apúrate! —imploró Seaborn.

Rowan, desesperado, se inclinó un poco más sobre la charca, introdujo el otro brazo en el agua y arañó el tallo con las uñas. El agua plateada le mojaba el pecho, el cuello y el mentón. Si los peces atacaban ahora...

El tallo se partió.

Apretando la base con los dedos de una mano y sujetando la flor con la otra, se alejó de la charca arrastrándose sobre la roca. Pero en el preciso instante en que la flor blanca rompía la superficie del agua, sintió un dolor espantoso en los antebrazos y las muñecas.

Asha y Seaborn gritaron aterrorizados. La penetrante fragancia de la flor invadía el entorno.

Rowan se miró los brazos. Había una docena de pececillos transparentes con los dientes clavados en su carne.

Un dolor como el de un millar de agujas nubló su mente, pero Seaborn extendió el tarro de cristal y lo llamó.

Arranca una y añade las lágrimas que vierte.

Rowan colocó el tallo de la flor sobre la jarra y aflojó la presión de los dedos.

... añade las lágrimas que vierte...

Unas preciosas gotitas de savia se derramaron en su interior, mezclándose con el líquido plateado, que se tornó azul. Azul como la capa de Doss. Azul como el mar. Azul como el cielo.

‡ ‡ ‡

—Ya está —dijo Doss, al tiempo que anudaba la última venda.

Rowan le dio las gracias. Le seguían doliendo los brazos. Estaban hinchados. Pero el ungüento pringoso y los vendajes eran reconfortantes.

Miró la flor. Se estaba marchitando a marchas forzadas, y sintió pena por su muerte.

Doss siguió la dirección de su mirada y esbozó una de sus extrañas sonrisas.

—Vamos —dijo, haciendo una seña. Rowan se pudo en pie y fue tras él.

La charca volvía a mostrarse en toda su transparencia, con la superficie ligeramente rizada por la brisa, y en el fondo se podía distinguir el rostro blanco y perfecto de una nueva flor de luna.

—Había un brote debajo de la flor que has arrancado —explicó Doss, mientras a Rowan se le escapaba un grito ahogado—. Se abrió al quebrar el tallo. Lo vi perfectamente. Fue como un

milagro.

—¡Un milagro! —exclamó Asha corriendo a su lado—. ¿Cómo puedes llamar milagro a algo tan perverso?

Doss le dirigió una mirada grave.

—La flor no es perversa por el mero hecho de crecer donde lo hace —dijo—. Existe, nada más. Igual que los peces de esta charca y el pájaro del acantilado, y que tú, o yo.

Asha le devolvió la mirada con frialdad.

—¿Nunca olvidas que eres el Candidato, verdad, Doss de los Pandellis? —replicó, adoptando un aire despectivo—. ¡Y qué bien has estudiado a este Elector! Dices exactamente lo que sabes que le gustará oír.

Doss entornó los ojos y frunció el ceño.

—Eso no es cierto —respondió—. Digo lo que creo.

Asha rio, incrédula, y fue a sentarse en el borde de la roca.

Rowan miró un momento a Doss. Estaba confuso. Se dio cuenta de que había bajado la guardia.

Por unos instantes, había olvidado por completo que sus compañeros no eran sus amigos, ni siquiera colaboradores dignos de confianza. Asimismo, había olvidado lo que había dicho Perlain: que habían aprendido desde su más tierna infancia a ser astutos y a complacer al Elector, con independencia de cuáles fueran sus verdaderos pensamientos.

Y habría olvidado, sobre todo, que uno de ellos había envenenado a su madre.

Pero ahora lo recordaba. Sintió crecer la ira en su interior. Levantó la cabeza, sin hacer caso del dolor atroz de los brazos, ni del más profundo que anidaba en su corazón.

—Hemos de encontrar el tercer ingrediente —dijo en voz alta, sin mirarlos.

—«Remueve lentamente con una pluma nueva del guerrero. Tres veces, ni una más, y déjalo reposar». —Las palabras habían brotado de los labios de Seaborn con voz fuerte y serena—. Creo que ya lo tengo, Rowan —dijo, y recogió una larga pluma verde—. La perdió el pájaro cuando atacó enfurecido a Asha.

Rowan pensó con rapidez. En efecto, los versos hablaban de una pluma. Era cierto. Y el pájaro bien merecería el apelativo de «guerrero». También era cierto. Los otros dos ingredientes los habían encontrado allí, de manera que, probablemente, podía ocurrir lo mismo con el tercero.

¿Y el cuarto? Rowan cerró los ojos. No quería pensar en el cuarto. Nunca había querido pensar en el cuarto.

Extendió la mano y Seaborn depositó la pluma en ella. El pájaro volaba de nuevo hacia ellos. Dieron un salto para eludirlo. Pero esta vez no les prestó la menor atención. Se limitó a zambullirse en la charca como en las ocasiones anteriores y remontó el vuelo con su presa entre las garras.

Rowan desenroscó la tapa del tarro, introdujo el extremo afilado de la pluma verde en el líquido azul y removió. Una, dos, tres veces.

No pasó nada.

«El verso dice: “Déjalo reposar”», pensó. Colocó el tarro sobre la roca y observó con atención

su contenido.

Poco a poco, el líquido dejó de girar. Pero su color no había cambiado.

Rowan refrenó sus deseos de hablar. Dio la vuelta a la pluma, introdujo el extremo ancho en el tarro y removió de nuevo. Al igual que antes, observó y esperó. Transcurrieron dos largos minutos. No podía esperar más. Enroscó la tapa poco a poco.

Los tres Candidatos lo miraban con curiosidad. Adivinaban que algo estaba saliendo mal, pero no comprendían cuál era el problema.

—La mezcla tendría que haberse teñido de verde —les explicó Rowan, intentando hablar con la firmeza de un líder, aunque solo pudo oír una voz atormentada por el desánimo.

—Entonces, esto significa que la pluma no tenía nada que ver con el verso —terció Seaborn, meneando la cabeza—. Lo siento —dijo—. Estaba seguro de que sí.

—También yo —apuntó Doss. Su mirada se cruzó un instante con la de Rowan, adivinó una expresión hostil y la desvió de nuevo.

—No estoy de acuerdo —dijo Asha por fin—. Jamás he visto que una simple pluma pueda añadir algo a una poción. Las plumas se usan como adorno, y en ocasiones como útil de escritura. Para eso se han utilizado desde siempre.

Rowan dio vueltas al extremo puntiagudo de la pluma entre sus dedos. A pesar de lo que había dicho Asha, estaba convencido de que el verso de Orin se refería a la pluma del pájaro verde. Una vez más, repitió las instrucciones para sí. ¿Lo había hecho bien?

Remueve lentamente con una pluma nueva del guerrero.

Tres veces, ni una más, y déjalo reposar.

Había removido la mezcla con la pluma, tres veces, ni una más. Había dejado reposar el líquido. No había nada más. Nada...

De pronto, lo comprendió. La única palabra que no había tenido en cuenta. Suspiró. Por lo menos, ya sabía lo que debía hacer.



«Nueva». Aquella era la palabra que había omitido.

—Una pluma sí podría añadir algo al brebaje —dijo Rowan a Asha—. Podría añadir restos del aceite que impermeabiliza el cuerpo del pájaro. Pero solo si es reciente. El aceite debe de secarse y desvanecerse en el aire muy deprisa.

Los Candidatos miraron a lo alto, todos a la vez, hacia el cielo ya en penumbra sobre el acantilado, donde el pájaro graznaba, atacaba, aleteaba y hería con sus garras a otro intruso. Mientras miraban, una pluma se desprendió de una de sus alas y descendió hasta el mar.

—Las plumas caen cuando los pájaros luchan —indicó Doss.

—No podemos trepar a ese acantilado, Doss de los Pandellis —se burló Asha—. Las manos de los Maris no están hechas para la escalada, y el Elector no puede correr él solo tal peligro.

—Sería un loco si lo intentara —aseguró Rowan casi para sí—. No soy lo bastante fuerte para trepar hasta la cima. Tengo los brazos heridos, y además me aterrorizan las alturas. Probablemente me despeñaría.

A ninguno de los Candidatos pareció sorprenderles aquellas palabras. Por supuesto que no, pensó Rowan.

A diferencia de Perlain, que se había mostrado sorprendido de lo diferente que era la gente de Rin que acudía a Maris para comerciar, ellos lo sabían todo de él. Sus maestros debían de haberles dicho que era distinto de la mayoría de los suyos, fuertes y bravos por naturaleza.

Se sonrojó. En ocasiones, era difícil afrontar aquella diferencia. No era la primera vez que deseaba con todas sus fuerzas que Jonn *el Fuerte* estuviera a su lado. No habría perdido el tiempo hablando y asustándose. A estas alturas, ya habría escalado la mitad del acantilado.

‡ ‡ ‡

—Los pájaros combaten sobre el mar —observó Doss—. Las plumas caen al agua. No creo que sea posible coger una desde la cima del acantilado, aunque pudiéramos llegar a ella.

—¿Y bien? —Seaborn esperaba impaciente—. ¿Qué sugieres?

Doss lo miró sin pestañear.

—Esperemos a que venga hacia nosotros. No tardará. Necesita más peces para alimentarse.

Asha asintió.

—Sí, y entonces lo atraparemos —dijo con fiereza— y le arrancaremos una pluma.

Rowan esbozó una sonrisa.

—¿Y con qué vamos a atraparlo? —preguntó, divertido.

—Con nuestras redes, claro —respondió rauda la joven—. ¿Con qué más podríamos...? ¡Oh! Su boca se cerró cuando comprendió dónde residía el problema. Seaborn lanzó una carcajada estentórea.

—Por desgracia, no nos quedan redes. ¡Por culpa de tu experimento de pesca, Asha! Ella se volvió, airada.

—Es sencillo —dijo Seaborn a Rowan—. Esperaremos hasta que el pájaro regrese a la charca. Pero esta vez no huiremos. Le haremos frente. Le obligaremos a luchar con nosotros.

En el fondo de su corazón, Rowan se sentía muy agradecido. Si Jonn no podía estar a su lado, por lo menos tenía a Seaborn.

Asha se encaró con ellos.

—¿Estás loco, Seaborn de Fisk? —espetó—. ¿Acaso estás empezando a pensar que eres el personaje que tus maestros te enseñaron a representar? ¿El héroe intrépido, el ídolo de los granjeros de Rin?

Rowan se sobresaltó una vez más. «Seaborn no es Jonn. Es un Maris, y los Maris valoran la astucia, no la fuerza. Debe de estar fingiendo, tal como dice Asha».

Pero Seaborn no desvió la mirada.

—Tú sí que estás loca, Asha de Umbray —sentenció con frialdad—. Yo soy lo que soy, y si lo que necesitamos es una pluma recién cogida del ala del pájaro, haré todo cuanto esté en mi mano para conseguirla.

—Tienes una mano herida —replicó ella.

Seaborn sacó su cuchillo.

—Entonces usaré la otra —dijo.

—El pájaro se acerca —advirtió Doss.

Rowan procuró hacer caso omiso del dolor lacerante de sus brazos vendados; cogió una rama y corrió hacia la charca. Seaborn lo siguió, sujetando el cuchillo con la mano buena. Tras unos momentos de duda, Doss sacó también su cuchillo y fue tras ellos. Pero Asha se envolvió en su capa plateada y dio media vuelta.

El ave se dirigía hacia ellos a toda velocidad. Oyeron el batir de sus alas. Rowan, Seaborn y Doss esperaban impávidos, hombro con hombro. «Es enorme —pensó Rowan—. Sus garras son como dagas».

—Déjanos luchar a nosotros, Rowan —gritó Seaborn—. Tú encárgate de la pluma, mientras nosotros...

Su voz quedó ahogada por el furioso chillido del animal. ¡Lo tenían encima! Rowan advirtió el malvado fulgor de sus ojos negros y se tambaleó mientras las alas gigantescas batían encima de su cabeza. Y luego, asombrado, vio que pasaba planeando a su lado sin atacarlos. Volaba hacia Asha, que permanecía de pie, vuelta de espaldas y absolutamente inmóvil.

—¡Asha! —gritó horrorizado.

La joven volvió apenas la cabeza, observó lo que estaba sucediendo y se arrojó al suelo. El pájaro pasó rozándola con el pico abierto y remontó de nuevo el vuelo.

Rowan corrió hacia ella. Gateaba, estaba maltrecha, con arañazos en las manos y en los brazos,

trémula y pálida.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Asha con un grito ahogado.

—¡Ni siquiera se ha fijado en nosotros! —gritó Seaborn, mientras él y Doss corrían a su encuentro—. ¡Y estábamos junto a su charca...!

—Ya antes había atacado a Asha, haciendo caso omiso de nosotros —dijo Rowan con aire pensativo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —Asha alzó la mirada, temerosa, y se llevó una mano a la boca—. ¡Cuidado! ¡Ahí está otra vez! —chilló enloquecida—. ¡Vuelve a por mí!

Rowan miró al cielo. No cabía duda: el gran pájaro planeaba en círculos, preparando un nuevo ataque.

—¡Escóndete en el bosque! —se apresuró a decir Rowan—. Intentaremos detenerlo.

Asha echó a correr hacia los árboles. Su capa plateada ondeaba tras ella, y sobre la superficie satinada y brillante desfilaba a toda prisa una vorágine de imágenes confusas: la roca, el cielo, la pequeña figura del animal que se aproximaba, las figuras más grandes de Rowan, Doss y Seaborn.

Los ojos de Rowan se abrieron de par en par.

—¡Asha! —gritó—. ¡Tu capa! ¡Quítatela! ¡Quítatela!

La mujer vaciló unos instantes.

Pero Rowan ya había echado a correr hacia ella, llamando a los demás por encima del hombro para que lo siguieran.

—¿No te das cuenta? ¡La capa es un espejo! —explicó atropelladamente Rowan mientras alcanzaba a Asha. Sin pensarlo dos veces, empezó a desgarrar las cintas que le sujetaban la capa a los hombros—. Cuando te vuelves, esa criatura ve su propio reflejo y ataca. Cree estar luchando contra otro de su misma especie.

Asha se quitó nerviosamente la capa y la dejó caer al suelo, para luego echar de nuevo a correr. Justo a tiempo. El pájaro casi los había alcanzado.

—No desaprovechemos la oportunidad —exclamó Doss. Recogió la capa y tiró de un extremo—. ¡Asha, apártate! ¡Seaborn, ayúdame a sostenerla en alto!

Seaborn no lo dudó un solo momento, y juntos extendieron la capa. El coloso volador lanzó un furioso chillido de advertencia. Su reflejo aumentaba de tamaño por momentos, llenando de un verde animado la superficie plateada. El pájaro extendió sus garras y aleteó con fuerza en una frenética exhibición de ira. ¡Un rival había invadido su territorio! Se parecía al que algunas veces podía distinguir en la charca. Pero aquel rival era mucho más grande. Batía las alas y extendía las garras igual que él. ¡No podía darse por vencido! ¡Tenía que atacar!

Con un graznido terrorífico, el animal se precipitó sobre la capa y la acuchilló con sus afiladas garras. Doss y Seaborn intentaron a toda costa mantener el equilibrio y no soltar la prenda. Una vez más, el pájaro se lanzó contra su enemigo imaginario. El corazón de Rowan saltó en su pecho. Se había desprendido una pluma de las alas y había ido a parar al suelo.

—¡Soltad la capa! —gritó—. ¡Arrojadla lejos!

La lanzaron al aire y cayó sobre las rocas, hecha jirones. El pájaro se abalanzó sobre ella, la picoteó con ferocidad y emitió un chillido de triunfo.

Rowan se lanzó al suelo para recoger la pluma sin poder contener las lágrimas; el dolor de los brazos era insoportable. Sacó del bolsillo el tarro de cristal y desenroscó el tapón, pese al temblor de sus dedos.

Remueve lentamente con una pluma nueva del guerrero.

Tres veces, ni una más, y déjalo reposar...

Aún estaba caliente, y del extremo puntiagudo goteaba un aceite espeso y brillante. Rowan se apresuró a verter las gotas en la mezcla azul. Conteniendo el aliento, removió poco a poco. Una, dos, tres veces.

Dejó el tarro en el suelo y cerró los ojos. No se atrevía a mirar. Después, oyó tres voces que gritaban. Abrió los ojos al instante.

El líquido mostraba un reluciente brillo verde. Verde como los árboles. Verde como las plumas del pájaro guerrero. Verde como la hierba en el valle de Rin.



Había que curar a Asha. Se había lastimado las manos con la roca, y tenía la espalda y los hombros llenos de arañazos. Pero no estaba dispuesta a que nadie tocara sus heridas, excepto Rowan.

Se sentó erguida, mientras él le untaba el unguento a través de los jirones de la tela. Las heridas eran considerables, pero no hizo la menor mueca de dolor.

Doss y Seaborn la observaban desde una cierta distancia. De vez en cuando, Seaborn miraba de nuevo al cielo. Al fin, habló:

—Debemos apresurarnos a buscar el último ingrediente —anunció—. Está anocheciendo.

Rowan sabía que Seaborn estaba pensando en el Guardián, más débil a cada hora que pasaba. Pero él solo podía pensar en su madre. ¿Cuánto tiempo sería capaz de esperar?

—La Elección ya tendría que haber finalizado —murmuró Asha—. El Elector tendría que haber pronunciado su Dictamen.

—¿Cómo puede estar tan seguro el Guardián de que morirá al amanecer? —preguntó Rowan.

—Porque siempre ha sido así —le respondió Asha—. Forma parte del misterio del Cristal. Esta noche, entre todas las del año, es la noche de la Elección. La noche de la luna llena. Orin descubrió el Cristal en la luna llena de este mes. La llama que hay sobre la Caverna del Cristal siempre se ha encendido al ponerse el sol.

Dirigió una mirada acusadora a Rowan.

—No es culpa mía que el tiempo sea tan escaso —exclamó Rowan—. Vinimos de Rin tan pronto como nos convocaron. Tampoco soy responsable de la suerte que ha corrido mi desdichada madre.

Las últimas líneas de los versos de Orin resonaron como un eco en su mente.

***Añade el veneno de tu mayor temor,
una gota, y luego sabrás la verdad.***

¿Cuál era el mayor temor? No había duda: fracasar en su misión, que su madre muriera, que fuera imposible nombrar un nuevo Elector para mantener vivo el poder del Cristal. Que, por su culpa, su tierra se viera amenazada por una última y terrible invasión Zebak. Que el valle fuera destruido y que él y Jonn, Annad y todos sus amigos fueran reducidos a la esclavitud.

Y, aun así, aquel no podía ser el significado de los versos de Orín. Orin hablaba de un miedo diferente. Orin era un Maris y, por lo tanto, su receta tenía que ser comprendida por las mentes Maris. Miró a Doss, Seaborn y Asha, uno a uno. Pálidos y tensos. Ojos inexpresivos.

—¿Cuál es vuestro mayor temor? —preguntó por fin.

Hubo un instante de vacilación. Luego, los tres respondieron al unísono:

—La Gran Serpiente.

Rowan respiró hondo. Lo había sospechado, pero no había querido enfrentarse a aquella realidad.

—Los colmillos de la Gran Serpiente son venenosos —dijo Doss—. Creo que este es precisamente el significado de los versos de Orin. Debemos obtener una gota del veneno para completar el antídoto.

Los otros dos asintieron.

El silencio era estremecedor. El silencio y la oscuridad reinaban en el claro. El pájaro guerrero ya no graznaba desafiando a sus rivales en la cima del acantilado, ni tampoco había regresado a la charca. Quizá se había acomodado en su nido para pasar la noche.

—¿Cómo encontraremos a la Gran Serpiente? —inquirió por fin Rowan.

En su mente estaba grabada la imagen que tantas veces había visto en los libros en Rin. Siempre le había asustado. Ahora, la sola idea de enfrentarse a la bestia auténtica lo llenaba de pavor.

—El mar está lleno de serpientes —dijo Seaborn—. Y no hace falta buscarlas. Aventúrate en las aguas al anochecer y te encontrarán.

—Pero ¿y la Gran Serpiente? —insistió Rowan.

Asha y Seaborn miraron a Doss. Entonces, Rowan recordó lo que le había dicho Perlain: «Tus ojos son los de quien ha visto a la Gran Serpiente y ha vivido para contarlo. Profundos y llenos de conocimiento. Algo muy extraño en un muchacho tan joven. Solo he conocido a otro igual».

Se volvió hacia Doss.

—Tú la has visto —dijo en voz baja.

Doss asintió.

—Sí, la he visto.

No miró a Rowan cuando contestó. Rowan esperó. Sabía que, si esperaba lo suficiente, Doss continuaría hablando.

—Fue exactamente un día como hoy, hace un año —murmuró por fin—. Estaba con mi familia en nuestra barca. Había luna llena aquella noche, como debe haberla durante la Elección. Era mi Día de la Despedida.

—Cada Candidato tiene un Día de la Despedida —intervino Seaborn, adelantándose a la pregunta de Rowan—. Se trata del día en que decimos adiós a nuestra familia. A partir de entonces, vivimos apartados del resto de los Maris. Nos retiramos a la casa del Candidato de nuestro clan, con nuestros maestros y nuestros libros como única compañía, con el fin de prepararnos adecuadamente para la Elección.

—Debe de ser duro —dijo Rowan, pensando en cómo se sentiría si lo separaran de todo y de todos a los que conocía y amaba.

—Pero es necesario —replicó Seaborn.

—Y también sirve para prepararnos —añadió Asha—, pues el nuevo Guardián solo aparece

una vez ante su pueblo. Después, regresa a la Caverna del Cristal para siempre.

Rowan sintió un escalofrío de horror.

—¿Quiere esto decir que el Guardián nunca sale de la Caverna? —balbuceó—. ¿Que no vuelve a ver jamás a su familia y a sus amigos, que no respira aire puro ni contempla el cielo?

Doss sonrió.

—No lo necesita, Rowan. El Cristal es todas esas cosas.

—Su misión es servir —concluyó Seaborn.

Rowan cerró los ojos. Aquello era como estar muerto en vida. Ahora comprendía lo que Perlain había querido decir: ser Guardián no era algo que todos desearan.

—Tú no lo comprendes —dijo Doss—. No es sufrimiento, sino júbilo.

—Es un deber glorioso —añadió Asha—. Así ha sido siempre.

Había un brillo especial en sus ojos.

En cualquier caso, esto no era asunto suyo, pensó Rowan. No era él quien debía juzgar el comportamiento de los Maris.

—Háblame de la Gran Serpiente, Doss —dijo con brusquedad.

—Nos habíamos alejado mucho de la costa —siguió hablando Doss—. Estábamos pensando en volver, cuando empezó a entrar agua en la barca. No por una vía, sino por muchas. La madera se había agrietado, y los orificios se habían taponado con algo que solo se desprendió después de muchas horas de navegación, cuando ya no había tierra a la vista.

Clavó la vista en el frente. No acusaba a nadie, pero Asha y Seaborn fruncieron el ceño.

—¡Mi clan no tocó la barca! —espetó Asha.

—Ni tampoco el mío —añadió Seaborn.

Pero Doss ni siquiera los miró.

—Fuera como fuera, la barca se hundió —dijo—. Nadamos, pero la marea era muy fuerte.

Hablaba en voz tan baja que Rowan tuvo que inclinarse hacia delante para oírle.

—No tardé en perder de vista a mi padre y a mi madre, y también a mis hermanos —siguió diciendo—. Luché contra la marea. Estaba exhausto. El sol empezó a ponerse por el horizonte. Después, oí un sonido. Un sonido agudo, espeluznante. Parecía provenir de todas partes a la vez, del cielo y del mar. Cada vez era más fuerte. Más y más fuerte. Invadía mis oídos, daba la impresión de que penetraba en mi cerebro y lo invadía también, de manera que no podía pensar en nada más. Era el canto de la Gran Serpiente.

Rowan evocó de nuevo aquella imagen tan familiar. La barca, la gente que chillaba y se tapaba los oídos con las manos. Se estremeció. La voz de Doss se había vuelto monótona e inanimada, como un cántico como si estuviera recitando una lección mil veces repetida.

—La Gran Serpiente emergió de las profundidades y se elevó sobre las aguas. Era gigantesca. Sus ojos eran dorados y atesoraban una infinidad de antiguos secretos. Sus escamas relucían como el fuego bajo el sol poniente. Me miró. Supe que iba a morir.

—Pero te salvaste —exclamó Rowan sin poder contener el aliento por más tiempo. Le latía muy deprisa el corazón. Sabía lo que era enfrentarse a una pesadilla.

—Así es —se limitó a decir Doss—. La oscuridad se cernió sobre mí. Nada se de lo que

aconteció después. No recuerdo nada de aquella noche. Pero, al despertar, el sol brillaba de nuevo en lo alto y yo estaba tumbado sobre los restos de la barca, a la deriva, cerca de la costa. Los de mi clan me vieron y me rescataron. También buscaron a los demás, pero nunca los encontraron.

Volvió sus ojos soñadores hacia Rowan.

—Fui el único superviviente de mi familia. Y... había cambiado. Lo notaba. Todos a mi alrededor lo notaban. Era como si hubiera perdido... o ganado algo. No sé exactamente qué.

—No comprendo que tu clan te permitiera seguir siendo su Candidato —dijo Asha con aspereza—. ¿No había otros, libres de tan terribles experiencias, que pudieran ocupar tu lugar?

—Por supuesto —replicó Doss—. Y así lo esperaba. Pero mis maestros creyeron que el cambio había sido para bien, que no había afectado a mi inteligencia, sino que me había convertido en alguien diferente de los demás y me había alejado de ellos. Era, según decían, alguien especial. —Al igual que antes, una extraña sonrisa se esbozó en sus labios—. No cabe duda de que ver la Gran Serpiente y sobrevivir es una portentosa hazaña. No se sabe de nadie que lo haya hecho desde Orin *el Sabio*.

Seaborn, que había estado escuchando en silencio, habló por fin:

—Hay quien dice que toda esta historia es una patraña —masculló—. Una mentira inventada por tus maestros para impresionar a la gente, y un día también al Elector, como tal vez esté pasando ahora.

Doss encajó su fría mirada con tranquilidad.

—Ojalá fuera una mentira —dijo—. En tal caso, aquel sonido y aquellos ojos amarillentos no aterrorizarían mis sueños... como quizá a partir de esta noche podrían aterrorizar los tuyos.

«... como quizá a partir de esta noche podrían aterrorizar los tuyos».

Rowan irguió los hombros. Cualesquiera que fueran sus temores y sus dudas, sabía que lo único que podía hacer ahora era seguir adelante.

—El sol se ha puesto —dijo—. Queda poco tiempo. Tenemos que encontrar a la Gran Serpiente. ¿Por dónde creéis que deberíamos empezar?



—No alcanzo a comprender cómo podríamos hacerlo —dijo Asha—. Solo los locos se aventuran en las profundidades de noche, incluso en barca. Por si fuera poco, tampoco tenemos una, y si nadamos, seremos pasto de las serpientes más pequeñas y nunca conseguiremos encontrar a la grande.

El cielo se había oscurecido por completo y brillaban ya las estrellas. La flor de luna mostraba toda su blancura en la charca. Las olas batían en la playa, más allá del bosque.

—Tiene que haber una forma —dijo Rowan, mirando a Doss—. Orin lo hizo. El guarda la respuesta.

«Ver a la Gran Serpiente y vivir para contarlo es una portentosa hazaña. No se sabe de nadie que lo haya hecho desde Orin *el Sabio*».

Orín *el Sabio*...

«Mil años atrás, el día en que descubrió el Cristal, Orin vio la Gran Serpiente —pensó Rowan—. Justo en esta época del año. De ahí que este sea siempre el tiempo de la Elección».

Repasó la historia en su mente. La que le había contado Perlain. Orin estaba pescando en su barca y, cuando se disponía a regresar, después del ocaso, la Gran Serpiente emergió del mar, volcó su barca y lo persiguió. Orin huyó a la Isla, donde encontró el Cristal. «Y así fue como empezó todo», se dijo Rowan. Después, frunció el ceño.

Había algo extraño en aquella historia, algún detalle no encajaba. Al principio, Rowan no conseguía adivinar cuál era, pero luego recordó.

Orin no había estado pescando el día en que descubrió el Cristal. En realidad, el Guardián había dicho que ya se encontraba en la Isla aquel día, preparando el antídoto para el *Sueño de la Muerte*. Rowan meditó acerca de lo sucedido. Debió de decir que estaba pescando para ocultar su verdadero propósito, concluyó. No quería que nadie supiera que estaba fabricando aquella pócima secreta. Y jamás se había puesto en entredicho su historia, probablemente porque Orin había traído consigo el Cristal, y todo el interés se concentró en aquella maravilla, y también porque Orin se había convertido en Orin *el Sabio*. Algo extraordinario. El primer Guardián del Cristal.

Pero el día en que descubrió el Cristal era todavía un hombre Maris normal y corriente. Enfocándolo desde aquella nueva perspectiva, el relato de su encuentro con la Gran Serpiente era cada vez más improbable. ¿Acaso el temor que sentía Orin ante la posibilidad de pasar la noche en la Isla superaba al de adentrarse en las oscuras aguas con su barca para regresar a Maris? Casi con toda seguridad, no. Y aun en el caso de haberse aventurado, ¿habría sido capaz de nadar más deprisa que la Gran Serpiente cuando iba tras él y de lograr escapar? Tampoco.

Rowan le daba vueltas y más vueltas a la historia. Así pues, aquella parte del relato también

era falsa. Orin se había quedado en la Isla después del ocaso y no hubo ningún encuentro con la bestia en el mar. En realidad, ¿llegó a verla alguna vez? Sí, pues no en vano su veneno era el cuarto ingrediente del antídoto. Por lo tanto... Todo parecía muy extraño. De algún modo, Orin y la Gran Serpiente se habían encontrado en tierra firme, en la Isla, quizá incluso...

—Mirad la luna —dijo Doss en un susurro, y señaló con el dedo.

Una enorme luna llena se había elevado por encima de las copas de los árboles. Inmóvil, fría y blanca, flotaba en el firmamento como la flor en el fondo del estanque.

—La luna de la Elección —susurró Asha.

Y entonces, lo oyeron. Un poderoso sonido procedente del sendero que conducía a la espesura del bosque. Se aproximaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Seaborn estremecido.

Doss se puso en pie con los ojos muy abiertos.

—¡Deprisa! —gritó—. ¡Marchémonos de aquí! ¡Ahora!

Echaron a correr, alejándose de la roca, y se agazaparon entre los árboles. El sonido era cada vez más fuerte. El ruido de las hojas aplastadas, de los helechos doblados y partidos bajo un peso descomunal.

De pronto, apareció en el claro la Gran Serpiente, dejando tras de sí un sendero arrasado, como ya había sucedido tantas veces con anterioridad. El agua de las profundidades caía de su cabeza de dragón. Sus ojos amarillos eran vidriosos, sus escamas doradas brillaban bajo la luz de la luna de la Elección, y su cuerpo inmenso, colosal, se retorció y enroscaba.

Rowan se sintió invadido por una oleada de terror. Oyó el quedo gimoteo de Doss y la respiración entrecortada de Asha y Seaborn a su lado. Deslizó la mano en el bolsillo y extrajo el pequeño tarro de cristal, el cual contenía la mezcla que salvaría la vida de su madre. Solo faltaba una cosa. Una gotita, solo una.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Asha, muy asustada—. ¿Por qué sale a tierra firme? Las profundidades siempre han sido el reino de la Gran Serpiente.

Pero Rowan lo había adivinado.

—Viene aquí una vez al año —susurró—. Así ha sido siempre. No lo sabías porque ocurre en esta parte de la Isla, la que no se ve desde Maris cuando se ha puesto el sol.

La fragancia de la flor de luna impregnaba el aire. La serpiente se dirigió al estanque, lenta y fatigosamente, y trepó a la roca.

—Nos está buscando —susurró Seaborn, aterrorizado.

—No —replicó Rowan—. Ni siquiera sabe que estamos aquí. Busca un lugar. Fíjate bien y espera.

La serpiente llegó a la charca. Miró con sus ojos amarillentos la flor de luna, que flotaba en el agua. Después, alzó los ojos al cielo y miró la luna, abrió sus impresionantes fauces y emitió un horrendo alarido, un sonido extraño y agudo que taladraba los oídos e invadía la mente.

Doss se llevó las manos a la cabeza y gimoteó. Asha se tapó los ojos. Pero Seaborn no dejaba de mirar, fascinado, mientras el monstruo enroscaba su gigantesco cuerpo alrededor de la charca.

—Está desovando —dijo.

—Sí —asintió Rowan—. Es como las tortugas gigantes que nadan en vuestros mares. Igual que el Gusano de Kirrian, cuyos huevos recogéis cada mañana de primavera. Vive en los abismos, pero desova en tierra, en este lugar. Aquí es donde la encontró Orín.

En efecto, la serpiente estaba poniendo sus huevos, que brillaban con un tono plateado bajo la luz de la luna. A medida que los iba poniendo, los dejaba caer en la charca con su enorme cola, donde se hundían hasta el lecho de arena.

—Qué mejor sitio que este para ocultar los huevos. —Rowan estaba asombrado—. Ningún animal se atrevería a tocarlos. El cascarón debe de ser duro como una piedra, de manera que los peces tampoco pueden dañarlos.

Ahora, Doss y Asha también estaban mirando.

—Pero cuando rompan el cascarón... —empezó Asha.

—Al nacer las crías, la población de peces se habrá reducido de manera considerable —explicó Rowan—. El pájaro guerrero ya se habrá comido muchos.

—Los supervivientes atacarán sin duda a las serpientes recién nacidas —asintió Doss—, y es cierto que muchas morirán, pero algunas sobrevivirán, nadarán hasta la superficie, reptarán hasta salir de la charca y se dirigirán al mar por el sendero del bosque.

—El agua erosionará poco a poco los cascarones rotos y los integrará en la arena plateada —dijo Seaborn—. ¡Por Orin! ¡Es increíble!

La expresión de su rostro denotaba un fascinado interés. Su asombro era tal que había olvidado el miedo que tenía.

—De no ser por el gran pájaro, la charca estaría a rebosar de peces y las crías de serpiente morirían al nacer —musitó Rowan—. Del mismo modo, si el pájaro guerrero no defendiera la charca de los depredadores, estaría vacía, sin peces. Entonces, todos los huevos se abrirían y el mar estaría atestado de serpientes, que a su vez devorarían a todas demás criaturas vivientes.

—No habría peces —dijo Doss—. No habría alimento para Maris, aceite para nuestras lámparas, piel de pescado para nuestros zapatos y prendas de vestir. Los barcos que vienen para comerciar no estarían seguros ni a la luz del día, ya que las serpientes estarían hambrientas y desesperadas al no haber peces en las aguas. La gente de Maris moriría, y al final las serpientes también. Es una gran cadena.

—¡Es absurdo! —exclamó Seaborn con el ceño fruncido—. Los pájaros se comen a los peces y los peces se comen a las serpientes. Pero ¿qué sentido tiene este ciclo? Si fuéramos cada año a la Isla y destruyéramos los huevos de la Gran Serpiente como nos ha enseñado Rowan, nuestros mares pronto estarían libres de peligro. Podríamos pescar tanto de noche como de día. Duplicaríamos o triplicaríamos el número de capturas, podríamos vender grandes cantidades de peces a los comerciantes, y aun así habría suficientes para que nadie pasara hambre nunca más.

—La Isla está prohibida por Orin, Seaborn de los Fisk —dijo Asha con severidad—. Y las serpientes siempre han existido en nuestros mares. Así es como ha sido siempre, y así seguirá siendo.

Aquello era más que suficiente para Asha, pero no para Seaborn.

—Y ¿por qué no deberíamos matar a las serpientes? —preguntó—. ¿Para qué sirven? Lo único

que hacen es dificultar nuestras labores de pesca.

«¿No te das cuenta, Seaborn? —pensó Rowan—. ¿No comprendes cuál es su utilidad? Tú mismo acabas de decirlo».

Pero no dijo nada. Se puso en pie. Estaba temblando, pero sabía lo que tenía que hacer. Desenroscó el tapón del tarro y se encaminó hacia la roca.



La Gran Serpiente volvió la cabeza y sus ojos amarillos se clavaron en Rowan.

—No la mires —gritó Doss.

Demasiado tarde. Rowan ya miraba fijamente sus ojos vidriosos. Y no podía apartar la vista. Era como si su cuerpo se hubiera petrificado.

Unas manos tiraron de su manga.

—¡Rowan! —dijo una voz estrangulada—. ¡Recuerda! ¡Tu madre! ¡El veneno!

Rowan desvió la mirada de los ojos dorados y fríos de la enorme bestia. Doss, Asha y Seaborn estaban de pie detrás de él. A la luz de la luna, su rostro pálido les confería un aire espectral.

Era Asha quien había hablado. Rowan se dio cuenta de que por fin lo había llamado por su nombre. Le sujetaba el brazo con fuerza.

—Tú eres el Elector. No debes hacer esto. Yo ocuparé tu lugar. El hecho de que yo muera carece de importancia. Tu muerte, en cambio, significaría el fin de Maris. Dame el tarro.

Rowan escudriñó sus ojos claros. Traslucían un miedo atroz.

«Aun así —pensó—, es como mi madre. Hará siempre lo que considere correcto, incluso en el momento de morir».

Seaborn meneó la cabeza.

—Soy el más fuerte y alto —dijo en voz baja—. He de ser yo quien se enfrente a la bestia. Dame el tarro...

La Gran Serpiente seguía esperando en lo alto de la roca.

Rowan vaciló unos instantes. Después, se volvió hacia Doss, una pequeña sombra azulada en la tenue luz de la noche.

—No —dijo Doss con calma—. Es algo que solo puede hacer Rowan.

Asha y Seaborn se enzarzaron en una agria discusión, pero Doss alzó la mano.

—Desde niños hemos temido a esta criatura y a todas las de su especie. Y ella nos conoce a nosotros. Conoce nuestro olor. Conoce nuestra piel blanca. Conoce nuestros movimientos. Somos su presa natural. Nos despedazará sin pensarlo dos veces. El único que tiene alguna oportunidad de aproximarse a ella es el extranjero.

Rowan respiró hondo.

—Sí —asintió.

Se volvió y miró de nuevo a la bestia, aunque esta vez evitó sus ojos. Dio un paso adelante, y luego otro más. El animal no se movió, pero sus enormes fauces se abrieron, dejando a la vista una espantosa lengua negra bífida, que emitió un agudo silbido. El interior de la boca era liso y amarillento. Los colmillos, blancos, acababan en una punta negra y aguda como un alfiler de la

cual goteaba el veneno, una sustancia líquida caliente y dorada que iba cayendo al suelo.

Rowan trepó a la roca con el tarro de cristal sujeto con firmeza. Oyó su respiración jadeante. Su pie rozó algo que había en el suelo. Era la flor de luna marchita y seca, con los pétalos curvados como tacitas de piel. Se arrodilló y arrancó uno.

La serpiente seguía depositando los huevos de uno en uno en la charca. La luna era enorme y blanca, pero sus ojos estaban clavados en Rowan.

«Doss tenía razón —pensó Rowan—. No sabe quién soy y quiere terminar de desovar. Me amenaza, pero no me atacará a menos que yo haga un movimiento brusco. Todavía existe una posibilidad».

Se arrastró hacia la charca. Más cerca..., cada vez más cerca... hasta que distinguió la flor bajo el agua, como un reflejo de la luna. Empezó a bordear los inmensos anillos que rodeaban la charca, avanzando hacia la cabeza.

Los ojos de la Gran Serpiente ardían como tizones encendidos. Arqueó el cuello y su chillido penetrante hendió el aire. El sonido era tan fuerte que brotaron lágrimas de los ojos de Rowan, y tuvo ganas de taparse los oídos, pero llevaba el pétalo de la flor en una mano y el tarro en la otra. No podía hacer nada.

La serpiente silbó de nuevo. Sus fauces, capaces de reducir a astillas las embarcaciones de los Maris, se abrieron. Su lengua hendió el aire y sus colmillos brillaron bajo la luz de la luna, mientras el mortal líquido dorado seguía goteando de su extremo negro.

«¡Ahora!». Rowan dio un salto hacia delante con el pétalo extendido, convertido ahora en el recipiente carnoso que albergaría el veneno. La serpiente lo atacó con un chillido de ira. Rowan se tambaleó y cayó de espaldas, mientras aquel silbido espantoso le taladraba el cerebro. Sintió un intenso dolor en los brazos vendados. El veneno humeaba y chisporroteaba en el pétalo de la flor. El tarro se inclinó peligrosamente.

***Añade el veneno de tu mayor temor,
una gota...***

Presa del pánico, Rowan miró el tarro. El líquido verde estaba a salvo. Después, volvió la vista hacia el pétalo y descubrió, horrorizado, que el precioso líquido dorado rezumaba por los orificios resecaos y ennegrecidos y caía sobre la roca, dejando un finísimo hilillo humeante tras de sí. No quedaba de él apenas nada.

—¡No!

Un grito ahogado de espanto escapó de su garganta.

—¡Huye, Rowan! ¡En el nombre de Orín, huye! ¡Huye! ¡Está a punto de...!

Los gritos de los tres Maris sonaron apagados en sus oídos, como en un ensueño. Era consciente de que una forma monstruosa se estaba elevando sobre él, ocultando la luna. Los gigantescos anillos se estaban desenroscando poco a poco. Las fauces abiertas, de nuevo listas para el ataque.

Pero el antídoto...

«Una gota...».

Con manos temblorosas, inclinó el pétalo sobre el tarro. Una gotita del líquido se derramó en la oscuridad de la mezcla verde. De inmediato, se volvió transparente. Transparente como el agua de la charca, como el cristal del tarro. Como la verdad.

—¡Rowan!

Ajustó la tapa, se puso en pie y dio un salto, rodando por la lisa superficie de la roca con el tesoro enterrado en sus manos doloridas. Pero la bestia estaba enfurecida y lo perseguía a una asombrosa velocidad. Podía oírla tras él, cerca, más cerca a cada segundo. Atenazado por el pánico, seguía saltando y corriendo alocadamente. ¿Adónde debía ir? ¿Qué camino debía tomar?

—¡Aquí!

Los tres Maris lo llamaban. Los vio correr a su encuentro con una expresión de espanto en el rostro.

Rowan extendió las manos y ellos lo sujetaron, lo alzaron en volandas y lo arrastraron hacia los árboles. Sin dejar de correr y dando traspiés, tomaron la senda que cruzaba el bosque.

Arbustos y helechos dificultaban su avance en todas direcciones. Sus manos, sus pies y sus ropas se enredaban en las lianas que colgaban de los árboles. Las hojas formaban un techo sobre sus cabezas y ocultaban la luz de la luna. Seaborn y Asha tiraban de Rowan. Doss hacía cuanto podía por seguirlos.

El monstruo rugía. Los árboles se quebraban y caían a su paso. No necesitaba luz para verlos. Se guiaba por su sonido y su olor. Cada vez estaba más cerca. Los cuatro continuaban corriendo con desesperación, jadeantes, sorteando arbustos, ciegos en la oscuridad, siempre con los terribles bramidos en sus oídos. Así debió de correr Orin, aterrado, para salvar la vida.

—¿Hacia dónde vamos? —gritó Asha—. ¡No veo nada!

De pronto, un grito terrorífico sonó a sus espaldas. Al principio, pese a que entornó los ojos para ver mejor, Rowan no supo qué había sucedido. Después vio que Doss había quedado atrapado en una liana. Se le había enredado en el cuello y, cuanto más pugnaba por liberarse de ella, más se tensaba. Estaba atrapado.

La bestia estaba a punto de alcanzarlos. Vieron que los árboles caían a uno y otro lado del sendero, aplastados por el peso del animal. Aulló cuando percibió el olor del miedo. Doss colgaba impotente de la liana, pataleando a escasos centímetros del suelo.

—¡Déjalo! —gritó Asha.

Pero Rowan no podía abandonarlo allí. Se zafó de Asha y de Seaborn, y corrió hacia Doss. Sujetó la liana, indiferente al dolor lacerante de sus brazos heridos. Doss emitió un chillido estrangulado. Entonces, un cuchillo cortó la liana y el muchacho cayó al suelo. Apenas podía respirar.

—¡Levántate! —aulló Asha, al tiempo que le propinaba una patada. El cuchillo que había liberado a Doss relucía en su mano.

Seaborn se inclinó y tomó en brazos a Doss.

—¡Deprisa! —gritó, y tambaleándose con Doss a cuestas, echó de nuevo a correr, seguido de

cerca por Rowan y Asha.

Se internaron a trancas y barrancas en la negrura de la noche.

—Dejadme —murmuró Doss—. Dejadme en el suelo. El Elector ha de vivir..., el Cristal ha de vivir...

—Tranquilízate. El Elector no te abandonará —jadeó Seaborn.

—¡Allí! —gritó Asha—. ¡Mirad! ¡Allí!

Señalaba una luz titilante, débil y apenas visible, que brillaba como una estrella entre los árboles.

—¡Maris! —gritó Seaborn.

Siguieron corriendo hacia la luz, cada vez más grande, cada vez más cercana y brillante. Podían oír ya las olas que batían en la playa. Ni siquiera a plena luz del día habrían podido encontrar tan deprisa el camino. Pero, de noche, las luces de Maris centelleaban en el agua, perforaban la oscuridad y los guiaban.

La Gran Serpiente seguía al acecho, silbaba, rugía y bramaba. Sin embargo, la tierra firme no era su hábitat natural. Aun así, estaba enfurecida y hambrienta. Estaba cazando.

Salieron del bosque y desembocaron en la playa, sin aliento, gritando de miedo. Enormes olas rompían en las rocas, y la espuma salada salpicó sus rostros. Al otro lado del agua, todas las casas de Maris estaban iluminadas.

—Han encendido sus lámparas para nosotros —jadeó Seaborn, y dejó que Doss resbalara por fin hasta el suelo—. Deben de estar esperándonos.

—¡Deprisa! —urgió Asha.

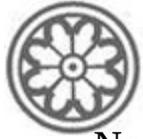
Delante de ellos, estaba la puerta de hierro.

Corrieron hacia ella arrastrando a Doss, la abrieron y se precipitaron en la oscuridad de la escalera y, justo cuando la enorme bestia emergía de la espesura, la puerta se cerró a sus espaldas.

Oyeron coletazos furiosos y vieron que su enorme cabeza se movía de un lado a otro en su busca. Siguieron juntos, trémulos y exhaustos. Estaban a salvo. La serpiente no podía seguirlos en aquel espacio tan reducido. Al igual que lo hiciera Orin, habían conseguido escapar.

Rowan acarició el tarro que guardaba en el bolsillo y, también al igual que Orin, pensó que llevaba encima algo muy valioso. Valioso, si es que no era ya demasiado tarde. El eco de su voz temblorosa resonó en las paredes de roca del túnel.

—Vamos —dijo—. No hay tiempo que perder.



Caminaban renqueantes, medio corriendo por el túnel. Parecía interminable. Delante, solo había oscuridad.

—No distingo la luz del Cristal —dijo Asha, jadeante—. Tenemos que estar cerca de la Caverna y aún no se ve. ¿Y si...?

—El Guardián está vivo —dijo Seaborn con firmeza—. De lo contrario, la gente no habría encendido las luces de sus casas para guiarnos.

—¡Allí! —exclamó Rowan, y señaló un apagado fulgor que apenas iluminaba la penumbra.

Corrieron hacia él. Rowan sentía que la sangre latía en sus sienes. Tenía la garganta seca. Casi habían llegado a la Caverna, pero continuaba sin sentir nada. El Cristal no lo atraía hacia él, ninguna voz susurraba en su mente.

Llegaron a la entrada. Dentro reinaba el silencio, solo roto por el incesante goteo del agua. Seaborn, Doss y Asha no se atrevían a entrar. Rowan respiró hondo y se aventuró en el interior de la Caverna, temeroso de lo que podía encontrar.

El Guardián estaba acomodado en su silla, en el centro de la gruta. El Cristal apenas brillaba bajo sus manos y proyectaba un círculo de luz verde alrededor de la silla, mientras que el resto de la estancia estaba sumida en la penumbra. En las sombras, Jonn estaba arrodillado junto a Jiller, con la cabeza inclinada. El corazón de Rowan dio un vuelco.

—Así pues, Elector de Rin, has regresado.

El Guardián no se había movido ni alzado la mirada, pero su voz se oyó en toda la sala. Jonn irguió al punto la cabeza, se puso en pie de un salto y, a juzgar por la expresión esperanzada de su rostro, Rowan supo que, después de todo, aún no era demasiado tarde.

Cruzó la estancia a grandes zancadas y se arrodilló junto a su madre. Sí, todavía respiraba. Muy débilmente, pero respiraba. Sus dientes castañeteaban le temblaba todo el cuerpo, y tenía los dedos rígidos y entumecidos. Extrajo el tarro del bolsillo y desenroscó la tapa.

—Tengo el antídoto, Guardián —dijo sin volverse—. ¿Cuánto debo utilizar?

El Guardián continuó inmóvil, aunque en su rostro apareció una sutilísima sonrisa.

—Parece, pues, que haces honor a tu fama, Rowan de Rin —dijo—. Humedece el dedo en la pócima, una sola vez, y extiende el líquido sobre sus labios. Será suficiente.

El líquido del tarro estaba frío. Lo frotó en la boca de su madre. Jiller frunció el ceño, suspiró y se lamió los labios. Jonn asió con fuerza el hombro de Rowan.

—¿Cuándo...? —empezó a decir Rowan.

—Pronto. —La voz del Guardián era seca, casi un murmullo, como el roce de las hojas muertas—. El *Sueño de la Muerte* tarda dos horas en manifestarse. No puedes esperar que se

desvanezca en unos minutos. En cualquier caso, no podemos esperar. Acércate a la luz.

—La Elección... —empezó a decir Rowan.

El Guardián alzó la mirada. Detrás de ella estaban Doss, Seaborn y Asha, pero no les prestó atención. Sus ojos inmensos y pálidos, que se estaban apagando como el Cristal, buscaron los de Rowan en la oscuridad.

—Acércate a la luz, Elector de Rin —repitió.

Rowan obedeció.

El Guardián lo miró fijamente.

—La llama está encendida. La Elección ha finalizado —sentenció.

Rowan estaba desconcertado. Miró las calladas figuras de los Candidatos. Tenían los ojos muy abiertos y una expresión de inusitada incredulidad en su rostro.

—Pero Guardián —balbuceó Rowan—. La Elección aún no ha empezado. Las pruebas...

—En efecto, las pruebas... Sin duda se han ido planteando a lo largo del camino que habéis recorrido —dijo.

Rowan apenas podía dar crédito a sus oídos.

El Guardián cerró los ojos, cansado.

—Las antiguas pruebas ya no tienen sentido. Los Candidatos se preparan cada vez más para superarlas. Y también estudian a la gente de Rin para obtener su favor. Viven encerrados, alejados de sus semejantes, de la vida misma. No es una forma adecuada de elegir a un líder de los Maris. Hace mucho, muchísimo tiempo, comprendí que era un error, cuando yo misma caí en la cuenta de que lo único que podía hacer era custodiar el Cristal, de que no tendría la oportunidad de liderar a los Maris ni cambiar su forma de vida.

—Tú...

Rowan contuvo el aliento mientras observaba a Jiller, que permanecía inmóvil y silenciosa en el diván.

Se volvió de nuevo hacia el Guardián. De pronto, lo comprendió todo. Lo invadió una oleada de ira, como una marea roja que se llevó sus miedos y sus dudas.

—¡Fuiste tú! —dijo entre dientes—. ¡Tú lo planeaste! ¡Tú le administraste a mi madre el *Sueño de la Muerte*!

—Te atreves a acusarme...

Habló en voz baja, como en señal de advertencia, pero a Rowan no le importó.

—Sí, te acuso —gritó—. Acabas de confesar que el brebaje tarda dos horas en surtir efecto. Esto significa que mi madre lo tomó al llegar a la Caverna, incluso antes de conocer a los Candidatos, antes de pisar la Isla. —Señaló al Guardián con una mano vendada—. ¡Tú lo hiciste! ¡Tú lo planeaste todo! ¡Me has engañado! ¡Y también a los Candidatos! ¡Y has puesto en grave peligro la vida de mi madre! ¡Solo porque querías someterlos a pruebas para las que no estaban preparados!

El Guardián abrió los ojos y, por un momento, el Cristal brilló con su antiguo fuego verde.

—La Elección ha de revelar la verdad —dijo—. El Cristal otorga el conocimiento, la experiencia y el poder, pero el Guardián aporta el cuidado y el ingenio. El Guardián ha de ser

capaz de resolver nuevos problemas, además de los viejos, y de cambiar como cambia el mar, aventurándose a probar cosas nuevas que nunca nadie ha intentado con anterioridad. Solo entonces los Maris sobrevivirán.

—Casi matas a mi madre —resolló Rowan.

—La muerte de uno de nosotros no importa.

—Y arriesgaste mucho más que eso...

—Quizá no tanto. Confié en el Cristal como lo he hecho siempre, y me anunció que todo saldría bien, que triunfarías y regresarías a tiempo. Tenía que romper las cadenas que nos esclavizan, y lo hice de la única forma que podía. Te utilicé. Sabía que eras la única persona de Rin diferente a las demás.

«Han recopilado datos acerca de ti desde el día en que naciste...».

Rowan la miraba fijamente. Tenía que haber imaginado que, si los Candidatos lo conocían, también lo conocería el Guardián. Ella más que nadie.

—La Elección ha finalizado —dijo el Guardián con voz monótona—. Nombra a tu Elegido.

Asha. Seaborn. Doss. Había aprendido a admirarlos. Los tres habían estado a su lado cuando se enfrentaron a la Gran Serpiente, y sabía que ninguno de ellos había estado fingiendo.

Seaborn era valiente y fuerte, y amaba la vida, como Jonn. Aquel había sido el motivo de su elección como Candidato del clan de los Fisk. Era poco corriente para ser un Maris, pero su gente sabía que sería capaz de complacer al Elector de Rin.

Asha era responsable, sincera y directa, como Jiller. Aquel había sido el motivo de su elección como Candidata del clan de los Umbray. Era poco corriente para ser una Maris, pero su gente sabía que sería capaz de complacer al Elector de Rin.

Y Doss. Doss era un soñador. Cuidaba de los seres vivos y se había enfrentado a la muerte como el propio Rowan. Aquel había sido el motivo de su elección como Candidato del clan de los Pandellis. Era poco corriente para ser un Maris, pero su gente sabía que sería capaz de complacer la Elección de Rin.

Los tres Candidatos habían ayudado a Rowan a resolver el acertijo del antídoto del *Sueño de la Muerte*. Cada uno a su manera. Pero ¿cuál de ellos había demostrado el mayor cuidado y el mayor ingenio, aquella predisposición a intentar nuevas cosas que el Guardián había dicho que necesitaba el pueblo de Maris?

—Nombra a tu Elegido —repitió el Guardián con voz débil—. Debes... nombrarlo. ¡Habla!

El Cristal titiló. Unos pasos apresurados se oyeron en la escalera. A través del velo de agua apareció Perlain.

—¡Velas! ¡Hemos avistado velas! —dijo jadeante—. ¡El horizonte está lleno de ellas! ¡Y se dirigen hacia aquí! ¡Son los Zebak!

21 ∞ Elegido



—¿Por qué vienen ahora? —gritó Asha—. ¡No tiene sentido! Seguramente habrán visto la llama de la Elección. Deberían haber atacado antes, cuando el Cristal había perdido buena parte de su poder y la Elección no había finalizado.

—Hemos oído decir que son cada vez más astutos. Tal vez tengan un plan que desconocemos —respondió Seaborn, desconsolado—. O quizá confían en que el Cristal se debilite otra vez antes de que el nuevo Guardián se una a él.

—¡Rowan! —gritó Perlain—. Nombra a tu Elegido. El Cristal se extingue.

Rowan oyó una exclamación a sus espaldas y se volvió.

Jonn se había inclinado sobre su madre. Había abierto los ojos y le sonreía.

—He dormido mucho —musitó—. He tenido sueños maravillosos, Jonn. —Después su frente se arrugó levemente—. Pero ¿dónde estoy? ¿Dónde está Rowan?

Una oleada de felicidad invadió el corazón del muchacho, aunque apenas duró un instante. Su madre vivía, se había despertado y era dichosa. Pero los Zebak estaban en camino. Tenía que actuar. Tenía que nombrar al nuevo Guardián y renovar la vida del Cristal. De lo contrario, estaban perdidos.

Se volvió una vez más hacia los Candidatos.

—El Guardián me ha dicho que tenga en cuenta el cuidado, el ingenio y la predisposición a probar cosas nuevas —dijo a toda prisa—. También ha dicho que el Cristal proveerá todo lo demás.

Miró los ojos ardientes de Asha.

—Tú... eres buena y siempre haces lo que consideras correcto —balbuceó—. Pero no eres de mente abierta. Te ciñes a las reglas y a las antiguas formas, y vives solo para ellas. Así pues, aunque te admiro, no puedo elegirte.

Ella inclinó la cabeza sin mudar su expresión.

Rowan miró a Seaborn.

—Eres valiente y fuerte —dijo—. Y te muestras predispuesto a probar nuevas cosas, pero a menudo actúas con precipitación, sin el cuidado y el ingenio que busca el Guardián. En consecuencia, y aunque espero que seamos amigos para siempre, no puedo elegirte.

Al igual que Asha, Seaborn inclinó la cabeza, pero, al hacerlo, un brillo especial asomó a sus ojos, algo parecido al alivio. Rowan se paró a pensar un momento, pero no había tiempo para nada más. Debía elegir.

Se volvió hacia Doss y apoyó la mano en su hombro. Se miraron. Fue una mirada larga y escrutadora.

«Espero no equivocarme», pensó Rowan.

—Debes decir las palabras —le recordó Perlain en un susurro.

Rowan tragó saliva.

—El Elector ha hecho su Elección —dijo. Sintió que el hombro de Doss se tensaba bajo sus dedos—. Que los otros dos Candidatos abandonen este lugar.

Perlain acompañó a Asha y a Seaborn a través del velo de agua, y luego regresó.

El Cristal brilló muy débilmente. Una, dos, tres veces.

—Las puertas están cerradas y no se abrirán de nuevo hasta que el nuevo Guardián así lo decida —dijo el antiguo Guardián—. Apresúrate. Pronto amanecerá.

—Doss de los Pandellis —dijo Perlain enseguida—. El Cristal.

Doss avanzó hasta la silla del Guardián como un sonámbulo y extendió las manos hacia el apagado brillo del Cristal. Rowan observó con curiosidad sus ojos apagados, que miraban sin ver.

«Tus ojos son los de quien ha visto a la Gran Serpiente y ha vivido para contarlo».

«Es cierto —se dijo Rowan—. He elegido bien. Doss posee todo cuando pedía el Guardián y está preparado para desempeñar esta tarea. Al igual que Orin, ha visto a la Gran Serpiente».

Doss apoyó la mano sobre el Cristal.

—Únete al Cristal y a mí —murmuró el Guardián.

«También yo he visto a la Gran Serpiente —pensó Rowan de repente—. Y Asha, y Seaborn. Pero no hemos cambiado. ¿Por qué lo ha hecho Doss? ¿Qué le ocurrió hace un año?».

«No recuerdo nada de aquella noche. [...] Había cambiado. [...] Era como si hubiera perdido... o ganado algo. No sé exactamente qué».

¿Qué le había sucedido a Doss durante aquella larga noche, bajo la luna llena y tan lejos de la costa?

Bajo la luna llena...

—¡Espera! —gritó Rowan. Agarró la mano de Doss. El eco de su voz resonó en la Caverna. Jonn y Jiller alzaron la mirada y Perlain se sujetó al respaldo de la silla del Guardián.

Entonces, Doss se volvió muy poco a poco. Miró primero a Rowan y luego a la mano que lo sujetaba.

—Doss, no pudiste ver a la Gran Serpiente hace un año —dijo Rowan atropelladamente.

—Esto no importa ahora, Rowan —vociferó Perlain—. En el nombre de Orin, ¿es que no te das cuenta? El Guardián se está muriendo. Su vida se apaga por momentos. La ceremonia debe continuar. Los Zebak...

—El Elector ha hecho su Elección —dijo Doss con voz monótona—. Que los otros Candidatos abandonen este lugar.

Rowan temblaba, pero seguía asiendo con fuerza la mano palmeada y fría de Doss.

—En este mes, durante la luna llena, la Gran Serpiente se encuentra en la Isla desovando. Ahora lo sabemos. Doss, es imposible que la vieras en el mar.

—¡Rowan! —exclamó Jiller—. ¡Déjalo marchar!

Jonn se puso en pie de un brinco y en dos zancadas se plantó junto a Rowan.

—Rowan, suéltale la mano —le urgió—. Ahora ya nada importa. Todas las preguntas

obtendrán respuesta más tarde.

Pero Rowan sabía que aquellas preguntas no podían esperar.

—Doss, ¡hablame! —imploró—. ¿Qué pasó realmente aquella noche? ¿Qué te cambió? No fue la Gran Serpiente. ¿Qué fue entonces?

—La Gran Serpiente emergió de las profundidades —dijo Doss con voz tenue— y se elevó sobre las aguas. Era gigantesca. Sus ojos eran dorados y atesoraban una infinidad de antiguos secretos.

Rowan lo escuchaba, horrorizado. Eran exactamente las mismas palabras que había dicho en la Isla. Incluso su voz era idéntica, como un cántico, como si estuviera repitiendo una lección aprendida de memoria.

«Y lo cree —pensó Rowan—. Cree que así es..., pero ¡es mentira!».

—Sus escamas relucían como el fuego bajo el sol poniente —siguió recitando Doss—. Me miró. Supe que iba a morir.

—¡Eso no fue lo que viste en realidad! —exclamó Rowan—. ¡Alguien lo inculcó en tu mente! —Un miedo terrible lo atenazó—. Doss, ¿quién hizo que tu barca zozobrara? —gritó—. ¿Quién te estaba esperando más allá del horizonte? ¿Quién te rescató de la oscuridad de las aguas, te retuvo toda la noche y después te envió de regreso a casa con un falso recuerdo de lo que te había sucedido?

Pero ya sabía la respuesta y, a juzgar por la aterrada expresión de Perlain, comprendió que los Maris también lo sabían. Solo podía haber una explicación.

«Son cada vez más astutos...».

—¡Te recogió un barco Zebak! —balbuceó—. De algún modo, los Zebak doblegaron tu voluntad aquella noche, Doss, inculcaron órdenes secretas en tu mente y las disimularon con el falso recuerdo de la Gran Serpiente. Al volver a Maris, la gente vio que habías cambiado, pero no sabían por qué razón. ¿Cómo podrían haberla adivinado, si ni tan siquiera tú podías hacerlo?

—Es imposible —oyó que decía Jonn a Jiller—. Los maestros del muchacho lo habrían descubierto, y también el Guardián.

—¡No! —exclamó Rowan sin mirar a su alrededor—. Hace un año, el poder del Guardián ya había menguado, pero nadie pudo darse cuenta, ya que parte del plan consistía en que las órdenes secretas solo aflorasen a la superficie de la mente de Doss al pronunciar determinadas palabras.

Clavó la mirada en los ojos en blanco de Doss.

—Las he pronunciado hace apenas unos momentos, ¿verdad? Siempre se pronuncian cuando se elige a un Guardián: «El Elector ha hecho su Elección».

Doss temblaba, con la mirada fija en él.

A Rowan se le hizo un nudo en el estómago. Era horrible ver aquel rostro familiar tan cambiado.

—Sé que fue así, Doss. Me preguntaba qué había de extraño en todo aquello, y ahora lo sé. En aquel momento perdiste tu voluntad, te convertiste en un servidor de los Zebak. De ahí que ahora estén llegando sus barcos. Están esperando tu señal, que les indicará que el Cristal y esta tierra son suyos.

Perlain gruñó. Se había tapado la cara con las manos y se balanceaba adelante y atrás.

—¡Perlain! —dijo Rowan secamente—. ¡No pierdas el tiempo lamentándote!

Perlain meneó la cabeza, desesperado.

—¡Deprisa! —exclamó Rowan—. ¿No lo comprendes? Doss no puede ser Guardián.

¡Traicionará a Maris! ¡Nos traicionará a todos!

—¡Cuidado! —exclamó Jiller aterrada. Había distinguido el brillo del cuchillo en la mano de Doss.

Jonn lanzó un grito, saltó hacia delante y sujetó el cuchillo, sin poder impedir que se clavara en el corazón del Guardián. Tras un breve forcejeo, lo inmovilizó. Doss se debatió con furia durante unos instantes, sin conseguir zafarse de Jonn. Al fin, se dio por vencido.

—El Elector ha hecho su Elección —masculló entre dientes—. Si el Elegido no es Doss de los Pandellis, el Guardián debe morir. El Cristal debe morir.

—¡Perlain! —exclamó Rowan—. ¿A qué estás esperando? Trae a...

—Las puertas están cerradas —dijo Perlain con desesperación—. Solo puede abrirlas el Guardián, y ha muerto. Ya no podemos hacer nada por ella.

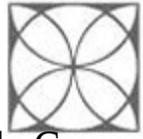
—¡Pues entonces, tú! —replicó Jonn—. Tú, Perlain. Debes unirme al Cristal. Tal vez no es lo que más deseas en el mundo, pero mejor tú que nadie.

—No puedo —dijo—. El Cristal no me conoce. Si lo toco, moriré.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Rowan fuera de sí—. Perlain, ¿qué se supone que debemos hacer?

Perlain le miró.

—Solo hay una cosa que podemos hacer —dijo—. Además de Doss de Pandellis, solamente hay una persona aquí que puede tocar el Cristal y vivir. Solo una que pueda unirse a él para convertirse en Guardián de Maris, y ese eres tú.



—¡No!

La palabra surgió como un estallido de los labios de Rowan y su eco resonó por toda la Caverna. Tambaleándose, se apoyó de nuevo en la silla del Guardián.

No volver a ver jamás su hogar. No volver a ver el cielo, las verdes colinas, el arroyo, la nieve en la Montaña. No sentir nunca más el aire fresco y dulce en su rostro ni oír el canto de los pájaros. Nunca más. Tener que pasar el resto de su vida bajo tierra, engullido por el extraordinario misterio del Cristal.

—No —repitió—. ¡No!

—Debes hacerlo —gritó Perlain.

—No soy un Maris —replicó Rowan—. No puedo...

—Puedes —dijo Perlain—. Y si no lo haces, estaremos perdidos. —Extendió los brazos hacia su madre—. Díselo tú, por favor —exclamó.

Rowan se volvió hacia Jiller. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Debes hacerlo. Eres el único —musitó ella—. Ahora el Cristal tampoco me conoce a mí. Solamente a ti...

—¡Rápido! —urgió Perlain—. El tiempo se agota.

Rowan se volvió hacia Jonn, que permanecía inmóvil y en silencio. En su rostro se había dibujado una expresión de horror. Sus ojos mostraban dolor. Asintió.

Ahora, Rowan solo podía recurrir a su corazón. Sabía que no había elección.

Si renunciaba a todo cuanto amaba podría salvarlos. Si se negaba, serían destruidos casi con toda seguridad.

Irguió los hombros y avanzó hacia el Guardián. El Cristal seguía en su regazo, e iluminaba sus manos con un brillo verde apagado.

Rowan puso las manos sobre las de la anciana. El Guardián entreabrió los ojos.

—Tú... —suspiró—. ¿Por qué?

—No hay nadie más —dijo Rowan en voz baja. Jiller estaba llorando.

El Guardián cerró de nuevo los ojos. Permaneció en silencio unos segundos, y al fin sus labios se movieron. Rowan se inclinó para oírla.

—Digo las palabras, pero nadie las cree. Nada puede oponerse al poder del Cristal —susurró la voz en sus oídos—. Siente... y... comprende...

Fue como si Rowan se precipitara lenta, muy lentamente, en un abismo, deslizándose a través de una vorágine de años y recuerdos. Ya no podía ver la Caverna ni oír la voz de su madre. Se rendía poco a poco ante aquella fuerza, pero no con tristeza, sino con un profundo júbilo.

Y mientras se hundía más y más, supo que estaba empezando a formar parte de algo más extraordinario que él mismo.

Era como el mar, profundo, vasto y tan antiguo como el tiempo. Nada podía oponerse. Ni siquiera el amor de su clan, de su familia. Todo se disipaba. Su verdadero yo, sus amores, sus miedos, sus esperanzas, sus errores, todo cuanto lo ataba a su vida se estaba desvaneciendo. Se resistió un poco. No quería perderlo.

«Siente... y... comprende».

¿Había hablado de nuevo el Guardián, o era un recuerdo?

Las manos que tenía debajo de las suyas se removieron.

«Nada puede oponerse al poder del Cristal...».

Entonces, Rowan comprendió por fin.

Lo invadió una oleada de energía. Después, gritó con todas sus fuerzas. Alejó una mano del Cristal, en dirección a la figura pálida e inmóvil de Doss.

—¡Rowan!

Apenas oyó el grito de su madre, pero sabía lo que tenía que hacer. Asió la mano de Doss y lo alejó de Jonn. Sintió el increíble poder sanador que fluía de él hacia Doss, al igual que un río fluye hacia el mar. Después, con sus últimas fuerzas, tiró de Doss hacia delante, guio sus menudas manos palmeadas hasta colocarlas sobre las del Guardián y apartó las de él.

Al soltarse, experimentó la sensación de que algo le había golpeado. Se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo de rodillas.

El repentino dolor de la soledad y la pérdida encogieron su pecho. Las lágrimas le cegaron.

De pronto, advirtió un poderoso eco en la Caverna.

—¿Qué has hecho? —exclamó Perlain en un ataque de pánico.

—¡Rowan! ¡Rowan! —gritaba también su madre.

Trató de hablar, pero no le salían las palabras. Se arrastró hacia atrás, alejándose de aquella luz deslumbrante. El Cristal brillaba cada vez más. ¡Vivía! Centelleaba con todos los colores de la tierra, el cielo y el mar. Color y luz llenaban el aire, iluminando las paredes de la Caverna como un arco iris.

Luego, todo llegó a su fin. El menudo y arrugado cuerpo del anciano Guardián yacía en la silla como una concha vacía. Un nuevo Guardián los estaba mirando, Doss de los Pandellis, con sus ojos profundos y graves. Su túnica ya no era azul, sino incolora y de todos los colores al mismo tiempo, como el agua que refleja la luz del sol, y en sus manos el Cristal latía y ardía como una estrella.

Perlain se arrodilló y se inclinó en señal de respeto.

—Te saludo, Guardián del Cristal —murmuró. Su rostro estaba rígido de terror.

—Está amaneciendo —dijo el Guardián. Se volvió hacia Rowan—. Ven conmigo, ven a la luz.

Rowan y los demás lo siguieron en silencio, mientras avanzaba hacia el fino velo de agua, subía la escalera y atravesaba la gran estancia vacía de la planta superior.

Las puertas se abrieron sin el menor ruido. En el exterior se había congregado una multitud. Los Pandellis, de azul; los Umbray, de plata; los Fisk, de verde. Cada clan por separado. Miraban

hacia el horizonte, hacia el sol naciente.

El Guardián dio unos pasos. El Cristal relucía en sus manos. Un grito se elevó de la muchedumbre. Un clamor de bienvenida, de alivio y alegría, mientras todo el mundo señalaba hacia el mar. El Guardián se volvió poco a poco y miró. Las velas Zebak teñían de marrón el horizonte. Rowan sintió un escalofrío.

El Guardián levantó el Cristal en el aire. Este destellaba como un faro bajo el sol naciente. Las exclamaciones de dicha de la gente se convirtieron en gritos de terror cuando las naves enemigas reanudaron la marcha como respondiendo a una señal.

—Los ha llamado. Estamos perdidos —susurró Perlain.

El Guardián permanecía de pie, observando cómo se aproximaba la flota Zebak. Pero no se movió.

Rowan advirtió que alguien le tocaba el brazo.

—Vete con tu madre —le musitó Jonn al oído— y escabullíos entre el gentío. Marchaos cuanto antes, y volved a Rin.

—No te dejaré, Jonn —dijo Jiller, que había oído sus palabras.

—Debes hacerlo —replicó Jonn con tristeza—. Alguien tiene que alertar a nuestro pueblo para que no los pillen desprevenidos.

—En ese caso, que vaya Rowan solo —dijo—. Estoy demasiado débil para un viaje tan largo.

—¡También tú debes marcharte, Jiller!

—No lo haré.

La gente de Maris guardaba un silencio mortal, con los ojos fijos en el Guardián. Esperaban su señal, la orden de marchar al combate. Pero el Guardián continuaba inmóvil.

«Todo esto ha sido culpa mía», se lamentó Rowan.

Y, en medio de su desconsuelo, pensó en Estrella, que estaba encerrada en el establo, incapaz de correr o defenderse, esperando a ser degollada por unas manos crueles. Corrió hacia el Guardián.

—Doss... —empezó diciendo. Pero sus palabras murieron en su boca cuando el Guardián se volvió hacia él.

—Doss de los Pandellis ya no existe, Rowan de Rin —anunció el Guardián—. Soy el Guardián del Cristal.

—Creía que... —empezó de nuevo Rowan. Y de nuevo calló.

—Tenías razón —dijo el Guardián en un tono muy suave de voz, como si hubiera adivinado lo que Rowan estaba pensando—. Limítate a esperar.

Los primeros barcos Zebak estaban ya tan cerca que Rowan pudo ver el rostro cruel y triunfante de los guerreros alineados en las cubiertas. Pudo distinguir la línea negra que formaban las frentes entre la nariz y el nacimiento del pelo. Y también el brillante metal de sus armas.

El Guardián levantó los brazos.

—¡Ahora! —dijo en voz baja. El Cristal centelleó con una luz cegadora.

Y, en aquel momento, colosales nubes negras barrieron el horizonte, espesas y oscuras, impulsadas por un viento gélido. Todo quedó sumido en la penumbra, hasta que el cielo adquirió

el profundo color negro de la noche.

—¿Qué está ocurriendo? —gritó Jonn, agarrando del brazo a Rowan—. Rowan...

El Guardián levantó más el Cristal. Se oyó un trueno terrible y un rayo rasgó el cielo y se hundió en el agua. La gente gritó, y en el mar un gigantesco remolino atrapó las naves de los Zebak. Empezaron a girar, los mástiles y las velas saltaron hechos añicos, mientras el viento rugía y los rayos caían a su alrededor.

Poco después, se oyó un borboteo ensordecedor en el mar. El agua se elevó en una montaña de espuma cuando una infinidad de serpientes emergió de la superficie desde las profundidades; las habían despertado y estaban enfurecidas. Se enroscaron alrededor de los poderosos barcos de guerra, que, bajo su ira desatada, eran frágiles como hojas arrastradas por el río. La madera se agrietaba y astillaba. De nada servían las armas. Los gritos aterrorizados de los Zebak se perdieron en medio del rugido del viento.

‡ ‡ ‡

Rowan volvió la vista e intentó recordar que aquellos eran los enemigos de su pueblo, que habían venido para traer el dolor y la muerte a sus seres queridos. Aun así, no fue capaz de presenciar su destrucción.

Pero el Guardián del Cristal siguió de pie. Lo vio todo. Y solo cuando hubo terminado puso fin a la tempestad.



Estaban a punto de partir y lo hacían con las bendiciones de los Maris, con muchos obsequios y promesas de un pronto retorno. Habían permanecido otros dos días en Maris para que Jiller y Rowan pudieran descansar. Pero ahora todos estaban ansiosos por volver al hogar.

Cuando todo estuvo dispuesto para el viaje, Rowan salió de la casa y se dirigió solo hacia la Caverna del Cristal. Las puertas se abrieron para franquearle la entrada. Cruzó lentamente la sala superior, vacía y circular, y a continuación bajó las escaleras.

«Bienvenido».

La Caverna estaba bañada por una maravillosa luz. El Guardián estaba sentado en su silla, rodeado de un arco iris.

—He venido para decirte adiós —dijo Rowan.

—No es un adiós. Bien sabes que estaré siempre contigo, Rowan de Rin —dijo el Guardián—. Al igual que tú estarás siempre conmigo.

Rowan asintió. No había hablado de ello con nadie, ni siquiera con su madre, pero en el transcurso de los últimos días había descubierto poco a poco la verdad. Aquel instante en que el poder del Cristal fluyó a través de su mente hasta Doss de los Pandellis le había cambiado para siempre.

El Guardián sonrió.

—Tengo recuerdos de Rin aun sin haber estado nunca allí —dijo—. Veo las margaritas que inundan de blanco y amarillo las colinas. Oigo cómo los bukshah pastan en los campos. Siento la tierra blanda bajo mis manos y me complazco en las cosas que crecen.

—Y yo siento que me deslizo por el agua como un pez —dijo Rowan—. Siento la fría y húmeda arena bajo mis pies. De noche remiendo redes de pesca a la lumbre de lamparillas de aceite, oigo el chillido de las aves marinas y veo los peces voladores brincando sobre las olas, bajo un cielo de un azul intenso.

—Así pues, nos comprendemos mutuamente como nunca ningún hombre de Maris y de Rin han hecho —repuso el Guardián—. Y cuando te digo que, por haber nombrado a tu Elegido esta mañana, tu familia nunca sufrirá de nuevo a manos de los Maris, debes creerme.

—Sí —replicó Rowan—. Lo sé.

—Cumpliendo mis órdenes, Perlain de los Pandellis ha contado a mi pueblo lo que ocurrió entre nosotros —siguió diciendo el Guardián—. Les dijo que yo era un enemigo secreto de los Maris, un instrumento de los Zebak antes de unirme al Cristal, pero ellos han visto con sus propios ojos lo que sucedió a su llegada. —Sonrió—. Y por fin han comprendido. No importa ya a qué

clan pertenezca el Guardián. Nada puede oponerse al poder del Cristal. Ni el amor de la familia, ni los amigos, ni el hogar. Ni tampoco la lealtad a un clan o un país. Ni siquiera la mente perversa del enemigo.

—Solo lo comprendí al sentir la fuerza en mí mismo —dijo Rowan—. Solo entonces me di cuenta de que ningún Guardián podría traicionar jamás al pueblo de los Maris.

Se volvió para marcharse.

—Adiós, Doss —dijo.

—Adiós, mi buen amigo —replicó el Guardián del Cristal.

‡ ‡ ‡

Mucha gente salió a las afueras de Maris para verlos partir. Asha, Seaborn y Perlain entre ellos.

—Adiós, Elector de Rin. —Asha estrechó la mano de Rowan con una amable expresión en el rostro—. Te... estoy agradecida.

Rowan parpadeó, sin saber muy bien cuál debía ser su respuesta.

—De haber sido el Guardián —añadió Asha—, habría ordenado atacar a los Zebak, porque esto es lo que siempre se ha hecho. Habríamos luchado, como también hemos hecho siempre. Tal vez habríamos vencido por el poder del Cristal, pero muchos habrían muerto. Nombraste a Doss de los Pandellis y elegiste bien. Su mente es nueva y fresca. Será como los antiguos Guardianes, utilizará el Cristal para aumentar su poder, en lugar de absorberlo. Y todo gracias a ti.

Asha dio un paso atrás y sonrió en señal de despedida.

Le tocó el turno a Seaborn. A su lado estaba una mujer alta, vestida con el verde de los Fisk. Su rostro denotaba una inmensa alegría. Rowan la reconoció como uno de los tres que lo habían escoltado hasta la Caverna. La mujer que los había estado observando desde la playa cuando estaban en la Isla.

—Esta es Imlay. Nos casaremos en verano, cuando mis heridas hayan sanado —le dijo Seaborn—. Quizá puedas venir a nuestra boda. Nos gustaría que estuvieras con nosotros. Tú más que nadie.

Rowan asintió, sonriente. Comprendía por fin la expresión de alivio que había adivinado en el rostro de Seaborn al decirle que no le nombraría Guardián del Cristal. Seaborn era un hombre fuerte y valeroso. Había aceptado su deber e intentado cumplir lo mejor posible los deseos de su clan. Pero, tras haber fracasado, era libre para vivir su vida como la había soñado. Libre para respirar el aire puro, contemplar el cielo y casarse con la mujer que amaba.

Perlain fue el último en despedirse. Estrechó la mano de Jiller, de Jonn y de Rowan, el cual sonrió disimuladamente al ver que Perlain se mantenía alejado de Estrella.

—Tal vez no sientas deseos de visitar nunca más las playas de Maris, Rowan —dijo con su habitual formalidad—. Pero si lo haces, mi casa será siempre la tuya.

—Regresaré —dijo Rowan. Miró a Seaborn e Imlay, que seguían de pie un poco más atrás—. Aunque solo sea para una boda estival —añadió.

Perlain sonrió e hizo una reverencia.

Después, Rowan, Jonn, Jiller y Estrella emprendieron el camino de regreso hacia su tierra, y durante mucho rato nadie habló.

El río serpenteaba a lo lejos, y se perdía entre el suave verde de las colinas. Les esperaba un largo viaje, pero eran felices. Estaban a salvo, estaban juntos, y cada paso que daban los aproximaba un poco más a su hogar.

FIN



JENNIFER JUNE ROWE. Nació en Sydney, Australia, 2 de abril de 1948. Escritora australiana, cuya novela negra se publica bajo su propio nombre, y sus libros para niños bajo el seudónimo de EMILY RODDA DICKINSON y MARY-ANNE.

Se licenció en Literatura Inglesa en la Universidad de Sydney en 1973, y trabajó varios años como editora, primero para varias editoriales, y después para una revista.

Durante esa época comenzó a escribir libros para niños bajo el seudónimo de Emily Rodda (nombre de su abuela). Su primer libro, *Algo especial*, fue publicado en 1984 y ganó el premio *The Australian Children's Book Council Book of the Year for Younger Readers*.

De 1984 a 1992, Rowe continuó su carrera en el mundo editorial, y luego como editora de *Australian Women's Weekly*, escribiendo novelas en su «tiempo libre». En 1994, Rowe se convirtió en escritora a tiempo completo. Ahora divide su jornada laboral entre las consultorías para los editores de libros y su propia escritura.

Algunas de sus novelas han sido llevadas a televisión y ha recibido numerosos premios.